Ignacio Manuel Altamirano

El Zarco

edición crítica

María Eugenia Mudrovcic

stockcero

Ignacio Manuel Altamirano

El Zarco

edición crítica

María Eugenia Mudrovcic

- STOCKCERO -

Foreword, bibliography & notes © María Eugenia Mudrovcic
of this edition © Stockcero 2012
1st. Stockcero edition: 2012

ISBN: 978-1-934768-55-6

Library of Congress Control Number: 2012946394

All rights reserved.
This book may not be reproduced, stored in a retrieval system, or transmitted, in whole or in part, in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise, without written permission of Stockcero, Inc.

Set in Linotype Granjon font family typeface
Printed in the United States of America on acid-free paper.

Published by Stockcero, Inc.
3785 N.W. 82nd Avenue
Doral, FL 33166
USA
stockcero@stockcero.com

www.stockcero.com

Ignacio Manuel Altamirano

El Zarco

Indice

Violencia en tiempos de paz: *El Zarco* y la propaganda porfiriana en el México de fin de siglo vii

¿Por qué volver a 1861?

Decir «bandidos»

Los rurales: la policía heroica del porfiriato

¿Primer policial mexicano?

Decir «indio»

Bibliografía citada xxvii

El Zarco

I – Yautepec 1

II – El terror 5

III – Las dos amigas 9

IV – Nicolás 19

V – El Zarco 25

VI – La entrevista 31

VII – La adelfa 39

VIII – Quién era el Zarco 43

IX – El búho 49

X – La fuga 53

XI – ¡Robada! 61

XII – La carta 67

XIII – El comandante 73

XIV – Pilar 83

XV – El amor bueno 91

XVI – Amor puro 97

XVII – La agonía 101
XVIII – Entre los bandidos 105
XIX – Xochimancas 117
XX – El primer día 121
XXI – La orgía 129
XXII – Martín Sánchez Chagollán 147
XXIII – El asalto 153
XXIV – El Presidente Juárez 159
XXV – El albazo 165

Violencia en tiempos de paz: *El Zarco* y la propaganda porfiriana en el México de fin de siglo

Sólo un crimen más, y la patria se salva.
Carlos Fuentes, *La Campaña*

La historia, afirma Ernest Mandel, siempre se escribe después de la catástrofe (95). Cuando en 1888 Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893) pone punto final a su novela póstuma *El Zarco* (1901),[1] la consolidación del estado autoritario bajo la administración de Porfirio Díaz se podía considerar un hecho. Para entonces, el bandidismo había cedido paso a la expansión de telégrafos y ferrocarriles; la ola de inversiones extranjeras (sobre todo norteamericanas) había llegado a ser sinónimo del trajinado «progreso,» y el baño modernizador al que fue sometida la fachada arquitectónica de la ciudad de México y de otros centros urbanos atizaron una ilusión colectiva que, si bien paradójica, no generó disenso en las filas de un liberalismo ya disciplinado y obsecuente: gracias a la presidencia de Díaz, «México se sentía cada vez menos indio y más europeo» (Frazer 90).

Políticamente, la centralización y la estabilidad (condiciones que el status quo porfirista usó como receta para avanzar su proyecto modernizador) fueron los pilares sobre los que se fundó la llamada «pax

1 Los avatares del manuscrito original del cual derivan todas las ediciones posteriores de *El Zarco* fueron documentados por José Luis Martínez en *La expresión nacional* (1955): «Altamirano escribió *El Zarco* entre 1886 y 1888. Los primeros trece capítulos fueron leídos por su autor en las sesiones públicas y privadas del Liceo Hidalgo, en 1886 y habiéndola vendido en doscientos pesos al editor español Santiago Ballesca, Altamirano la concluyó 'a las once y veinte minutos de la noche del 6 de abril de 1888,' según dice el manuscrito original. Su autor no llegó a verla impresa, pues la primera edición de su novela aparecería en Barcelona en 1901 con prólogo de Francisco Sosa e ilustraciones de Antonio Utrillo, en lugar de las de Ramón Canto que se habían proyectado inicialmente. Esta edición de Ballesca, de la cual son reproducción todas las posteriores, no pudo ser una edición fiel. El manuscrito carecía de esos últimos toques que el autor suele reservar para el momento de la corrección; el nombre mismo del héroe, que inicialmente era Pablo, había sido convertido en Nicolás, no sin que se escaparan en las tachaduras algunos Pablos. Confiado en este estado el manuscrito a un copista, probablemente español y sin duda apresurado, la edición quedó llena de pequeñas infidelidades; supresión de frases, equívocos en los nombres geográficos, cambio de no pocas expresiones de sabor popular por otras más castizas y, sólo en un caso, una corrección que pudo ser intencional, pues se prefirió omitir que Cobos, el introductor de los 'plagios,' era un español» (70).

porfiriana,» un eufemismo con el que la retórica vigente celebró la anhelada inserción de México al mercado internacional. Tanto para la élite nacional como para los inversionistas extranjeros «Orden y Progreso» –los imperativos-mantra de la administración de Díaz– sellaron la consolidación de un gobierno federal fuerte que invariablemente entendió «modernización» como una combinación sin contradicciones de republicanismo, capitalismo e individualismo. El republicanismo –aclara Vanderwood– derivó en dictadura. La impronta capitalista convirtió a México en un país neocolonial y dependiente de la inversión extranjera. Y el imperio del individualismo contribuyó a liberar al estado de los costos sociales derivados del impulso modernizador (*Disorder* 35).

Para entonces, Altamirano había dejado atrás todo rastro del exaltado jacobinismo que caracterizó su etapa de diputado, y se había abocado activamente a la reconciliación entre liberales, clero y conservadores, declarándose ferviente seguidor de Porfirio Díaz. «Sirviente confeso del régimen» (Brading 40), Altamirano llegó a escribir un año antes de su muerte en 1893: «Yo tengo empeño en definir mi posición de partidario del general Díaz, a quien debo tantos favores y de quien he sido partidario siempre. Es el presidente que mejor me ha tratado. Me tratan de adulador. Sea. Estoy acompañado por la nación entera en ese caso» (cit. en Palti 408).

En el marco de una conyuntura ensimismada en sobreactuar los gestos y rituales de un régimen demasiado satisfecho de sí mismo, cabe preguntar entonces ¿por qué Altamirano escribe *El Zarco*, una «novela histórica» que tiene lugar en 1861, a meses de la invasión francesa y de la gesta juarista que culminaría años más tarde con el triunfo final del liberalismo en México tras el fusilamiento de Maximiliano? Relato de estado y de «redención nacional» (Frazer 13), se diría que a la luz del rol de letrado orgánico que ocupaba «el maestro» Altamirano en el campo intelectual y político de los 80s,[2] la novela habla de caos e ingobernabilidad con el fin –más o menos expreso– de glorificar metonímicamente los alcances de la pax porfiriana. Las apariencias engañan, enseña Altamirano una y otra vez en su obra literaria. Y en esta novela la moraleja termina persuadiendo al lector

2 La influencia que Altamirano ejerció sobre la llamada nueva generación de escritores que llegó a la consagración durante el porfiriato (entre los más obvios, Justo Sierra y Manuel Gutiérrez Nájera) le valió el título de «El Maestro.» En el ámbito literario, Altamirano fue sin duda el letrado-pedagogo más reconocido y respetado de la generación de la reforma en el México finisecular.

de que en realidad el relato trama una historia que no es lo que a primera vista parece. Que Altamirano está contando otra cosa. Al situar el conflicto a inicios de los 60s, momento en que los plateados mantenían en jaque al gobierno de Juárez, *El Zarco* no quiere ser leída como una novela de bandidos sino más bien como una historia que reviste de resonancias míticas el origen de los rurales, la policía federal montada que gracias al «esfuerzo propagandístico» del porfiriato (Frazer 13) llegó a convertirse, nacional e internacionalmente, en bandera institucional del régimen. Una hipótesis de lectura que Frazer no pone en duda cuando en *Bandit Nation* afirma: «Altamirano movilizes the literary bandit to confirm the 'progressive' nature of the porfiriato by criticizing the failures of earlier ... regimes. The porfirian elites regarded the reduction of banditry as evidence of Mexico's advance toward modernity. Thus, a narrative that protrayed banditry as endemic to the conservative era would help to confirm the legitimacy of the Porfirian state» (123).

¿Por qué volver a 1861?

1861 es un año clave en la historia política de México. El primero de enero de 1861 los liberales regresan victoriosos a la ciudad de México después de librar la Guerra de Reforma o de los Tres Años (1857-1860). Elegido presidente constitucional en marzo, Benito Juárez ratificó inmediatamente las leyes reformistas, profundizando la separación Iglesia-Estado ya establecida en la Constitución de 1857. Los bienes eclesiásticos quedaron así nacionalizados; los matrimonios, nacimientos y defunciones pasaron a jurisdicción del fuero civil; y la libertad de cultos fue, a pesar de la resistencia enconada de la iglesia católica, finalmente sancionada. Ese mismo año, Juárez anmistió a muchos de los conservadores encarcelados que habían participado en la guerra civil; licenció las tropas liberales lo que contribuyó a reducir en un 60% el ejército regular; y suspendió el pago de la deuda externa, precipitando con ello la intervención de Francia, España e Inglaterra en el bloqueo que los tres países europeos impusieron al puerto de Veracruz a fines de ese año. Fue también en 1861 cuando Juárez sus-

pendió por primera vez las garantías constitucionales asumiendo poderes extraordinarios, y creó el Cuerpo de Policía Rural (los rurales) para hacer frente al bandidismo que azotaba zonas estratégicas del interior de la República.[3]

Las reacciones a estas medidas fueron desorbitadas. Y no sólo entre ultramontanos. Lejos de la adhesión que se buscaba en las filas de un liberalismo cada vez más decepcionado, contribuyeron a ahondar la división en el seno mismo del partido gobernante. Altamirano, elegido diputado ante el congreso de la Unión, pronunció su famoso discurso contra la amnistía a «los bandidos de la cruz» en el que reclamaba la cabeza de los enemigos de la república «cuyos cráneos deberían estar ya blancos en la picota» (cit. en Covo 302). Ese mismo año, junto a otros 50 diputados, exigió la renuncia de Juárez. Le censuraban la lentitud de sus acciones y la debilidad frente a conservadores y acreedores europeos. Convencido de que el juarismo había dado todo de sí, la ruptura estrepitosa de 1861 –«yo no quiero perderme con él,» confiesa Altamirano a Diego Alvarez– sólo puede ser juzgada como «un error de cálculo» al que le siguió «una serie de decisiones inoportunas que terminarían pronto marginándolo políticamente» (Palti 406).

Año-síntoma, 1861 vuelve a ser revisitado por Altamirano en *El Zarco,* no para hacer las paces con la historia sino más bien como un ajuste de cuentas pendiente con Juárez. El licenciamiento de tropas liberales dispuesto en 1861 y la práctica más o menos generalizada de reclutar «bandidos» para hacer frente a los focos conservadores todavía en armas, sellan en la novela el destino trágico de Manuela. El Zarco logra enamorar a la joven cuando desfila en Cuernavaca como miembro auxiliar del ejército liberal al mando de González Ortega. Pero ya es demasiado tarde para cualquier redención cuando su seductor, dado de baja por Juárez, se suma a las filas de los plateados que lidera Salomé Plasencia. Las fronteras entre legalidad e ilegalidad se diluyen y Manuela se convierte así en otra víctima más de un estado, que a los ojos de Altamirano, sólo cabe calificar de fallido.[4] La relación

3 Alexander von Humboldt llamó «el camino del oro y la plata» a la ruta que unía la ciudad de México con Veracruz. Por ahí pasaba el grueso del tráfico de metales que atraía a bandidos y desvelaba a los gobiernos nacionales que no supieron cómo acabar con ellos hasta fines del siglo XIX.

4 A principios de los 60s Benito Juárez no era todavía el «Benhemérito de la Patria» en el que se convertiría después. Habiendo heredado un estado en bancarrota y atado de manos por el liberalismo «utópico» e «impracticable» de la Constitución de 1857, el mismo Juárez se quejaba en 1961: «under these conditions it is impossible to govern: no-one obeys me and I am not able to oblige anyone to obey» (cit. en Brading 27).

entre el licenciamiento de tropas «patriotas» y el aumento de bandidos en los 60s no sólo fue imaginada por Altamirano. En su *Historia del bandalismo en el Estado de Morelos*, Lamberto Popoca y Palacios también se refiere a los efectos no deseados de la medida de Juárez, aunque en su afán por justificarla se muestra deliberadamente mucho más piadoso: «No había millones en las reservas del tesoro nacional para derrocharlas; había necesidades; y el gobierno, que juzgaba que los soldados auxiliares habían cumplido con su deber defendiendo la ley se limitó a dar una orden general, dando las gracias a todos aquellos patriotas... muchos de ellos quedaron en armas con sus respectivos jefes a la cabeza, dedicándose al bandidaje.»

En bancarrota, el estado juarista sólo podía ofrecer a las tropas licenciadas el derecho al pillaje como forma de pago.

Decir «bandidos»

En la distribución del orden de representaciones que imponía el estado de excepción consolidado bajo el porfiriato, la figura del «bandido» utilizada como arma retórica favoreció –curiosamente– la unificación del fracturado espectro político y económico del México de fin de siglo. Transformado en el enemigo común, todos sentían (como diría Zizek) placer en odiarlo. Con el objeto de reducir la autonomía de la que gozaban las economías regionales «infectadas por esta epidemia,» la lucha contra el bandidismo llegó a ser una (si no la mayor) de las misiones que se autoatribuyó el estado-nación en su etapa de centralización y consolidación capitalista. Bajo la protección de caudillos y terratenientes locales, los bandidos habían llegado a controlar las políticas municipales, el comercio regional, la circulación de bienes y personas, desafiando en fuerza al gobierno federal cada vez que intentaba hacer valer las reglas del juego modernizador.[5] El código penal juarista los castigó sin clemencia con la pena capital. Y

5 El «estado dentro del estado» que los bandidos de tierra caliente habían montado a principios de los 60s constituía una maquinaria tan lucrativa como eficaz. Subvencionada gracias a los plagios, y a un sistema de peajes, y de impuestos forzosos que los bandidos imponían a hacendados y viajeros, gozaba además del auxilio de una extensa red política y civil, dentro y fuera de Morelos. Los plateados, afirma Davobe, encarnaban «in their alternative territoriality all that is opposed to the institutions and bourgeois discipline that the liberal project supports» (105). Frazer va más lejos y llega a imaginar una posibilidad que probablemente atormentó a varios gobiernos federales: si el número de bandidos aumentaba era posible que llegaran a ser una fuerza de regulación más influyente que el gobierno nacional.

en 1871 era tal el grado de frustración del gobierno que decretó la suspención de garantías constitucionales para bandidos, plagiarios y salteadores de caminos: durante el término de un año, los bandidos atrapados con las manos en la masa fueron ejecutados sin juicio previo. Pero fue la administración de Díaz, según Frazer, la que llegó a capitalizar la disminución del bandidismo a consecuencia de la llegada masiva de inversión extranjera a México, y de la expansión consiguiente de su infraestructura capitalista. Aún así, la enmienda de 1901 refleja signos de cierta ansiedad estatal al hacer extensiva la condena máxima, por primera vez, a los plagiarios.[6]

Criminalizados en el discurso legal, los letrados optaron por descargar toda su artillería moral sobre esta «clase peligrosa» que fue percibida como el último de los bastiones de resistencia premoderna al avance capitalista. La representación negativa del bandidismo pasó a ser «el pan de cada día» en novelas finiseculares y baladas patrocinadas por el estado (Frazer 56). La élite porfirista que no dejó de tramar una densa red de jerga científica, judicial y literaria en torno al bandido, fue decisiva para sellar su destino de criminal irredento, y operar el giro que, de país violento a tierra de promisión, cambió la imagen de México a nivel internacional: «el delincuente designado como el enemigo de todos, que todos tienen interés de perseguir –escribe Foucault– cae fuera del pacto [social], se descalifica como ciudadano, y surge llevando en sí como un fragmento salvaje de la naturaleza; aparece como el malvado, el monstruo, el loco quizá, el enfermo y pronto el 'anormal'» (106).

Parte de la campaña montada para promover la seguridad interna y externa que quería ofrecer de sí el porfiriato, *El Zarco* no ahorra esfuerzos en demonizar a los plateados de tierra caliente. Los excluye de todo contrato social (el Zarco no puede casarse con Manuela y previsiblemente termina ajusticiado sin juicio previo, con el cuerpo perforado por «cinco tiros y uno de gracia,» colgando de «la rama en que cantaba el tecolote» como ejemplo de un destino que no era recomendable seguir (cap. XXV)). La novela los hace víctimas de las peores pasiones antisociales: la codicia, el sensualismo bestial, la cobardía, la

6 Vanderwood atribuye la declinación del bandidismo, no tanto a la expansión de trenes y telégrafos o al apoyo del capitalismo internacional, sino al hecho de que las élites de las provincias comenzaron a vincular su futuro al gobierno central antes que resistir a su influencia. Con este giro de intereses, los antiguos protectores del bandidismo se volvieron en su contra y empezaron a cooperar con el estado-nación en la tarea de destruirlo (XXVII).

soberbia, la venganza, la traición. Los culpa de asesinar a niños inocentes, a mujeres indefensas y a ancianos encadenados. Los emacula al convertirlos en símbolo de una masculinidad degradada: la primera imagen que la novela propone del bandido lo muestra «cruzando una pierna sobre la cabeza de la silla, como las mujeres» (cap. V); los bandidos cantan con «voz de eunuco, chillona y desapacible» (cap. XX) y, como última humillación, el «lambrijo» del Zarco corre a refugiarse en el escondite con las mujeres cuando intenta huir del virtuoso Nicolás (cap. XXIII). Pero acaso sea el «comunismo»[7] que reina en Xochimancas el ultraje que no admite redención posible en un universo narrativo (e histórico) donde la propiedad privada alcanza un valor casi sagrado: tanto mujeres como bienes corren de mano en mano en «el infierno» desquiciado por el alcohol, la juerga, la pestilencia, la confusión y el lenguaje «tabernario» de la ex-hacienda ahora reducida a ruinas. Ni bien llega Manuela a este «pandemonium», el Zarco le saca «la maleta que contenía [su] ropilla» y se la entrega a «un grupo de mujerzuelas, desarrapadas y sucias» (cap. XVIII) que se lanza sobre el botín con la misma rapacidad y atropello con los que luego el Tigre va a traicionar al Zarco para quedarse con su querida. Con un gesto que podría llegar a pasar por compasivo, Altamirano salva a Manuela de caer presa del mulato «monstruoso» y «ciclópeo» haciéndola sucumbir a la locura y a la muerte espectacular con las que cierra la novela. No era imaginable otro destino, después de todo, para aquella que osó cruzar los límites del edén materno, despreciando así todos y cada uno de los valores burgueses (honor, familia y propiedad) para fugarse y transformarse en amante de un bandido.

La puesta en crisis de este discurso negativo que demoniza a los bandidos y que alcanza en *El Zarco* uno de sus puntos culminantes, parece llegar con la revolución mexicana cuando Mariano Azuela critica por primera vez la representación equívoca que propone Altamirano del Zarco, y se pregunta: «¿Esos monstruos no pertenecerían acaso a la clase abnegada y sufrida, a esa carne de cañón que tan bello material da a nuestros oradores cívicos? ¿Los plateados no fueron gente levantada por la leva y amaestrada en la matanza por los gobiernos, para arrojarlos luego a la vagancia y al pillaje como bagazos cuando ya no se les necesitaba?» (120).

7 Tanto la crónica roja como la prensa política de la época usaban el término «comunista» para referirse a la forma de circulación y «posesión» comunitaria que identificaban con los pueblos indígenas.

LOS RURALES: LA POLICÍA HEROICA DEL PORFIRIATO

Pero para Altamirano, hablar de bandidos resulta una vía que conduce directamente a lo que importa: la glorificación de los orígenes de la policía montada porfiriana. «Protoforma de los rurales» (Dabove & Hallstead 5), Martín Sánchez termina siendo el héroe incuestionable de *El Zarco*.[8] Sin antecedentes políticos ni militares (en el contexto reconciliador que dominaba al México post-intervención francesa, esta desafiliación sólo puede apuntar a intensificar su pureza de origen y de intenciones), Sánchez asume la misión de aniquilar a los plateados como una obligación cívica y un servicio patriótico a la causa suprema: restituir y garantizar la seguridad pública de la nación. De ahí que su entrevista con Juárez sirva para resignificar la lógica de la venganza (los bandidos, no hay que olvidarlo, quemaron su rancho y mataron a su padre y a uno de sus hijos), al absolver con las armas que recibe del Ministerio de Guerra, y la excepcionalidad de la que lo reviste el ejecutivo nacional, todo rastro que pueda leerse como pasión instintiva o impulso irracional. Ciudadano, hombre de bien, burgués, mestizo y vigilante temerario, en Martín Sánchez se acumulan las virtudes del servidor útil y productivo de la patria que Altamirano se propone exaltar. Es «viril» a pesar de ser «un hombre ya entrado en años» (una virilidad que se conforma a los dictados de la nueva ética puritana del trabajo: «el aire puro, la sana alimentación, el trabajo y las buenas costumbres» explican la razón de su fortaleza física y de su salud moral). De «apariencia felina,» este Hombre (con mayúscula) que se asemeja vagamente a los leopardos, va a ser el único capaz de consumar lo que la novela construye como deseo absoluto y por lo mismo imposible: «la extinción de esa plaga espantosa de bandidos que por años enteros asoló aquellas fértiles y ricas comarcas» (cap. XXII).

El uniforme termina de confirmar su misión bíblica de «ángel exterminador»: «llevaba chaqueta negra con botones de acero pintados de negro; pantalones negros, con grandes botas fuertes de cuero ama-

8 En el período pre-porfiriano, la terminología para referirse a la policía rural, sea privada o pública, estaba lejos de ser homogénea, experimentando fluctuaciones de un estado a otro. Según Kitchens, antes de los 80s «the term, *rurales*, has been applied in a generic sense to all sorts of rural police forces in Mexico, most of which had other specific names» (443). En *El Zarco* Altamirano llama a las fuerzas lideradas por Martín Sánchez «Seguridad pública». En *Los Plateados de Tierra Caliente* (1891) Pablo Robles prefiere darles «el democrático nombre de Guardia Nacional» (cap. XVII).

rillo, y acicates de acero; sombrero negro de alas muy cortas, sin más adorno que una cinta blanca con este letrero: *Seguridad pública*» (cap. XXIII). Francisco Bulnes dejó constancia en alguna de sus páginas de la diferencia entre la moda juarista y la de la administración de Porfirio Díaz. Benito Juárez se vestía con la sobriedad modesta de un jacobino puritano mientras la ostentación de Díaz se extasiaba con el uso de zapatos de charol, la adopción del casco prusiano de sus Dragones, y «la defensa del buen tono y de la educación entendida como higiene y como decencia» (Castañón 12). «Cultura del respeto,» llamó Monsiváis con precisión a la etiqueta porfirista (42).

Esforzándose en mantener intacta la ficción de constitucionalidad de su gobierno, Díaz confió, por un lado, en los alcances de un poder concientemente ritualizado y, por otro, en el prestigio del que rodeó a la policía montada durante sus largos años de «Orden y Progreso.» El parecido del uniforme de plateados y rurales no fue una coincidencia. «Both wear the charro outfit, and everyone understood what it meant –afirma Vanderwood– its wearer could outride, outrope, outshoot, outdrink, outwomanize any other cowboy, from whatever land;» cuando el pueblo mexicano los veía desfilar irremediablemente «imagined a bandit heritage» (54).[9] El sombrero que los identificaba se convirtió en ícono de autoridad, comparable al del tridente usado por la guardia civil española. Y la construcción de esta imagen (los rurales eran México –pueblo y gobierno por igual; eran autoridad; eran machos) fue un acto de contrucción deliberada del porfirismo (Vanderwood lo llama «one of the most carefully constructed and highly successful myth» del régimen [*Disorder* 96]). Religiosamente los rurales presidían los desfiles capitalinos en fechas patrias, representaban a México en los rodeos de las exposiciones internacionales, eran celebrados en corridos subvencionados por el estado, y el mismo presidente los hacía objeto de sus brindis anuales de honor, y de discursos exaltados de agradecimiento por mantener la seguridad interior, conservar las propiedades libres de ladrones y guardar «la virtud de las mujeres y niños» (Vanderwood, *Rurales* 15). Los servicios que Díaz les debía no eran pocos: la pax porfiriana dependió en gran medida de la policía rural. Esta institución que bajo el juarismo era «insigni-

9 Para Vanderwood bandidos y policías no eran antagonistas sino «fluid and interchangeable»: «They [we]re double agents of order and disorder» (*Disorder* 63). El traje que usaban, la violencia que ambos desplegaban y la imaginación popular que activaban parecen abonar esta hipótesis.

ficant and unsung» (Kitchens 444), con Díaz creció un 90% y su presupuesto aumentó en un 400% (Vanderwood, *Disorder* 69). Instrumental a la política de «pan o palo» (clientelismo o represión) impuesta por el porfirismo, la policía rural pasó, de cumplir una función de control social, a ser un agente activo de la «estabilidad» y la «pacificación» políticas, sirviendo al régimen tanto para patrullar caminos y custodiar viajeros y mercancías, como para policiar procesos electorales o reprimir levantamientos de obreros, mineros, o comunidades indígenas expropiadas o desplazadas de sus tierras. Carleton Beals alude en términos bastante poco favorables a este aspecto menos glorioso de los rurales: «In the country districts stern order was maintained by the mountained cossacks, the *rurales*, comprising the highest paid military corps in the world, who massacred first and inquired afterwards– if they inquired at all» (44).

Mejor pagados que el ejército y con comandos de jerarquía nombrados directamente por el gobierno federal, a los rurales se les puede atribuir, por último, otra función «estabilizadora» de importancia: la de debilitar, como institución de «contrapeso,» la fuerza política que hasta entonces había sido monopolio de los militares. «After 1884 –afirma Kitchens– Díaz's power no longer depended on the support of the army and the armed strength for the enforcement of peace was largely reduced to that of the *rurales*» (452). La pérdida del «antiguo esplendor» del militarismo en el México de fin de siglo fue acaso uno de los pocos méritos del legado de Díaz que Francisco Madero aplaude en *La sucesión presidencial en 1910* (1908). Paradójicamente, pocos años después de escribir este balance demoledor del porfiriato, y ya presidente de México, Madero fue fusilado por Francisco Cárdenas, un rural al servicio del huertismo.

De manera previsible, *El Zarco* avanza sin reserva sobre el descrédito militar. «Fanfarrón y cobarde», el comandante «de mala catadura, con uniforme militar desgarrado, y cubierto con un sombrero charro viejo y sucio» que llega a Yautepec a conmocionar al pueblo con el arresto absurdo de Nicolás es el representante del aparato juarista más maltratado por Altamirano. Fusila campesinos y aldeanos «para no presentarse ante su jefe ... con las manos limpias de sangre»; se niega a perseguir a los plateados; sucumbe al paroxismo «como un

energúmeno»; abusa del poder que le da la tropa armada; se emborracha; no respeta a la autoridad política ni protege a la sociedad civil que, representadas por Nicolás y el «pobre prefecto,» terminan siendo victimizadas por «aquellos militares arbitrarios y feroces.» Después de gastar «tinta y dinero para aclarar aquel asunto,» una orden directa del ministerio de Guerra «corrige» los desatinos del militar a cargo de la tropa destinada por el gobierno a velar por la seguridad pública. Los «resultados» de «todo este embrollo y esta irregularidad [que] eran cosas frecuentes en aquella época de guerra civil y de confusión» no son despreciables: la sociedad civil se moviliza y triunfa sobre los «soldadotes» que evaden su deber, Pilar devela el tesoro de su devoción secreta por Nicolás y el amor ejerce todo su poder transformador al arrojarla a la escena pública convertida en «una mujer fuerte, atrevida y fecunda en recursos» (cap. XIV). Por añadidura, Altamirano aprovecha la escena para dramatizar la disfuncionalidad del gobierno de Juárez responsable de poner en manos de militares incompetentes el cuidado de la seguridad pública. Frente al comandante vicioso, mal vestido, peor portado, emocionalmente inestable y esquivo ante el deber (violaciones todas a la «cultura del respeto» de la reconciliación), se eleva la contrafigura de Martín Sánchez Chagollán, moralmente ejemplar y políticamente puro, sobre la que Altamirano funda el origen mítico-popular de los rurales.[10] Al final, la narración premia a Martín Sánchez con el título de «comandante de seguridad pública», y al grupo de vecinos armados que lo secunda, con el de «soldados.» Cumplido el recambio simbólico y con él, la restitución del orden narrativo, el programa de Altamirano emerge en *El Zarco* disfrazado de moraleja: militarizada, la sociedad civil lidera la lucha contra el bandido mientras el ejército, excluído de todo proceso de «pacificación,» es castigado con el peso del ultraje y el descrédito públicos.

10 A pesar de que Altamirano afirma que Martín Sánchez Chagollán es un personaje «rigurosamente histórico,» la información que se posee no parece ser lo suficientemente concluyente como para confirmar su historicidad. En *Los plateados de tierra caliente*, Pablo Robles dedica un capítulo de la novela a Martín Sánchez pero, a diferencia del personaje de Altamirano, el Sánchez de Robles no es ranchero sino herrero (lo que explica el sobrenombre «Chagollán» – de *chagolla* f. (Méx.) Moneda falsa o muy gastada– que adquiere entre los Plateados), y no muestra la ansiedad de legitimar la violencia que despliega contra los bandidos que es fundamental para el héroe de Altamirano. María Dolores Illescas en *Agitación social y bandidaje en el Estado de Morelos* sugiere que Altamirano basó su personaje en un tal Rafael Sánchez, militar retirado de filiación liberal que participó en la guerra de Reforma y contra la intervención francesa, a quien Popoca y Palacios atribuye el éxito de «desmembrar» a la organización liderada por Salomé Plasencia.

¿PRIMER POLICIAL MEXICANO?

Para Altamirano la extinción de los bandidos era condición de posibilidad del progreso capitalista. Balzac, que pensaba de otro modo, atribuyó el aumento de la criminalidad al ascenso del capitalismo. Sea como fuere, lo cierto es que la preocupación por el crimen que desveló al Siglo XIX no puede ser pensada al margen del celo que puso en juego la burguesía en defensa de la propiedad privada. De la ansiedad burguesa a la glorificación de la policía, sólo había un paso. La novela policial hizo el resto. La policía no sólo era necesaria, debía ser también heroica. Y lo más importante: siempre terminaba ganándole al delito. El género policial nació, afirma Mandel, cuando el «bandido bueno» se convirtió en archivillano: «La preocupación por ... la seguridad ... lleva inevitablemente a una polarización maniquea. La seguridad personal es buena por definición; un ataque en su contra es malo por naturaleza» (59). Este maniqueísmo formal salpica también la distribución de las subjetividades en conflicto: «los criminales son producto de sus impulsos, los héroes producto de su búsqueda de justicia (o de orden)» (Mandel 64). En esta encrucijada donde se busca apagar «la epopeya de los malhechores cantada en almanaques, hojas sueltas y relatos populares» (Foucault 116) y forjar el reino de la ley y el orden, se ubica la novela de Altamirano que, por su ideología narrativa, también se puede leer como una novela policíaca.

No tanto a partir del modelo detectivesco donde el enigma del «quién fué» juega el rol central del relato, sino más bien desde el modelo del policial que lucha a muerte contra «el crimen organizado» hasta agotar todos los recursos de los que es capaz de echar mano para sublimar la violencia: «La anhelada seguridad de una vida protegida, ideal material de las clases medias, tiene el contrabalance de una inseguridad delegada» (Mandel 94). Sánchez compite con los bandidos por el monopolio de la violencia. Triunfar sobre el crimen significa restituir el orden social entendido como el derecho monopólico del estado a ejercer la violencia «legítima». La sociedad burguesa descansa sobre los frutos de este contrato entre derecho y justicia, que es otra forma –la forma sublime– de nombrar a la «violencia legítima» o, como la llama Benjamin, «violencia creadora o fundadora de de-

recho» (39). Con la restitución del contrato social queda sellada la función integradora que se autoimpone Altamirano en esta protonovela policial: un género en el que encuentra la clave de la literatura al servicio de la reconciliación y del estado moderno que había imaginado para su República de las Letras.

El medio justifica los fines. Con la ejecución del bandido al final de la novela, el héroe-policía de *El Zarco* instaura un estado de derecho que, haciendo uso de la excepcionalidad delegada por el poder, emerge de un acto de inmediata violencia, una violencia «legítima» o aceptable porque se trata de la violencia que gobierna. Parafraseando a Benjamin, la fundación del poder del estado, transformado así en fin supremo, no es inmune o independiente de la violencia, sino está íntimamente relacionado a ella.

Los esfuerzos que hace Altamirano para institucionalizar la venganza que moviliza a Sánchez son actos de malabarismo inverosímil. Primero, el ranchero pide «autorización» para ajusticiar bandidos al prefecto del estado de Morelos. Consigue del gobierno regional dos cosas: permiso para «perseguir ladrones ... con la condición de someter a los criminales que aprehendiera al juicio correspondiente» y el título oficial de «jefe de seguridad pública» (cap. XXII). Vistosamente insuficientes para reproducir la eficacia de un juez Lynch, viaja, por último, a México donde es bendecido con poderes extraordinarios (el permiso de matar «bandidos» sin juicio previo) que le concede el mismo presidente Juárez (cap. XXIV).

La ansiedad por mantener las formas jurídicas que pone de manifiesto el relato eleva la Ley a una instancia superior en el orden social. No sólo rige los medios violentos (legalizando los actos de la policía), también gravita sobre los medios no-violentos, es decir, sobre las relaciones y las prácticas sociales. La ley es la frontera que divide a los buenos de los malos en *El Zarco*. Los ejemplos de voluntarismo jurídico en la novela de Altamirano, abundan. Antes de intentar escapar a México a causa del terror sembrado por el bandidismo (el miedo, decía Boileau, está enraizado en la ideología de la novela policíaca), doña Antonia firma un poder para que Nicolás actúe como apoderado y pueda, en su ausencia, administrar legalmente sus propiedades en Yautepec. Nicolás exige al comandante cumplir su deber

de jefe de seguridad pública ejerciendo su derecho como ciudadano y «hombre de bien». Sólo «la tinta y el dinero» que la burocracia gasta en comunicarse con el gobierno central logran poner en libertad al herrero de Atlihuayán. En plena agonía de la madre, sus hijos adoptivos (Pilar y Nicolás) no derrochan tiempo en emociones improductivas sino en discusiones leguleyas gracias a las que el lector se entera de que Manuela perdió todo derecho a heredar a la moribunda después de fugarse con un bandido. Y rematando el final feliz, el matrimonio civil sella, como coronación del proyecto burgués, el «amor puro» entre Pilar y Nicolás. Acaso el viejo jacobinismo de Altamirano tuvo algo que ver en el hecho de que la celebración religiosa ocurra, pero llegue después, quedando «fuera» de la historia. En todos estos casos, la exasperante preocupación por enmarcar jurídicamente las acciones y las prácticas que tienen lugar en *El Zarco,* además de un efecto anticlimático, tiene un fin más o menos pedagógico: educar al ciudadano en los principios del flamante código civil reformista. Conocer las leyes y practicarlas es lo que hace de los personajes, ciudadanos útiles y «hombres de bien.» Al servicio del orden productivo burgués, el aparato burocrático recién consolidado en México estructura y guía la conducta ejemplar y «civilizada» de los habitantes de Yautepec. Triunfante, la moral burguesa y todo lo que la burguesía hace objeto de regulación (la propiedad, la familia, el trabajo, y el crimen) llegó a alcanzar un grado sin precedente de institucionalización en el México de fines de siglo, y *El Zarco* no hace más que celebrarlo a través de los ritos que despliegan disciplinadamente las nuevas subjetividades emergentes.

Si el romanticismo fue la forma literaria adoptada por el liberalismo en el siglo XIX, Altamirano lo entrega pero en una versión corregida, saneada de todo exceso antisocial, debidamente sublimada. Nicolás debe ser uno de los pocos protagonistas de una novela sentimental decimonónica que escapa al destino equívoco al que lo condenaría inevitablemente su amor por Manuela. Esta es la lección sublime que aprende y que termina transformándolo en héroe a los ojos de Altamirano. Elegir bien el amor no es un heroismo menor, sobre todo, si se lo juzga a la luz de la paideia casi antirromántica que propone la novela. Manuela es un error del que la perfección de Ni-

colás debe redimirse. Toda exuberancia (especialmente los desbordes de aquellas sexualidades que no se someten a la regulación del matrimonio como la de Manuela o la del Zarco) es castigada, primero, con la expulsión del contrato social y, por último, con la muerte.

La pasión, en realidad todas las pasiones, son bastante poco toleradas en *El Zarco*. Siempre culpables, delimitan la zona de peligro que todo «buen ciudadano» debe mantener bajo estricto control. El relato llega incluso a dosificar hasta las lágrimas (sólo «dos») que se le permite derramar a los protagonistas en el vértigo de las tantas crisis que navegan. Bajo la economía del derecho burgués, los cuerpos, reducidos a mera fuerza útil, parecen «contar» sólo si se trata de cuerpos productivos o sometidos (Foucault 33). Y en *El Zarco,* el principio de esta moral puritana es la que termina premiando el trabajo de Nicolás con la llegada al paraíso: la felicidad final alcanzada por el héroe no puede sino atribuirse a la ejemplaridad de su «sumisión» al orden de lo útil y lo productivo.

Decir «indio»

¿Qué hay que entender cuando Altamirano en *El Zarco* dice «indio»? «Indio» es el protagonista aunque el narrador se apura a aclarar que «era un indio, pero no un indio abyecto y servil, sino un hombre culto, embellecido por el trabajo y que tenía conciencia de su fuerza y de su valer.» Nicolás lleva, en la escena del capítulo IV que lo presenta, una «blusa de lanilla azul como los marineros» que claramente lo diferencia de la ropa que usan «los dependientes de las haciendas azucareras» (otra vez el narrador vuelve a caracterizar a su héroe por lo que no es). «Indio puro» es también Benito Juárez, como lo fue además Porfirio Díaz. Finalmente, el mismo Altamirano se define en otro lado como «indio feo» que «no necesit[a] de grandes razones para demostrarlo» (cit. en Conway 34). Su fealdad fue, por otra parte, legendaria: el semanario *Mefistófeles* publicó en la portada su imagen acompañada de la siguiente estrofa: «¿Y qué es en realidad? Hombre pigmeo, que por sus obras se parece a Dante, y a un ídolo de barro por lo feo» (cit. en Sierra 77).

«[N]acido en la clase más humilde y menesterosa» (Altamirano, *Discursos* 264), llegó a ser, como dice Monsiváis, un letrado vistosamente «ubicuo» (250) e influyente. Estudió en el legendario Liceo Hidalgo bajo la tutela de jacobinos de la talla de Ignacio Ramírez y Guillermo Prieto. Cursó derecho en el no menos renombrado colegio San Juan de Letrán. Luchó en todas las guerras posibles, desde la guerra de Reforma hasta la guerra contra la intervención extranjera; siempre del lado de los liberales. Fue diputado ante el congreso de la Unión. Apoyó a Porfirio Díaz contra la re-elección de Juárez. Y lo siguió apoyando en sus largos años de «Orden y Progreso.» En 1869 fundó *El Renacimiento* donde, coincidiendo con el espíritu conciliador de la época, invitó a liberales y conservadores a «sofocar rencores, a iniciar una reconciliación y a hacer brotar del amor a las letras el amor a la patria común» (*El Renacimiento* 1). Dió clases de historia en la Escuela Normal. Fue traductor, Soberano Gran Inspector del grado 33 de la orden masónica del Valle de México, y miembro de incontables sociedades científicas, entre las que sobresale la de Los Libres Pensadores, famosa por combatir al partido jesuítico. Entre 1868 y 1880 se desempeñó sucesivamente como fiscal penal, procurador general y ministro de la Suprema Corte de Justicia. Uno de los miembros de las generaciones jóvenes para quienes Altamirano era «el maestro», el modernista Gutiérrez Nájera, además de llamarlo «padre,» lo coronó con el merecido título de «algo así como presidente de la república de las letras mexicanas» (362). En su extensa obra periodística y literaria (Altamirano fue, en opinión de muchos, mejor novelista que poeta, y mejor periodista que literato) sucumbió al peso de «una pedagogía incruenta» que no se cansa de alabar «el ejercicio cotidiano de la responsabilidad ciudadana:» «Todo en Altamirano es, sin dogmatismo –concluye Monsiváis– instrucción civil y cultural» (286). Murió en 1893 mientras ocupaba el cargo de cónsul del gobierno de Díaz en París. Cuando sus cenizas regresaron a México, la prensa, haciéndolo objeto de lo que Conway llama «necronacionalismo porfirista,» convirtió su vida en «una moraleja ... sobre la redención de su raza» («El Aparecido» 140).[11] Al cumplirse el centenario de su muerte, sus restos fueron transladados a la Rotonda de los Hombres Ilustres de la ciudad de México.

11 Además del trabajo de Conway, para un análisis documentado de la función que tuvieron los funerales en el interior de la política reconciliadora del porfirismo, revisar también Espósito (2005).

Decir «indio» a fines del siglo XIX estaba lejos de convocar el mismo sentido del que, como categoría identitaria, goza hoy, en un horizonte atravesado por la influencia de las políticas de identidad. Ser «indio,» como Altamirano, Juárez o Díaz, no tenía el estatus ni irradiaba el sentido de pertenencia social, cultural y política que puede tener en nuestro siglo. Aludía, más bien, a una etapa «evolutiva» de la vida a ser superada, en el caso específico de Altamirano, gracias a ese «deus ex machina» que fue la educación para el liberalismo decimonónico (Palti 200). De ahí que uno de sus biógrafos haya hecho hincapié en el «milagro» que significó la formación literaria de Altamirano (cit. en Flores Torres 433). Decir «indio» en el México finisecular fue, cumpliendo los principios del «discurso colonial» que describe Homi Bhabha, sinónimo de infancia, de un pasado reducido a prehistoria a fuerza del borramiento que acompaña la asimilación a la cultura hegemónica blanca. En términos contemporáneos, Altamirano no podría considerarse un «indio» sino un aculturado o, como lo llama Manuel Pedro González, un «espíritu colonial» con una obra marcadamente «clasista» (54) y «esencialmente oligárquica» (57).

En *El Zarco*, ser «indio» se reduce a un dato meramente fenotípico. Nicolás, el héroe romántico de esta novela póstuma, es un «indio» pero ennoblecido, no por la educación como Altamirano, sino por el trabajo. La «virtud» que proyecta el personaje radica en su estatus, sobre todo, de proletario. Nicolás se convierte así en el vivo ejemplo de un «indio» incorporado sin trauma a la economía capitalista y en un modelo de «hombre de bien», epítome de las subjetividades útiles y productivas que enorgullecen a Yautepec, un escenario armonioso y utópico, sin tensiones de castas ni de clases, o de otras diferencias que no sea la «peste» del bandidismo.[12] «Huérfano de padres,» Nicolás queda libre (un don, sin duda, que le regala el relato) de cualquier vínculo de sangre que pueda dejarlo atrapado en las redes de un origen comunitario. Liberado así de toda sospecha «comunista,» Nicolás llega a ser un «individuo» (en el sentido que tiene

12 Según Dabove, «Yautepec represents the cohesive and harmonious Mexican 'imagined community' that is egalitarian in economic and racial terms ... Yautepec's economy is overwhelmingly modern: there is no subsistence agriculture, the agrarian system works in a monetary goods market that is integrated into the national economy and free from the corporative and economic hindrances of the past –represented by the Church, the hacienda, and the indigenous community that is relegated to the mountain slopes» (103). Respondiendo al formalismo épico que estructura la novela (donde todo es doble, romances, moral, política, geografía, y economía), Xochimancas funciona como espacio de contraste que se opone al orden utópico proyectado por Yautepec.

este término para el liberalismo) y a lo largo de la novela se lo muestra, en su afán de capitalizar el vacío social y cultural del que lo suspende Altamirano, fantaseando con otros vínculos, creando, como una suerte de ave fénix que renace metamorfoseada de sus propias cenizas, otra familia simbólica: Doña Antonia es la elegida para actuar de madre putativa, mientras que Martín Sánchez hace las veces de figura paterna. Pilar, la esposa, completa este árbol genealógico adaptado a, o aceptable para, la nueva distribución social y económica que acompaña la promesa modernizadora.

Al liberalismo mexicano no se le ocurrió cuestionar los alcances desintegradores que tuvo sobre las comunidades indígenas la ley de desamortización de tierras «de fincas rústicas y urbanas» (la llamada Ley Lerdo de 1856). Despojados de sus tierras por un estado impaciente de entregarlas a manos de terratenientes mexicanos y extranjeros, los pueblos indígenas que no resistieron la expropiación o el exterminio, obligados a emigrar a las ciudades o a encontrar trabajo como campesinos asalariados en las «fincas» expropiadas, terminaron condenados a la desintegración o a la «asimilación» forzosa. Altamirano, afirma Brading, «w[as] blinded by his belief in the supreme value of individual, private property, persuaded that once the indian peasantry became petti proprietors the play of self-interest would promote material improvement. In any case, [he] viewed the survival of the Indian pueblo as an obstacle to the social integration of the native population, a view [he] inhereted from Mora» (33). Para los liberales, pensar que el proyecto modernizador podía coexistir junto a «sistemas premodernos» como los «cuerpos» (i.e., la iglesia, el ejército y las comunidades indígenas) resultaba una imposibilidad, un techo ideológico impuesto por el mismo dogma liberal. Mora creía que la lógica corporativa constituía «una verdadera tiranía que hacía ilusoria la libertad civil y la independencia personal que les corresponde a los ciudadanos» (cit. en Palti 138). Incompatible con los intereses económicos del capitalismo de estado, el espíritu de cuerpo que se atribuyó a las naciones indígenas, pero también al ejército y a la Iglesia (¿no deberían los «bandidos» engrosar también esta lista?) fue combatido con un fervor enconado por un liberalismo convencido de que las «corporaciones precapitalistas» representaban una com-

petencia y un anacronismo que atentaba contra los principios básicos de la racionalidad capitalista. En esta lucha a muerte de intereses, las leyes de registro de la propiedad (1892) y la de ocupación y enajenación de terrenos baldíos (1894) sancionadas por Díaz no hicieron más que legalizar el despojo a las naciones indígenas, acelerando con ello el proceso masivo de transformación de la tenencia de tierras iniciado en México con la Ley Lerdo. El cálculo del estado porfirista fue tan lineal como macabro. Si los «indios» no se sumaban como proletarios al tren de la modernización, ahí estaban los rurales para reprimir cualquier intento de resistencia. El exterminio de los yaquis o la tristemente famosa represión de mineros en Cananea, Sonora, constituyen sólo un par de ejemplos de la «mano de hierro» de Díaz, tan celebrada por la prensa de la época, dentro y fuera de México. Toda vez que la propaganda porfirista resultaba insuficiente para disciplinar a los «cuerpos» de la república, la policía rural venía en su auxilio. Esta fue, en última instancia, la denuncia que documentó John K. Turner en uno de los artículos publicados por *The American Magazine* en 1909 (y recopilados más tarde bajo el título *Barbarous Mexico*) donde proféticamente llegó a anticipar la implosión de la revolución que se avecinaba: en la «maquinaria» montada por Díaz –escribió– «el privilegio y la represión van siempre de la mano.» Turner aludía de este modo a la política de «pan o palo» que fue el lema cínicamente acuñado por Porfirio Díaz para describir la receta que lo mantuvo en el poder durante más de treinta años.

Bibliografía citada

Altamirano, Ignacio. *Discursos*. París: Biblioteca de la Europa y América, 1892.

_____. *El Zarco*. Edición, Transcripción, Estudio preliminar y notas de Manuel Sol. Xalapa: Universidad Veracruzana, 2000.

Azuela, Mariano. *Cien años de novela mexicana*. México: Ediciones Botas, 1947.

Bhabha, Homi. «The Other Question: Difference, discrimination and the discourse of colonialism.» *Screen* 24.6 (1983): 18-36.

Beals, Carleton. *Mexico: An Interpretation*. New York: B. W. Huebsch, c.1923.

Benjamin, Walter. *Para una crítica de la violencia*. Buenos Aires: Editorial Leviatán, 1995.

Brading, D.A. «Liberal Patriotism and the Mexican Reforma.» *Journal of Latin American Studies* 20 (May 1988): 27-48.

Castañón, Adolfo. «La literatura y el Estado de México 1876-1910.» *Revista de la Universidad de México* 13 (1982): 5-13.

Conway, Christopher. «Lecturas: Ventanas de la seducción en *El Zarco*.» *Revista de crítica literaria latinoamericana* 52 (2000): 91-106.

_____. «El Aparecido Azteca: Ignacio Manuel Altamircano en el necronacionalismo mexicano, 1893.» *Revista de crítica literaria latinoamericana* 62 (2005): 125-42.

_____. «Ignacio Altamirano and the Contradictions of Autobiographical Indianism.» *Latin American Literary Review* 67 (Jan-Jun 2006): 34-49.

Covo, Jacqueline. *Las ideas de la Reforma en México (1855-1861)*. Trad. María Francisca Mourier-Martínez. México: UNAM, 1983.

Dabove, Juan Pablo. *Nightmares of the Lettered City: Banditry and Literature in Latin America, 1816-1929*. Pittsburgh: U of Pittsburgh P, 2007.

Dabove, Juan Pablo y Hallstead, Susan. «Pasiones fatales: consumo, bandidaje y género en *El Zarco*.» *A Contracorriente* 7.1 (Fall 2009): 168-87.

El Renacimiento: Periódico Literario, Segunda Epoca. Edición facsimilar. México: UNAM, 2006.

Espósito, Matthew D. «The Politics of Death: State Funerals as Rites of Reconciliation in Porfirian Mexico, 1876-1889.» *The Americas* 62.1 (2005): 65-94.

Flores Torres, Oscar. Ed. *Historiadores de México. Siglo XIX*. México: Editorial Trillas, 2003.

Foucault, Michel. *Vigilar y castigar*. Web. www.uruguaypiensa.org.uy /imgnoticias/592.pdf

Frazer, Chris. *Bandit Nation. A History of Outlaws and Cultural Struggle in Mexico, 1810-11920*. Lincoln: U of Nebraska P, 2006.

García Icazbalceta, Joaquín. *Vocabulario de mexicanismos*. Web. www.biblioteca.org.ar/libros/300842.pdf

González, Manuel Pedro. *Trayectoria de la novela en México*. México: Ediciones Botas, 1951.

Gutiérrez Nájera, Manuel. *Obras críticas y literarias. Vol. 1*. México: UNAM, 1959.

Illescas, María Dolores. *Agitación social y bandidaje en el Estado de Morelos durante el Siglo XIX*. Web. http://biblioteca.itam.mx /estudios/estudio/letras14/ text4/text4.html

Kitchens, John W. «Some Considerations on the Rurales of Porfirian Mexico.» *Journal of Inter-American Studies* 3 (Jul. 1967): 441-55.

Madero, Francisco. *La sucesión presidencial en 1910*. San Pedro, Coahuila: Edición privada, 1908.

Mandel, Ernest. *Crimen delicioso. Historia social del relato policíaco*. México: Coordinación de Difusión Cultural/UNAM, 1986.

Martínez, José Luis. *La expresión nacional*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1993.

Monsiváis, Carlos. *Las herencias ocultas de la Reforma liberal del Siglo XIX*. México: Debate, 2006.

Palti, Elías. *La invención de una legitimidad. Razón y retórica en el pensamiento mexicano del Siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica, 2005.

Popoca y Palacios, Lambert. *Historia del bandidismo en el estado de Morelos ¡Ayer como Ahora! 1860 (Plateados) 1911 (Zapatistas)*. Puebla: Tipografía Guadalupana, 1912.

Sommer, Doris. *Foundational Fictions: The National Romances of Latin America*. Berkeley: U of California P, 1991.

Sierra, Catalina. *Ignacio Manuel Altamirano: Iconografía*. México: Consejo Nacional para Cultura y Artes, 1993.

Turner, John Kenneth. *México bárbaro*. Web. http://www.antorcha.net/biblioteca_virtual/historia/turner/caratula.html

Vanderwood, Paul. *Disorder and Progress*. Lincoln: U of Nebraska P, 1981.

_____. *Los rurales mexicanos*. México: Fondo de Cultura Económica, 1982.

El Zarco

– I –
Yautepec

Yautepec[1] es una población de la tierra caliente,[2] cuyo caserío se esconde en un bosque de verdura.

De lejos, ora se llegue de Cuernavaca por el camino quebrado de las Tetillas,[3] que serpentea en medio de dos colinas rocallosas cuya forma les ha dado nombre, ora descienda de la fría y empinada sierra de Tepoztlán,[4] por el lado Norte, o que se descubra por el sendero llano que viene del valle de Amilpas[5] por el Oriente, atravesando las ricas y hermosas haciendas de caña de Cocoyoc, Calderón, Cassano y San Carlos,[6] siempre se contempla a Yautepec como un inmenso bosque por el que sobresalen apenas las torrecillas de su iglesia parroquial.

De cerca, Yautepec presenta un aspecto original y pintoresco. Es un pueblo mitad oriental y mitad americano.[7] Oriental, porque los ár-

---

1 *Yautepec*: En la época en que Altamirano sitúa la novela, pertenecía aún al Estado de México, luego en 1869 pasó a formar parte del Estado de Morelos. Estaba situada al oeste de la Sierra Madre Oriental, aproximadamente a 120 kilómetros de la ciudad de México.

2 *Tierra caliente*: A diferencia del clima de montaña que domina la llamada tierra fría al Norte del Estado, el clima de los llanos de la zona central o «tierra caliente» es apropiado para el cultivo de azúcar.

3 *Tetillas*: Sierra de aproximadamente 1600 metros de altura que se encuentra al este de Yautepec.

4 *Tepoztlán*: Sierra al noroeste de la ciudad de Cuernavaca.

5 *Amilpas*: Valle fértil ubicado en la zona central del actual Estado de Morelos.

6 *Cocoyoc, Calderón, Cassano y San Carlos*: Haciendas de azúcar ubicadas en el valle de Amilpas, pertenecientes a los actuales distritos de Yautepec y Cuautla.

7 *Mitad oriental y mitad americano*: Altamirano describe Yautepec como una población cultural y económicamente híbrida o metiza. La crítica ha indicado el uso curioso de «oriental» en este pasaje. Doris Sommer, por ejemplo, sostiene: «*Oriente* is, indeed, a strange word here, a clever way of making Europe seem pre–modern by means of a playful or pugnacious reference to a useful but superseded part of the world. Orange and lemon trees represent what comes from afar, a past grafted onto the present and future, which is modern Mexico. Mexicans did not forget Hegel's assumption that modernity was moving westward, and the underlying tension of the novel has to do with the need to overcome a taste for that European past.»

boles que forman ese bosque de que hemos hablado son naranjos y limoneros, grandes, frondosos, cargados siempre de frutos y de azahares que embalsaman la atmósfera con sus aromas embriagadores. Naranjos y limoneros por donde quiera, con extraordinaria profusión. Diríase que allí estos árboles son el producto espontáneo de la tierra; tal es la exuberancia con que se dan, agrupándose, estorbándose, formando ásperas y sombrías bóvedas en las huertas grandes o pequeñas que cultivan todos los vecinos, y rozando con sus ramajes de un verde brillante y obscuro y cargados de pomas de oro los aleros de teja o de bálago[8] de las casas. Mignon[9] no extrañaría su patria, en Yautepec, donde los naranjos y limoneros florecen en todas las estaciones.

Verdad es que este conjunto oriental se modifica en parte por la mezcla de otras plantas americanas, pues los bananos suelen mostrar allí sus esbeltos troncos y sus anchas hojas, y los magueyes y otras zapotáceas elevan sus enhiestas copas sobre los bosquecillos, pero los naranjos y limoneros dominan por su abundancia. En 1854, perteneciendo todavía Yautepec al Estado de México, se hizo un recuento de estos árboles en esta población, y se encontró con que había más de quinientos mil. Hoy, después de veinte años,[10] es natural que se hayan duplicado. Los vecinos viven casi exclusivamente del producto de estos preciosos frutales, y antes de que existiera el ferrocarril de Veracruz,[11] ellos surtían únicamente de naranjas y limones a la ciudad de México.

Por lo demás, el aspecto del pueblo es semejante al de todos los de las tierras calientes de la República. Algunas casas de azotea pintadas de colores chillantes, la mayor parte teniendo tejados obscuros y salpicados con las manchas cobrizas de la humedad, muchísimas de paja o de palmeras de la tierra fría, todas amplias, cercadas de paredes de adobe, de árboles o de piedras; alegres, surtidas abundantemente de

---

8 *Bálago*: «Paja larga de los cereales después de quitarle el grano» (*RAE*)

9 *Mignon*: Personaje de la novela *Años de aprendizaje de Wilhelm Meister* de W. Goethe. Al inicio del libro III, canta acompañada de una cítara: «¿Conoces el país donde florece el naranjo,/ y entre el verde follaje su aéreo fruto refulge?» aludiendo a Italia, su país natal.

10 *En 1854... Hoy, después de veinte años*: De acuerdo al subtítulo de la novela (*Episodios de la vida mexicana en 1861–63*) esta referencia temporal aludiría al inicio de la escritura de la novela y no a la historia que se refiere en la misma que se desarrolla entre las Guerras de Reforma y la invasión francesa. Para Manuel Sol no cabe duda alguna: «Según esta noticia, Altamirano empezó a redactar *El Zarco*, o por lo menos el primer capítulo, en 1874; es decir, once años después de ocurridos los acontencimientos narrados.»

11 *Ferrocarril de Veracruz*: Iniciada su contrucción por Benito Juárez, el tramo ferroviario México–Veracruz fue inaugurado en 1873 por el presidente Sebastián Lerdo de Tejada. Muchos atribuyen la decadencia del bandidismo en México a la expansión del ferrocarril que tuvo lugar después de la intervención francesa.

agua, nadando en flores y cómodas, aunque sin ningún refinamiento moderno. Un río apacible de linfas transparentes y serenas, que no es impetuoso más que en las crecientes del tiempo de lluvias, divide el pueblo y el bosque, atravesando la plaza, lamiendo dulcemente aquellos cármenes[12] y dejándose robar sus aguas por numerosos *apantles*[13] que las dispersan en todas direcciones. Ese río es verdaderamente el dios fecundador de la comarca y el padre de los dulces frutos que nos refrescan, durante los calores del estío, y que alegran las fiestas populares en México en todo el año.

La población es buena, tranquila, laboriosa, amante de la paz, franca, sencilla y hospitalaria. Rodeada de magníficas haciendas de caña de azúcar, mantiene un activo tráfico con ellas, así como con Cuernavaca y Morelos, es el centro de numerosos pueblecillos de indígenas, situados en la falda meridional de la cordillera que divide la tierra caliente del valle de México, y con la metrópoli de la República a causa de los productos de sus inmensas huertas de que hemos hablado.

En lo político y administrativo, Yautepec, desde que pertenece al Estado de Morelos, fue elevándose de un rango subalterno y dependiente de Cuernavaca, hasta ser cabecera de distrito, carácter que conserva todavía. No ha tomado parte activa en las guerras civiles y ha sido las más de las veces víctima de ellas, aunque ha sabido reponerse de sus desastres, merced a sus inagotables recursos y a su laboriosidad. El río y los árboles frutales son su tesoro; así es que los facciosos, los partidarios y los bandidos, han podido arrebatarle frecuentemente sus rentas, pero no han logrado mermar ni destruir su capital.

La población toda habla español, pues se compone de razas mestizas. Los indios puros han desaparecido allí completamente.

12 *Cármenes*: «En Granada, quinta con huerto o jardín» (*RAE*)

13 *Apantles*: Mexicanismo, acequias para conducir aguas de riego.

– II –
El terror

Apenas acababa de ponerse el sol, un día de agosto de 1861, y ya el pueblo de Yautepec parecía estar envuelto en las sombras de la noche. Tal era el silencio que reinaba en él. Los vecinos, que regularmente en estas bellas horas de la tarde, después de concluir sus tareas diarias, acostumbraban siempre salir a respirar el ambiente fresco de las calles, o a tomar un baño en las pozas o remansos del río o a discurrir por la plaza o por las huertas, en busca de solaz, hoy no se atrevían a traspasar los umbrales de su casa, y por el contrario, antes de que sonara en el campanario de la parroquia el toque de oración, hacían sus provisiones de prisa y se encerraban en sus casas, como si hubiese epidemia, palpitando de terror a cada ruido que oían.

Y es que a esas horas, en aquel tiempo calamitoso, comenzaba para los pueblos en que no había una fuerte guarnición, el peligro de un asalto de bandidos con los horrores consiguientes de matanza, de raptos, de incendio y de exterminio. Los bandidos de la tierra caliente eran sobre todo crueles. Por horrenda e innecesaria que fuera una crueldad, la cometían por instinto, por brutalidad, por el solo deseo de aumentar el terror entre las gentes y divertirse con él. El carácter de aquellos *plateados* (tal era el nombre que se daba a los bandidos de esa época) fue una cosa extraordinaria y excepcional, una explosión de vicio, de crueldad y de infamia que no se había visto jamás en México.

Así, pues, el vecindario de Yautepec, como el de todas las poblaciones de la tierra caliente, vivía en esos tiempos siempre medroso, tomando durante el día la precaución de colocar vigías en las torres de

sus iglesias, para que diesen aviso oportuno de la llegada de alguna partida de bandoleros a fin de defenderse en la plaza, en alguna altura, o de parapetarse en sus casas. Pero durante la noche, esa precaución era inútil, como también lo era el apostar escuchas o avanzadas en las afueras de la población, pues se habría necesitado ocupar para ello a numerosos vecinos inermes que, aparte del riesgo que corrían de ser sorprendidos, eran insuficientes para vigilar los muchos caminos y veredas que conducían al poblado y que los bandidos conocían perfectamente.

Además, hay que advertir que los *plateados*[14] contaban siempre con muchos cómplices y emisarios dentro de las poblaciones y de las haciendas, y que las pobres autoridades, acobardadas por falta de elementos de defensa, se veían obligadas, cuando llegaba la ocasión, a entrar en transacciones con ellos, contentándose con ocultarse o con huir para salvar la vida.

Los bandidos, envalentonados en esta situación, fiados en la dificultad que tenía el gobierno para perseguirlos, ocupado como estaba en combatir la guerra civil, se habían organizado en grandes partidas de cien, doscientos y hasta quinientos hombres, y así recorrían impunemente toda la comarca, viviendo sobre el país, imponiendo fuertes contribuciones a las haciendas y a los pueblos, estableciendo por su cuenta peajes en los caminos y poniendo en práctica todos los días, el plagio, es decir, el secuestro de personas, a quienes no soltaban sino mediante un fuerte rescate. Este crimen, que más de una vez ha sembrado el terror en México, fue introducido en nuestro país por Cobos,[15] jefe clerical de espantosa nombradía y que pagó al fin sus fechorías en el suplicio.

A veces los *plateados* establecían un centro de operaciones, una especie de cuartel general, desde donde uno o varios jefes ordenaban los

---

14 *Plateados*: Bandidos que hacia 1861 asolaban los Estados de México y Morelos, y que contribuyeron a que el período descripto por Altamirano en *El Zarco* pasara a la historia como la «época dorada» del bandidismo mexicano. En *Disorder and Progress*, libro canónico de Paul Vanderwood sobre el bandidismo en el siglo XIX, puede leerse: «These *plateados* were not just one huge gang but a social phenomenon that ocurred elsewhere in Mexico. Counterpart, also called *plateados*, sprang up in Veracruz, Puebla and Guerrero» (8).

15 *Cobos*: Marcelino Cobos, de origen español, sirvió bajo las órdenes del padre Jarauta en la guerra mexicana–estadounidense y después del triunfo liberal comenzó a asolar la zona central de México. El 17 de abril de 1861, *El Monitor Republicano* denunciaba sus andanzas como plagiario: «Un vecino de Otumba fue aprehendido por él, y después de sufrir un verdadero martirio, tuvo que dar 6,000 pesos para salvar su vida.» Después de caer prisionero, ese mismo año fue fusilado por orden del general Antonio Carvajal.

asaltos y los plagios y dirigían cartas a los hacendados y a los vecinos acomodados pidiendo dinero, cartas que era preciso obsequiar so pena de perder la vida sin remedio. Allí también solían tener los escondites en que encerraban a los *plagiados,* sometiéndolos a los más crueles tratamientos.

Por el tiempo de que estamos hablando, ese cuartel general de bandidos se hallaba en Xochimancas, hacienda antigua y arruinada, no lejos de Yautepec y situada a propósito para evitar una sorpresa.[16]

Semejante vecindad hacía que los pueblos y haciendas del distrito de Yautepec se encontrasen por aquella época bajo la presión de un terror constante.

De manera que así se explica el silencio lúgubre que reinaba en Yautepec en esa tarde de un día de agosto y cuando todo incitaba al movimiento y a la sociabilidad, no habiendo llovido, como sucedía con frecuencia en este tiempo de aguas, ni presentado el cielo aspecto alguno amenazador. Al contrario, la atmósfera estaba limpia y serena; allá en los picos de la sierra de Tepoztlán, se agrupaban algunas nubes teñidas todavía con reflejos violáceos; más allá de los extensos campos de caña que comenzaban a obscurecerse, y de las sombrías masas de verdura y de piedra que señalaban las haciendas, sobre las lejanas ondulaciones de las montañas, comenzaba a aparecer tenue y vaga la luz de la luna, que estaba en su pleno.

16 *Xochimancas*: Hacienda azucarera en ruinas al Sur de Yautepec que funciona como guarida de los plateados. Según Manuel Sol, se trataba de un ingenio fundado por los jesuitas en el siglo XVII y explotado por esta orden probablemente hasta su expulsión de México en 1767.

– III –
Las dos amigas

En el patio interior de una casita de pobre pero graciosa apariencia, que estaba situada a las orillas de la población y en los bordes del río, con su respectiva huerta de naranjos, limoneros y platanares, se hallaba tomando el fresco una familia compuesta de una señora de edad y de dos jóvenes muy hermosas, aunque de diversa fisonomía.

La una como de veinte años, blanca, con esa blancura un poco pálida de las tierras calientes, de ojos obscuros y vivaces y de boca encarnada y risueña, tenía algo de soberbio y desdeñoso que le venía seguramente del corte ligeramente aguileño de su nariz, del movimiento frecuente de sus cejas aterciopeladas, de lo erguido de su cuello robusto y bellísimo o de una sonrisa más bien burlona que benévola. Estaba sentada en un banco rústico y muy entretenida en enredar en las negras y sedosas madejas de sus cabellos una guirnalda de rosas blancas y de caléndulas rojas.

Diríase que era una aristócrata disfrazada y oculta en aquel huerto de la tierra caliente. Marta o Nancy[17] que huía de la corte para tener una entrevista con su novio.

La otra joven tendría diez y ocho años; era morena; con el tono suave y delicado de las criollas que se alejan del tipo español, sin confundirse con el indio, y que denuncia a la hija humilde del pueblo. Pero en sus ojos grandes, y también obscuros, en su boca, que dibujaba una sonrisa triste siempre que su compañera decía alguna frase burlona, en su cuello inclinado, en su cuerpo frágil y que parecía enfermizo, en el conjunto todo de su aspecto, había tal melancolía que desde luego podía comprenderse que aquella niña tenía un carácter diametralmente opuesto al de la otra.

---

17 *Marta o Nancy*: Personajes de la ópera *Marta o el mercado de Richmond* de Friedrich von Flotow (1812-83). Altamirano habla en *El Siglo Diez y Nueve* (7 de enero de 1868) de las aventuras y desventuras de estas dos cortesanas disfrazadas de pastoras.

Ésta colocaba también lentamente y como sin voluntad en sus negras trenzas, una guirnalda de azahares, sólo de azahares, que se había complacido en cortar entre los más hermosos de los naranjos y limoneros, por cuya operación se había herido las manos, lo que le atraía las chanzonetas de su amiga.

—Mira, mamá –dijo la joven blanca, dirigiéndose a la señora mayor que cosía sentada en una pequeña silla de paja, algo lejos del banco rústico–, mira a esta tonta, que no acabará de poner sus llores en toda la tarde; ya se lastimó las manos por el empeño de no cortar más que los azahares frescos y que estaban más altos, y ahora no puede ponérselos en las trenzas... Y es que a toda costa quiere casarse, y pronto.

—¿Yo? –preguntó la morena alzando tímidamente los ojos como avergonzada.

—Sí, tú –replicó la otra–, no lo disimules; tú sueñas con el casamiento; no haces más que hablar de ello todo el día, y por eso escoges los azahares de preferencia. Yo no, yo no pienso en casarme todavía, y me contento con las flores que más me gustan. Además, con la corona de azahares parece que va una a vestirse de muerta. Así entierran a las doncellas.

—Pues tal vez así me enterrarán a mí –dijo la morena–, y por eso prefiero estos adornos.

—¡Oh! niñas, no hablen de esas cosas –exclamó la señora en tono de reprensión. Estar los tiempos como están y hablar ustedes de cosas tristes, es para aburrirse. Tú, Manuela –dijo dirigiéndose a la joven altiva–, deja a Pilar que se ponga las flores que más le cuadren y ponte tú las que te gustan. Al cabo, las dos están bonitas con ellas... y como nadie las ve –añadió, dando un suspiro...

—¡Ésa es la lástima! –dijo con expresivo acento Manuela– Ésa es la lástima –repitió–, que si pudiéramos ir a un baile o siquiera asomarnos a la ventana... ya veríamos...

—Bonitos están los tiempos –exclamó amargamente la señora–, lindos para andar en bailes o asomarse a las ventanas. ¿Para qué queríamos más fiesta? ¡Jesús nos ampare! ¡Conque, trabajos tenemos para vivir escondidas y sin que sepan los malditos *plateados* que existimos! No veo la hora de que venga mi hermano de México y nos lleve aunque sea a pie. No puede vivirse ya en esta tierra. Me voy a morir

de miedo un día de éstos. Ya no es vida. Señor, ya no es vida la que llevamos en Yautepec. Por la mañana, sustos si suena la campana, y a esconderse en la casa del vecino o en la iglesia. Por la tarde, apenas se come de prisa, nuevos sustos si suena la campana o corre la gente; por la noche, a dormir con sobresalto, a temblar a cada tropel, a cada ruido, a cada pisada que se oye en la calle, y a no pegar los ojos en toda la noche si suenan tiros o gritos. Es imposible vivir de esta manera; no se habla más que de robos y asesinatos: «que ya se llevaron al monte a don fulano»; «que ya apareció su cadáver en tal barranca o en tal camino»; «que hay zopilotera[18] en tal lugar»; «que ya se fue el señor cura a confesar a fulano que está mal herido»; «que esta noche entra Salomé Plasencia»;[19] «que se escondan las familias, que ahí viene *el Zarco* o *Palo seco*»; y después: «que ahí viene la tropa del gobierno, fusilando y amarrando a los vecinos». Díganme ustedes si esto es vida; no: es el infierno ...; yo estoy mala del corazón.

La señora concluyó así, derramando gruesas lágrimas, su terrible descripción de la vida que llevaba, y que por desgracia no era sino muy exacta, y aun pálida en comparación de la realidad.

Manuela, que se había puesto encendida cuando oyó hablar del *Zarco,* se conmovió al oír que la buena señora se quejaba de estar mala del corazón.

—Mamá, tú no me habías dicho que estabas mala del corazón. ¿Te duele de veras? ¿Estás enferma? –le preguntó acercándose con ternura.

—No, hija, enferma no; no tengo nada, pero digo que semejante vida me aflige, me entristece, me desespera y acabará por enfermarme realmente. Lo que es enfermedad, gracias a Dios que no tengo, y ésa es al menos una fortuna que nos ha quedado en medio de tantas desgracias que nos han afligido desde que murió tu padre. Pero al fin, con tantas zozobras, con tantos sustos diarios, con el cuidado que tú me causas, tengo miedo de perder la salud, y en esta población, y teniéndote a ti... Todos me dicen: «Doña Antonia, esconda usted a Manuelita o mándela usted mejor a México o a Cuernavaca. Aquí está muy expuesta, es muy bonita, y si la ven los *plateados,* si algunos de sus espías de aquí les dan aviso, son capaces de caer una noche en la población y llevársela. ¡Jesús me acompañe! Todos me dicen esto; el

18 *Zopilotera*: Mexicanismo, muchos zopilotes o buitres negros agrupados.

19 *Salomé Plasencia*: Personaje histórico, jefe de los *plateados*. Según Vanderwood, llegó a dominar el comercio de la región de Cuautla en la época en que se desarrolla la novela de Altamirano.

señor cura mismo me lo ha aconsejado; el prefecto, nuestros parientes, no hay un alma bendita que no me diga todos los días lo mismo, y yo estoy sin consuelo, sin saber qué hacer..., sola..., sin más medios de qué vivir que esta huerta de mis pecados, que es la que me tiene aquí, y sin más amparo que mi hermano a quien ya acabo a cartas, pero que se hace el sordo. Ya ves, hija mía, cuál es la espina que tengo siempre en el corazón y que no me deja ni un momento de descanso. Si mi hermano no viniera, no nos quedaría más que un recurso para libertarnos de la desgracia que nos está amenazando.

—¿Cuál es, mamá? –preguntó Manuela sobresaltada.

—El de casarte, hija mía –respondió la señora con acento de infinita ternura.

—¿Casarme? ¿Y con quién?

—¿Cómo con quién? –replicó la madre en tono de dulce reconvención–. Tú sabes muy que Nicolás te quiere, que se consideraría dichoso si le dijeras que sí, que el pobrecito hace más de dos años que viene a vernos día con día, sin que le estorben ni los aguaceros, ni los peligros, ni tus desaires tan frecuentes y tan injustos, y todo porque tiene esperanzas de que te convenzas de su cariño, de que te ablandes, de que consientas en ser su esposa...

—¡Ah! en eso habíamos de acabar, mamacita –interrumpió vivamente Manuela, que desde las últimas palabras de la señora no había disimulado su disgusto–; debí haberlo adivinado desde el principio; siempre me hablas de Nicolás; siempre me propones el casamiento con él, como el único remedio de nuestra mala situación, como si no hubiera otro...

—¿Pero cuál otro, muchacha?

—El de irnos a México con mi tío, el de vivir como hasta aquí, escondiéndonos cuando hay peligro.

—¿Pero tú no ves que tu tío no viene, que nosotras no podemos irnos solas a México, que confiarnos a otra persona es peligrosísimo en estos tiempos en que los caminos están llenos de *plateados,* que podrían tener aviso y sorprendernos... porque se sabría nuestro viaje con anticipación?

—Y yéndonos con mi tío ¿no tendríamos el mismo riesgo? –objetó la joven reflexionando.

—Tal vez, pero él tiene interés en nosotras, somos de su familia y procuraría acompañarse de hombres resueltos, quizás aprovecharía el paso de alguna fuerza del gobierno, o la traería de México o de Cuernavaca; guardaría el debido secreto sobre nuestra salida. En fin, la arriesgaría de noche atravesando por Totolópam o por Tepoztlán; de todos modos, con él iríamos más seguras. Pero ya lo ves, no viene, ni siquiera responde a mis cartas. Sabrá seguramente como está este rumbo, y mi cuñada y sus hijos no lo dejarán exponerse. El hecho es que no podemos tener esperanza en él.

—Pues entonces, mamá, seguiremos como hasta aquí, que éstas no son penas del infierno; algún día acabarán, y mejor me quedaré para vestir santos...

—¡Ojalá que ése fuera el único peligro que corrieras, el de quedarte para vestir santos! –contestó la señora con amargura–; pero lo cierto es que no podemos seguir viviendo así en Yautepec. Éstas no son penas del infierno, efectivamente, y aun creo que se acabarán pronto, pero no favorablemente para nosotras. Mira –añadió bajando la voz con cierto misterio–, me han dicho que desde que los *plateados* han venido a establecerse en Xochimancas, y que estamos más inundados que nunca en este rumbo, han visto muchas veces a algunos de ellos, disfrazados, rondar nuestra calle de noche; que ya saben que tú estás aquí, aunque no sales ni a misa; que han oído mencionar tu nombre entre ellos; que los que son sus amigos aquí, han dicho varias veces: *Manuelita ha de parar con los plateados. Un día de estos, Manuelita ha de ir a amanecer en Xochimancas;* con otras palabras parecidas. Mis comadres, mis parientes, ya te conté, el señor cura mismo me ha encontrado y me ha dicho: «Doña Antonia, pero ¿en qué piensa usted que no ha transportado ya a Manuelita a Cuernavaca o Cuautla, a alguna hacienda grande? Aquí corre mucho riesgo con los malos. Sáquela usted, señora, sáquela usted, o escóndala debajo de la tierra, porque si no, va usted a tener una pesadumbre un día de éstos». Y a cada consejo que me dan, me clavan un puñal en el pecho. Ya verás tú si podremos vivir de este modo aquí.

—Pero mamá, si ésos son chismes con que quieren asustar a usted. Yo no he visto ningún bulto en nuestra calle de noche, una que otra vez que suelo asomarme, y eso de que vinieran los *plateados* a robarme

alguna vez, ya verá usted que es difícil; habíamos de tener tiempo de saberlo, de oír algún tropel y podríamos evitarlo fácilmente, huyendo por la huerta hasta la plaza. Desengáñese usted; no contando conmigo, me parece imposible. Sólo que me sorprendieran en la calle, pero como no salgo, ni siquiera voy a misa, sino que me estoy encerrada a piedra y lodo, ¿dónde me habían de ver?

—¡Ay! ¡No, Manuela! Tú eres animosa porque eres muchacha, y ves las cosas de otro modo; pero yo soy vieja, tengo experiencia, veo lo que está pasando y que no había visto en los años que tengo de edad, y creo que estos hombres son capaces de todo. Si yo supiera que había aquí tropas del gobierno o que el vecindario tuviera armas para defenderse, estaría más tranquila, pero ya tú bien sabes que hasta el prefecto y el alcalde se van al monte cuando aparecen los *plateados,* que el vecindario no sabe qué hacer, que si hasta ahora no han asaltado la población es porque se les ha mandado ya el dinero que han pedido, que hasta yo he contribuido con lo que tenía de mis economías a dar esa cantidad; que no tenemos más refugio que la iglesia o la fuga en lo más escondido de las huertas; ¿qué quieres que hagamos, si un día se vienen a vivir aquí estos bandidos, como han vivido en Xantetelco[20] y como viven hoy en Xochimancas? ¿No ves que hasta los hacendados les mandan dinero para poder trabajar en sus haciendas? ¿No sabes que les pagan el peaje para poder llevar sus cargamento a México? ¿No sabes que en las poblaciones como Cuautla y Cuernavaca sólo los vecinos armados son los que se defienden? ¿Tú piensas, quizás, que estos bandidos andan en partidas de diez o de doce? Pues no: andan en partidas de trescientos y quinientos hombres; hasta traen sus músicas y cañones, y pueden sitiar a las haciendas y a los pueblos. El gobierno les tiene miedo, y estamos aquí como moros sin señor.

—Bueno –replicó Manuelita, no dándose por vencida–, y aun suponiendo que así sea, mamá, ¿qué lograríamos casándome con Nicolás?

—¡Ay, hija mía!, lograríamos que tomaras estado y que te pusieras bajo el amparo de un hombre de bien.

—Pero si ese hombre de bien no es más que el herrero de la hacienda de Atlihuayán,[21] y si el mismo dueño de la hacienda, que está en México, y que es un señorón, no puede nada contra los *plateados,* ¿qué había de poder el herrero, que es un pobre artesano? –dijo Ma-

20 *Xantetelco (o Jantetelco)*: Población situada a orillas del río Amatzinac, cerca del peñón del mismo nombre.

21 *Atlihuayán*: Hacienda de la familia Escandón ubicada a una milla al sur de Yautepec.

nuela, alargando un poco su hermoso labio inferior con un gesto de desdén.

—Pues aunque es un pobre artesano, ese herrero es todo un hombre. En primer lugar, casándote, ya estarías bajo su potestad, y no es lo mismo una muchacha que no tiene otro apoyo que una débil vieja como yo, de quien todos pueden burlarse, que una mujer casada que cuenta con su marido, que tiene fuerzas para defenderla, que tiene amigos, muchos amigos armados en la hacienda, que pelearían a su lado hasta perder la vida. Nicolás es valiente; nunca se han atrevido a atacarlo en los caminos; además sus oficiales de la herrería y sus amigos del *real* [22] lo quieren mucho. En Atlihuayán no se atreverían los *plateados* a hacerle nada, yo te lo aseguro. Estos ladrones, después de todo, sólo acometen a las poblaciones que tienen miedo y a los caminantes desamparados, pero no se arriesgan con los que tienen resolución. En segundo lugar, si tú no querrías estar por aquí, Nicolás ha ganado bastante dinero con su trabajo, tiene ahorros; su maestro, que es un extranjero que lo dejó encargado de la herrería de la hacienda, está en México, lo quiere mucho, y podríamos irnos a vivir allá mientras que pasan estos malos tiempos.

—¡No!, ¡nunca, mamá! –interrumpió bruscamente Manuela–, estoy decidida; no me casaré nunca con ese indio horrible a quien no puedo ver... Me choca de una manera espantosa, no puedo aguantar su presencia... Prefiero cualquier cosa a juntarme con ese hombre... Prefiero a los *plateados* añadió con altanera resolución.

—¿Sí? –dijo la madre, arrojando su costura, indignada–, ¿prefieres a los *plateados*? Pues mira bien lo que dices, porque si no quieres casarte honradamente con un muchacho que es un grano de oro de honradez, y que podría hacerte dichosa y respetada, ya te morderás las manos de desesperación cuando te encuentres en los brazos de esos bandidos, que son demonios vomitados del infierno. Yo no veré semejante cosa, no, Dios mío; yo me moriré antes de pesadumbre y de vergüenza –añadió derramando lágrimas de cólera.

Manuela se quedó pensativa. Pilar se acercó a la pobre vieja para consolarla.

—Mira tú –dijo ésta a la humilde joven morena que había estado escuchando el diálogo de madre e hija, en silencio–; tú que eres mi

22 *Real*: Antiguamente se llamaba así al grupo de trabajadores que vivían en las haciendas o ingenios donde trabajaban.

ahijada, que no me debes tanto como esta ingrata, no me darías semejante pesar.

Luego, después de un momento de silencio embarazoso para las tres, la señora dijo con marcado acento de ironía y de despecho:

—¡Indio horrible! No parece sino que esta presumida no merece más que un San Luis Gonzaga.[23] ¿De dónde te vienen tantos humos a ti que eres una pobre muchacha, aunque tengas, por la gracia de Nuestro Señor, esa carita blanca y esos ojos que tanto te alaban los tenderos de Yautepec? Eres tan entonada que cualquiera diría que eres dueña de hacienda. Ni tu padre ni yo te hemos dado esas ideas. Tu crianza ha sido humilde. Te hemos enseñado a amar la honradez, no la figura ni el dinero; la figura se acaba con las enfermedades o con la edad, y el dinero se va como vino; sólo la honradez es un tesoro que nunca se acaba. ¡Indio horrible!, ¡un pobre artesano! Pero ese indio horrible, ese pobre herrero es un muchacho de buenos principios, que ha comenzado por ser un pobrecito huérfano de Tepoztlán, que aprendió a leer y a escribir desde chico, que después se metió a la fragua, y que a la edad en que todos regularmente no ganan más que un jornal, él es ya maestro principal de la herrería, y es muy estimado hasta de los ricos, y tiene muy buena fama y ha conseguido lo poco que tiene, gracias al sudor de su frente y a su honradez. Eso en cualquier tiempo, pero más ahora y principalmente por este rumbo, es una gloria que pocos tienen. Tal vez no hay muchacho aquí que se pueda comparar con él. Dime, Pilar, ¿tengo yo razón?

—Sí, madrina –contestó la modesta joven–, tiene usted sobrada razón. Nicolás es un hombre muy bueno, muy trabajador, que quiere muchísimo a Manuela, que sería un marido como pocos, que le daría gusto en todo. Yo siempre se lo estoy diciendo a mi hermana. Además, yo no lo encuentro horrible...

—¡Qué horrible va a ser! –exclamó la señora–; sino que esta tonta, como no lo quiere, le pone defectos como si fuera un espantajo. Pero Nicolás es un muchacho como todos y no tiene nada que asuste. No es blanco, ni español, ni anda relumbrando de oro y de plata como los administradores de las haciendas o como los *plateados,* ni luce en los bailes y en las fiestas. Es quieto y encogido, pero eso me parece a mí que no es un defecto.

---

23 *San Luis Gonzaga* (1568–91): Asceta jesuita, murió a los veintitrés años cuidando enfermos durante la peste y hambruna que estragó Italia en 1591.

—Ni a mí –añadió Pilar.

—Bueno, Pilar –dijo Manuela–, pues si a ti te gusta tanto, ¿por qué no te casas tú con él?

—¿Yo? –respondió Pilar, poniéndose primero pálida y luego encarnada hasta llorar–, ¿yo, hermana?, ¿pero por qué me dices eso? Yo no me caso con él porque no es a mí a quien él quiere, sino a ti.

—¿De modo que si te pretendiera le corresponderías? –preguntó sonriéndose malignamente la implacable Manuela.

Pilar iba quizás a responder, pero en ese instante llamaron a la puerta de un modo tímido.

—Es Nicolás –dijo la señora–; ve a abrirle, Pilar.

La humilde joven, todavía confusa y encarnada, quitó apresuradamente de sus cabellos la guirnalda de azahares y la colocó en el banco.

—¿Por qué te quitas esas flores? –le preguntó Manuela, arrojando a su vez apresuradamente las rosas y caléndulas que se había puesto.

—Me las quito porque son flores de novia, y yo no soy aquí la novia –respondió tristemente aunque un poco picada, Pilar–. Y tú, ¿por qué te quitas las tuyas?

—Yo, porque no quiero parecer bonita a ese indio, hombre de bien, que merece un relicario.

Pilar fue a abrir la puerta, con todas las precauciones que se tomaban en ese tiempo en Yautepec.

– IV –
Nicolás

Quien hubiera oído hablar a Manuela en tono tan despreciativo, como lo había hecho, del herrero de Atlihuayán, se habría podido figurar que era un monstruo, un espantajo repugnante que no debiese inspirar más que susto o repulsión.

Pues bien: se habría engañado. El hombre que después de atravesar las piezas de habitación de la casa, penetró hasta el patio en que hemos oído la conversación de la señora mayor y de las dos niñas, era un joven trigueño, con el tipo indígena bien marcado, pero de cuerpo alto y esbelto, de formas hercúleas, bien proporcionado y cuya fisonomía inteligente y benévola predisponía desde luego en su favor. Los ojos negros y dulces, su nariz aguileña, su boca grande, provista de una dentadura blanca y brillante, sus labios gruesos, que sombreaba apenas una barba naciente y escasa, daban a su aspecto algo de melancólico, pero de fuerte y varonil al mismo tiempo. Se conocía que era un indio, pero no un indio abyecto y servil, sino un hombre culto, embellecido por el trabajo y que tenía la conciencia de su fuerza y de su valer. Estaba vestido no como todos los dependientes de las haciendas azucareras, con chaqueta de dril de color claro, sino con una especie de blusa de lanilla azul como los marineros, ceñida a la cintura con un ancho cinturón de cuero, lleno de cartuchos de rifle, porque en ese tiempo todo el mundo tenía que andar armado y apercibido para la defensa; además, traía calzoneras[24] con botones obscuros, botas fuertes, y se cubría con un sombrero de fieltro gris de anchas alas, pero sin ningún adorno de plata. Se conocía, en fin, que de propósito intentaba diferenciarse, en el modo de arreglar su traje, de los bandidos

24 *Calzoneras*: Pantalón de paño para montar, con ojales y botones a ambos costados que permiten cerrarlos o abrirlos a voluntad.

que hacían ostentación exagerada de adornos de plata en sus vestidos, y especialmente en sus sombreros, los que les había valido el nombre con que se conocían en toda la República.

Nicolás acostumbraba, en sus visitas diarias a la familia de Manuela, dejar su caballo y sus armas en una casa contigua, para partir luego que cerraba la noche a la hacienda de Atlihuayán, distante menos de una milla de Yautepec. Después de los saludos de costumbre, Nicolás fue a sentarse junto a la señora en otro banco rústico, y notando que a los pies de Manuela estaban regadas en desorden las rosas que ésta había desprendido de sus cabellos, le preguntó:

—Manuelita, ¿por qué ha tirado usted tantas flores?

—Estaba yo haciendo un ramillete –respondió secamente Manuela–, pero me fastidié y las he arrojado.

—¡Y tan lindas! –dijo Nicolás inclinándose para recoger algunas, lo que Manuelita vio hacer con marcado disgusto–. ¡Usted siempre descontenta! –añadió tristemente.

—¡Pobre de mi hija! Mientras estemos en Yautepec y encerradas –dijo la madre– no podemos tener un momento de gusto.

—Tiene usted razón –replicó Nicolás– ¿Y su hermano de usted ha escrito?

—Nada, ni una carta; no hemos tenido ni razón de él. Ya me desespero... Y ¿qué nuevas noticias nos trae usted ahora, Nicolás?

—Ya sabe usted, señora –dijo Nicolás con aire sombrío–, las de siempre..., plagios, asaltos, crímenes por donde quiera, no hay otra cosa. Antier se llevaron los *plateados* de Xochimancas al *purgador* [25] de la hacienda de San Carlos. Ayer, en la mañana, se llevó otra partida al *ayudante de campo,* que había salido a la tranca de la hacienda nada más; después mataron a unos arrieros que iban de Cocoyac al camino de México.

—¡Misericordia de Dios! –exclamó la señora–; si no es posible vivir ya en este rumbo. Si estoy desesperada y no sé cómo salir de aquí...

—A propósito –continuó Nicolás–; si usted insiste, señora, en su deseo de irse a México, y ya que ha rehusado usted mis servicios para acompañarla, pronto se le ofrecerá a usted oportunidad.

—¿Sí? ¿Cómo? –preguntó con ansiedad la señora.

---

25 *Purgador*: Maestro a cargo del proceso de refinamiento (o «limpieza») del azúcar en los ingenios.

—Hemos sabido que debía haber llegado aquí esta mañana una fuerza de caballería del gobierno, porque salió de Cuernavaca con esta dirección ayer en la tarde, y durmió en Xiutepec;[26] pero al amanecer recibió orden de ir a perseguir a una partida de bandidos que en la misma noche asaltó a una familia rica extranjera, que se dirigía a Acapulco,[27] acompañada de algunos mozos armados. Parece que, precisamente para ver si escapaba de los ladrones, esa familia salió de Cuernavaca ya de noche y caminaba aprisa para llegar hoy temprano a Puente de Ixtla[28] o San Gabriel.[29] Pero cerca de Alpuyeca[30] la estaba esperando una partida de *plateados.* Los extranjeros que iban con la familia se defendieron, pero los mozos hicieron traición y se pasaron con los bandidos, de modo que los pobres extranjeros quedaron allí muertos con su familia, que también pereció.

—¡Jesús!, ¡qué horror! –exclamaron la señora y Pilar, mientras que Manuela palideció ligeramente y se puso pensativa.

—Parece que fue una cosa espantosísima –continuó Nicolás– Allí amanecieron tirados los cadáveres, nomás los cadáveres, porque los bandidos se llevaron, naturalmente, los equipajes, las mulas, los caballos y todo. La noticia llegó a Cuernavaca muy temprano, los vecinos de Apuyeca trajeron después en camillas a los muertos, entre los que había niños. Ahí tienen ustedes el porqué la fuerza del gobierno, que venía para acá, recibió orden de dirigirse, en combinación con otra que salió de Cuernavaca, en persecución de los bandidos.

—¿Y los cogerán? ¿Usted cree que los cogerán? –preguntó la señora.

—No –respondió con intensa amargura el honrado joven–, no cogerán a nadie. Son pocos en comparación de los *plateados,* que deben haberse refugiado en Xochimancas. Solamente allí tienen más de quinientos hombres, bien montados y armados, sin contar con las muchas partidas que andan en todos los caminos. Además, ya estamos acostumbrados a estos vanos alardes. Cuando se comete un robo de consideración o se asalta a personas distinguidas, se hace escándalo; el gobierno de México manda órdenes terribles a las autoridades de por

---

26 *Xiutepec o Jiutepec*: Población situada a unos 20 kilómetros al oeste de Cuernavaca.

27 *Acapulco*: Puerto sobre el océano Pacífico situado a 300 kilómetros al sudoeste de la ciudad de México.

28 *Puente de Ixtla*: Población situada en la carretera México–Acapulco, a 50 kilómetros al sur de Cuernavaca.

29 *San Gabriel*: Hacienda que se encuentra en las cercanías de Puente de Ixtla.

30 *Alpuyeca*: Rancho ubicado 20 kilómetros antes de llegar a Puente de Ixtla.

aquí; éstas ponen en movimiento sus pequeñas fuerzas, en que hay muchos cómplices de los bandidos y que les dan aviso oportunamente. Se hace ruido una semana o dos y todo acaba allí. Entretanto, nadie hace caso de los robos, de los asaltos, de los asesinatos que se cometen diariamente en todo el rumbo, porque las víctimas son infelices que no tienen nombre, ni nada que llame la atención.

—¡Ay Dios, Nicolás –dijo con interés la señora–, y usted que se arriesga todas las tardes para venir de Atlihuayán, sólo por vernos! Yo le ruego a usted que no lo haga ya.

—¡Ah!, no, señora –respondió Nicolás sonriendo tranquilamente–; en cuanto a mí, pierda usted cuidado. Yo soy pobre, nada tienen que robarme. Además, la distancia de Atlihuayán a acá es muy corta, nada arriesgo verdaderamente con venir.

—¡Cómo no ha de arriesgar usted! –repuso la señora–; en primer lugar, aunque usted es pobre, se sabe que es usted un artesano honrado y económico, que es el maestro de la herrería de Atlihuayán, y deben suponer que tiene usted algo guardado; luego, aunque no fuera más que porque monta usted buenos caballos y porque tiene buenas armas...

—¡Oh, señora! –exclamó riendo Nicolás–, por lo que yo puedo tener guardado no vale la pena de que me ataquen esos señores; porque ellos se arriesgan por mayores intereses. Por otra parte, saben muy bien que yo no me dejaría plagiar. No es eso fanfarronada,[31] pero la verdad es, señora, que vale más morir de una vez que sufrir las mil muertes que tienen los plagiados. Ya habrá usted oído contar lo que les hacen. Pues bien, la mejor manera de escapar de estos tormentos, es defenderse hasta morir. Siquiera de ese modo se les hace pagar caro su triunfo y se salva la dignidad del hombre –añadió con varonil orgullo.

—¡Ah!, si todos pensaran así –dijo la señora–, si todos se resolvieran a defenderse, no habría bandidos ni necesitaríamos de las fuerzas del gobierno, ni viviríamos aquí muertos de miedo, temblando como pájaros azorados.

—Es verdad, señora; así debía ser, y no se necesita para ello más que un poco de sangre fría. Vea usted; en Atlihuayán todos estaban atemorizados cuando comenzaron a inundar esto los bandidos, y no sabían qué partido tomar. Pero antes de que comenzaran a pisarnos

31 *Fanfarronada:* Acción de alardear de lo que no se es, en particular de ser valiente. (*RAE*)

la sombra, los maquinistas de la hacienda y los herreros nos reunimos y determinamos comprar buenos caballos y armarnos bien, decidiendo defendernos bien unidos, aunque fuésemos pocos. Tan luego como se supo nuestra resolución, el administrador y los dependientes se unieron también a nosotros, y como la gran ventaja que tienen los *plateados* para amenazar a las haciendas y a los pueblos, consiste en que tienen siempre emisarios y cómplices entre los vecinos, se dispuso arrojar de la hacienda al que se hiciera sospechoso de estar en connivencia[32] con los bandidos. De ese modo, todos los trabajadores de Atlihuayán son fieles y nos ayudan; la hacienda está bien armada y no tenemos más peligro que el de que incendien los bandidos los campos de caña. Pero vigilando mucho, y todas las noches, puede alejarse ese mal en cuanto sea posible. Ya han pedido dinero al hacendado; ya lo han amenazado de quemar la hacienda, pero no les ha hecho caso. A nosotros también nos han escrito cartas, pidiéndonos dinero, pero no les hemos contestado. A mí, particularmente, sé que me aborrecen; que hay algunos que han ofrecido matarme, y no sé por qué, pues yo no he hecho mal a nadie, ni a los bandidos; será seguramente porque saben que estoy resuelto a defenderme y que mis oficiales lo están también. Pero no tengo cuidado, y sigo como hasta aquí, sin que nadie me haya atacado en los caminos.

—Pero usted anda siempre solo, Nicolás –dijo la señora–, y eso es una temeridad.

—Cuando puedo me acompaño, por ejemplo, cuando tengo que ir a una hacienda algo lejana..., pero para venir aquí no creo que haya necesidad de compañía. Pero a todo esto, lo que más me importa es tratar de la salida de ustedes. Decía yo que la fuerza que venía a Yautepec se entretiene hoy en seguir a los asaltantes del camino de Alpuyeca, que ya estarán en sus guaridas. Por consiguiente, la fuerza regresará a Cuernavaca y saldrá después para acá. Es tiempo de aprovechar la ocasión y pueden ustedes prepararse para la marcha.

—Ya se ve –dijo la señora– y desde luego vamos a alistarnos. Gracias, Nicolás, por la noticia, y espero que usted vendrá a vernos como siempre para comunicarnos algo nuevo y para que me haga usted el favor de que darse con mis encargos...; no tengo hombre de confianza más que usted.

---

32 *Connivencia*: Confabulación.

—Señora, ya sabe usted que estoy a sus órdenes en todo, y que puede usted ir tranquila respecto de sus cosas, pues yo me quedo aquí.

—Ya lo sé, ya lo sé, y lo espero a usted mañana, como siempre. Ahora es tiempo de que usted se vaya, es ya de noche y tiemblo de que le suceda a usted algo en este camino de Yautepec a la hacienda, tan corto, pero tan peligroso... ¡Adiós! –dijo estrechando la mano de Nicolás, que fue a despedirse en seguida de Manuela, que le alargó la mano fríamente, y de Pilar, que lo saludó con su humilde timidez de costumbre.

Cuando se oyó en la calle el trote del caballo que se alejaba, la señora, que se había quedado triste y callada, suspiró dolorosamente.

—La única pena que tendré –dijo– alejándome de este rumbo, será dejar en él a este muchacho, que es el solo protector que tenemos en la vida. ¡Con qué gusto lo vería yo como mi yerno!

—¡Y dale con el yerno, mamá! –dijo Manuela acercándose a la pobre señora y abrazándola cariñosamente . ¡No pienses en eso! Ya vamos a salir de aquí y tendrás otro mejor.

—Éste te ofrece un amor honrado –dijo la señora.

—Pero no un amor de mi gusto –replicó frunciendo las cejas y sonriendo, la hermosa joven.

—Dios quiera que nunca te arrepientas de haberlo rechazado.

—No, mamá, de eso sí puede usted estar segura. Nunca me arrepentiré. ¡Si el corazón se va adonde quiere..., no adonde lo mandan! –añadió lentamente y con risueña gravedad ayudando a la señora a levantarse de su taburete.

La noche había cerrado, en efecto; el rocío, tan abundante en las tierras calientes, comenzaba a caer; las sombras de la arboleda de la huerta se hacían más intensas a causa de la luz de la luna, que comenzaba a alumbrar, y la familia entró en sus habitaciones.

– V –
El Zarco

A la sazón que esto pasaba en Yautepec, a un costado de la hacienda de Atlihuayán, y por un camino pedregoso y empinado que bajaba de las montañas, y que se veía flanqueado por altas malezas y coposos árboles, descendía poco a poco y cantando, con voz aguda y alegre, un gallardo jinete montado en brioso alazán que parecía impacientarse, marchando tortuosamente en aquel sendero en que resonaban echando chispas sus herraduras.

El jinete lo contenía a cada paso, y en la actitud más tranquila, parecía abandonarse a una silenciosa meditación, cruzando una pierna sobre la cabeza de la silla, como las mujeres, mientras que entonaba, repitiéndola distraído, una copla de una canción extraña, compuesta por bandidos y muy conocida entonces en aquellos lugares:

«Mucho me gusta la plata,
pero más me gusta el lustre,
por eso cargo mi reata
pa la mujer que me guste.»

El jinete, caminando así a mujeriegas,[33] no parecía darse prisa por bajar al llano, y de cuando en cuando se detenía un momento, para dejar que su caballo respirara y para contemplar la luna por los claros que solían dejar los árboles de la montaña. Así, mirándola atentamente, observaba también las estrellas y parecía averiguar la hora, como si estuviese pendiente de una cita.

Por fin, al dar vuelta un recodo del camino, los árboles fueron siendo más ralos, las malezas más pequeñas, el sendero se ensanchaba y era menos áspero, parecía que la colina ondulaba suavemente y todo

33 *A mujeriegas*: Forma de cabalgar. Montado en la silla con las piernas juntas, «como ordinariamente lo hacen las mujeres» (*RAE*), no a horcajadas.

anunciaba la proximidad de la llanura. Luego que el jinete observó este aspecto menos salvaje que el que había dejado atrás de él, se detuvo un instante, alargó la pierna que traía cruzada, se estiró perezosamente, se afirmó en los estribos, examinó con rapidez las dos pistolas que traía en la cintura y el mosquete que colgaba en la funda de su silla, al lado derecho y atrás, como se usaba entonces; después de lo cual desenredó cuidadosamente la banda roja de lana que abrigaba su cuello, y volvió a ponérsela, pero cubriéndose con ella el rostro hasta cerca de los ojos. Después se desvió un poco del camino y se dirigió a una pequeña explanada que allí había, y se puso a examinar el paisaje.

La luna había aparecido ya sobre el horizonte y ascendía con majestad en el cielo por entre grupos de nubes. A lo lejos, las montañas y las colinas formaban un marco negro y espeso al cuadro gris en que se destacaban las obscuras masas de las haciendas, la faja enorme de Yautepec, los cerros y las arboledas, y al pie de la colina que servía de mirador al jinete se veían distintamente los campos de caña de Atlihuayán, salpicados de luciérnagas, y en medio de ellos los grandes edificios de la hacienda con sus altas chimeneas, sus bóvedas y sus ventanas llenas de luz. Aun se escuchaba el ruido de las máquinas y el rumor lejano de los trabajadores y el canto melancólico con que los pobres mulatos, a semejanza de sus abuelos los esclavos,[34] entretenían sus fatigas o daban fin a sus tareas del día.

Ese aspecto tranquilo y apacible de la naturaleza y ese santo rumor de trabajo y de movimiento, que parecía un himno de virtud, no parecieron hacer mella ninguna en el ánimo del jinete, que sólo se preocupaba de la hora, porque después de haber permanecido en muda contemplación por espacio de algunos minutos, se apeó del caballo, estuvo paseándolo un rato en aquella meseta, después apretó el cincho, montó, e interrogando de nuevo a la luna y a las estrellas, continuó su camino cautelosamente y en silencio. A poco estaba ya en la llanura y entraba en un ancho sendero que conducía a la tranca de la hacienda; pero al llegar a una encrucijada tomó el camino que iba a Yautepec, dejando la hacienda a su espalda.

Apenas acababa de entrar en él andando al paso, cuando vio pasar a poca distancia, y caminando en dirección opuesta, a otro jinete que también iba al paso, montado en un magnífico caballo obscuro.

---

34 *Esclavos*: En México el tráfico de esclavos se institucionalizó como práctica a partir del siglo XVII debido a un decreto de 1599 que prohibió la explotación de mano de obra indígena en los ingenios.

—¡Es el herrero de Atlihuayán! –dijo en voz baja, inclinando la ancha faja de su sombrero para no ser visto, aunque la bufanda de lana le cubría el semblante hasta los ojos.

Después murmuró, volviendo ligeramente la cabeza para ver al jinete, que se alejaba con lentitud:

—¡Qué buenos caballos tiene este indio!... Pero no se deja... ¡Ya veremos! –añadió con acento amenazador. Y continuó marchando hasta llegar cerca de la población de Yautepec. Allí dejó el camino real y tomó una veredita que conducía a la caja del río que atraviesa la población. Después siguió por toda la orilla meridional hasta una pequeña curva en que el río, después de encajarse entre dos bordes altos y llenos de maleza, de cactos y de árboles silvestres, desemboca en un terreno llano y arenoso, antes de correr entre las dos hileras de extensas y espesísimas huertas que lo flanquean en la población. Allí la luna daba de lleno sobre el campo, rielando en las aguas cristalinas del río, y a su luz pudo verse perfectamente al jinete misterioso que había bajado de la montaña.

Era un joven como de treinta años, alto, bien proporcionado, de espaldas hercúleas y cubierto literalmente de plata. El caballo que montaba era un soberbio alazán, de buena alzada, musculoso, de encuentro robusto, de pezuñas pequeñas, de ancas poderosas como todos los caballos montañeses, de cuello fino y de cabeza inteligente y erguida. Era lo que llaman los rancheros un caballo de pelea. El jinete estaba vestido como los bandidos de esa época, y como nuestros charros,[35] los más charros de hoy. Llevaba chaqueta de paño obscuro con bordados de plata, calzonera con doble hilera de chapetones de plata, unidos por cadenillas y agujetas del mismo metal; cubríase con un sombrero de lana obscura, de alas grandes y tendidas, y que tenían tanto encima como debajo de ellas una ancha y espesa cinta de galón de plata bordada con estrellas de oro; rodeaba la copa redonda y achatada una doble toquilla de plata, sobre la cual caían a cada lado dos chapetas[36] también de plata, en forma de bulas rematando en

35 *Charros*: Vaquero o ranchero que ostenta lujosa vestimenta y hace alarde de sus excelentes habilidades como jinete. Ha llegado a ser considerado el ícono nacional de México. En su diccionario de mexicanismos, Joaquín García Icazbalceta cita una copla proveniente de *Astucia* de Luis J. Inclán, acaso la novela de bandidos más leída en tiempos de Altamirano: «Con el sombrero jarano/De alta copa y anchas alas,/El riquísimo zarape/Que sabe llevar con gracia,/La chaqueta y pantalón/Con botones de oro y plata,/Su pistola siempre al cinto/A caballo y con reata,/Tan ducho en el jaripeo/Como en requebrar muchachas,/Es el charro mexicano/Hombre de presencia tanta,/Que imponiendo va a los hombres/Y enamorando a las damas.»

36 *Chapetas*: Adornos (comúnmente de plata) con que los charros y plateados adornaban las sillas de montar, las cabezadas y las correas de las espuelas.

anillos de oro. Llevaba, además de la bufanda de lana con que se cubría el rostro, una camisa también de lana debajo del chaleco, y en el cinturón un par de pistolas de empuñadura de marfil, en sus fundas de charol negro bordadas de plata. Sobre el cinturón se ataba una canana,[37] doble cinta de cuero a guisa de cartuchera y rellena de cartuchos de rifle, y sobre la silla un machete de empuñadura de plata metido en su vaina, bordada de lo mismo. La silla que montaba estaba bordada profusamente de plata; la cabeza grande era una masa de ese metal, lo mismo que la teja[38] y los estribos, y el freno del caballo estaba lleno de chapetas, de estrellas y de figuras caprichosas. Sobre el vaquerillo[39] negro, de hermoso pelo de chivo, y pendiente de la silla, colgaba un mosquete, en su funda también bordada, y tras de la teja veíase amarrada una gran capa de hule. Y por dondequiera, plata: en los bordados de la silla, en los arzones, en las tapafundas, en las chaparreras[40] de piel de tigre que colgaban de la cabeza de la silla, en las espuelas, en todo. Era mucha plata aquella, y se veía patente el esfuerzo para prodigarla por donde quiera. Era una ostentación insolente, cínica, sin gusto. La luz de la luna hacía brillar todo este conjunto y daba al jinete el aspecto de un extraño fantasma con una especie de armadura de plata; algo como un picador de plaza de toros o como un abigarrado centurión de Semana Santa.

El jinete estuvo examinando durante algunos segundos el lugar. Todo se hallaba tranquilo y silencioso. El llano y los campos de caña se dilataban a lo lejos, cubiertos por la luz plateada de la luna, como por una gasa transparente. Los árboles de las huertas estaban inmóviles. Yautepec parecía un cementerio. Ni una luz en las casas, ni un rumor en las calles. Los mismos pájaros nocturnos parecían dormir, y sólo los insectos dejaban oír sus leves silbidos en los plantanares, mientras que una nube de cocuyos[41] revoloteaba en las masas de sombra en las arboledas.

La luna estaba en el cenit y eran las once de la noche.

El plateado se retiró, después de este rápido examen, a un recodo que hacía el cauce del río junto a un borde lleno de árboles, y allí, per-

37 *Canana*: «Cinto dispuesto para llevar cartuchos» (*RAE*).

38 *Teja*: Sombrero para el caballo.

39 *Vaquerillo*: Cada una de las cantinas que llevan los jinetes junto al borrén trasero de la silla de montar.

40 *Chaparrera*: Faldón o especie de calzonera de cuero sin fondillos que sirve para proteger el pantalón del jinete de la lluvia y el lodo.

41 *Cocuyo*: Insecto de la familia de los elatéridos que de noche irradia una luz azulada y viva.

fectamente oculto en la sombra, y en la playa seca y arenosa, echó pie a tierra, desató su reata,[42] quitó el freno a su caballo y, teniéndolo del lazo, lo dejó ir a poca distancia a beber agua. Luego que la necesidad del animal estuvo satisfecha, lo enfrenó de nuevo y montó con agilidad sobre él, atravesó el río y se internó en uno de los callejones estrechos y sombríos que desembocan en la ribera y que estaban formados por las cercas de árboles de las huertas.

Anduvo al paso y como recatándose por algunos minutos, hasta llegar junto a las cercas de piedra de una huerta extensa y magnífica. Allí se detuvo al pie de un zapote colosal cuyos ramajes cubrían como una bóveda toda la anchura del callejón, y procurando penetrar con la vista en la sombra densísima que cubría el cercado, se contentó con articular dos veces seguidas una especie de sonido de llamamiento: «¡Psst... psst!... «Al que respondió otro de igual naturaleza, desde la cerca, sobre la cual no tardó en aparecer una figura blanca.

—¡Manuelita! –dijo en voz baja el plateado.

—¡Zarco mío, aquí estoy! –respondió una dulce voz de mujer.

Aquel hombre era el Zarco, el famoso bandido cuyo renombre había llenado de terror toda la comarca.

42 *Reata*: Cuerda o correa que sirve para sujetar las caballerías en hilera.

– VI –
La entrevista

La cerca no era alta; estaba formada de grandes piedras, entre las cuales habían brotado centenares de trepadoras, de ortigas y de cactos de tallos verticales y esbeltos, formando un muro espeso, cubierto con una cortina de verdura. Sobre esta cerca, aprovechando uno de sus claros y bajo las sombrías ramas del zapote, cuyo tronco nudoso presentaba una escalinata natural por dentro de la huerta, Manuelita se había improvisado un asiento para hablar con el Zarco en sus frecuentes entrevistas nocturnas.

El bandido no se bajaba en ellas de su caballo. Desconfiado hasta el extremo, como todos los hombres de su especie, prefería estar siempre listo para la fuga o para la pelea, aun cuando hablaba con su amada en las altas horas de la noche, en la soledad de aquella callejuela desierta y cuando la población dormía sobresaltada sin atreverse nadie a asomar la cara después de la queda.

Por lo demás, así, a caballo, estaba al alcance de la joven para hablarle y para abrazarla con toda comodidad, pues la altura del cercado no sobrepasaba la cabeza de la silla del caballo, y en cuanto a este animal, enseñado como todos los caballos de bandidos, sabía estarse quieto cuando la voluntad del jinete lo exigía. Por otra parte, la cortina vegetal que revestía el cercado de piedra, presentaba allí un ancho rasgón que permitía a los amantes hablarse de cerca, enlazarse las manos y abandonarse a las intimidades de un amor apasionado y violento.

Ya varias veces algunos vecinos de Yautepec, que solían transitar por esa callejuela en las mañanas para salir al campo, habían reparado

en las huellas que dejaba el caballo en las noches de lluvia, huellas que indicaban que alguien había estado allí detenido por mucho tiempo, y que venían del río y volvían a dirigirse a él. Pero suponían que eran las de algún campesino que habla venido allí en la tarde anterior o a lo sumo sospechaban que Nicolás, el herrero de Atlihuayán, cuyo amor a Manuelita era demasiado conocido, tenía entrevistas con ella, aunque sabían todos, por otra parte, que la joven manifestaba profunda aversión al herrero, cosa que atribulan a hipócrita disimulo desmentido por esas huellas acusadoras.

En cuanto a doña Antonia, madre de Manuelita, ignoraba de todo punto, como es de suponerse, que su hija tuviese entrevista alguna con nadie, y aun el rumor acerca de las huellas de un caballo junto al cercado de su huerta, le era totalmente desconocido.

Así, bajo aquel secreto profundo, que nadie se hubiera atrevido a adivinar, Manuela salía a hablar con su amante con toda la frecuencia que permitían a éste sus arriesgadas excursiones de asalto y de pillaje. Él parecía muy enamorado de la hermosa muchacha, pues apenas podía disponer de algunas horas, cuando las aprovechaba, a trueque del reposo y del sueño, para venir a conversar una hora con su amada, a quien prevenía regularmente por medio de los emisarios y cómplices que tenía en Yautepec.

Esta vez era esperado con más impaciencia que nunca por la joven, alarmada por los peligros que anunciaban para sus amores las resoluciones de la tarde.

—Tenía yo miedo de que no vinieras esta noche y te esperaba ya con ansia –dijo Manuela, palpitante de pasión y de zozobra.

—Pues por poco no vengo, mi vida –respondió el Zarco, arrimándose a la cerca y tomando entre las suyas las manos trémulas de la joven– Hemos tenido pelea anoche; por poco me mata un gringo[43] maldito, y apenas he tenido tiempo de pasar por Xochimancas, de remudar caballo, de tomar un bocado y un poco de café y he andado veinte leguas por verte... ¿Pero, qué tienes? ¡Estás temblando! ¿Por qué me esperabas con ansia?

—Dime, ¿estuviste tú en lo de Alpuyeca?

—Sí, precisamente yo mandaba la fuerza. ¿Por qué me preguntas eso? ¿Cómo lo has sabido tan pronto?

---

43 *Gringo*: Según García Icazbalceta, en México se llama «gringos» a «los extranjeros que no son de raza latina, y más especialmente a los ingleses y norteamericanos.» Este mismo uso se registra también en España antes del siglo XIX.

—Pues ahora verás: estuvo, como siempre, hoy en la tarde el fastidioso herrero, y él, diciéndole mi mamá que ya no veía la hora de salir de aquí para irnos a México, pero que no sabía cómo, porque mi tío no viene, le contó que una tropa de caballería del gobierno había salido ayer de Cuernavaca con dirección a Yautepec, y que se había quedado a dormir en Xiutepec, pero que hoy por la mañana recibió orden violentamente para perseguir a una partida que había matado a unos extranjeros en Alpuyeca, anoche, y que se fue para allá...

—Ya lo sabíamos..., diz que nos van a cargar fuerzas..., figúrate, ¡doscientos hombres a lo más! Buen cuidado tendrán de no arrimarse por Xochimancas..., allí estacarían el cuero...[44] y ¿qué más?

—Bueno, pues que siguió diciendo que esa caballería del gobierno no cogerá a ninguno, y que volverá a tomar la dirección de Yautepec para continuar su marcha. Que entonces podíamos aprovechar la oportunidad para irnos con la tropa.

—¿Ustedes?

—Sí, nosotras, y mi madre dijo que le parecía buena la idea; que nos íbamos a disponer para irnos, y aun encargó al herrero que viniera mañana para traerle nuevas noticias y para dejarle sus encargos.

—¡Ah, caramba!, ¿de modo que es de veras?

—Muy de veras, Zarco, muy de veras. Tiene mi madre tal miedo, que, no lo dudes, va a aprovechar la ocasión, y ya me dijo que vayamos disponiendo nuestros baúles con lo más preciso; que irá mañana a pedirle a una persona el dinero que le tiene guardado, y nos vamos.

—¡Imposible! –exclamó el bandido con violencia–, ¡imposible! Se irá ella, pero tú no; primero me matan.

—Pero, ¿cómo hacemos entonces?

—Niégate.

—¡Ah!, sería inútil, Zarco, tú no conoces a mi mamá; cuando dice una cosa, la cumple; cuando manda algo, no se le puede replicar. Hartos disgustos tengo todos los días porque me quiere casar a fuerza con el indio, y por más que le manifiesto mi resolución de no unirme a ese hombre, por más que le hago desaires a éste, y que le he dicho en su cara muchas veces que no le tengo amor, mi madre sigue en su porfía, y el herrero sigue también viniendo, seguramente porque mi madre le da alas para que no deje su necedad. Pero en esto puedo des-

44 *Estacarían el cuero...*: Equivale a «estirar la pata» o morir.

obedecer porque alego mi falta de cariño, pero en lo de irnos... ya tú ves que es imposible.

—Pues, déjame pensar –dijo el Zarco poniéndose a reflexionar.

—Dime –interrumpió Manuela–, ¿no sería posible que ustedes atacaran a la tropa del gobierno en las Tetillas o en otro paraje y que la derrotaran? Ustedes son muchos.

—Sí, mi alma; sería posible, y lo conseguiríamos, pero te diré francamente: los muchachos no se arriesgan a estas empresas, sino cuando esperan coger un buen botín o cuando se defienden y la ven irremediable. ¡Pero aquí no habían de querer! Dirán que atacando a esta tropa no van a recibir más que muchos balazos, y si la derrotan, cogerán cuando más unos cuantos caballos flacos, sillas viejas, uniformes hechos pedazos. ¡Si los soldados del gobierno parecen limosneros! Además son cien hombres. Tendríamos que cargarles lo menos quinientos, y ¿tú crees que habíamos de juntar los para eso nada más?

—¡Pero, bien –repuso la joven contrariada–, ya sabía yo que los plateados no atacaban sino a los indefensos!... Eso dice mi madre.

—¿A los indefensos? –dijo el Zarco, picado a su vez en lo más vivo–. ¿Eso dice tu madre? Pues se equivoca la buena señora; también sabemos atacar a la tropa, y cansados estamos de hacerlo y de triunfar... ¡Indefensos! Pues bueno fuera que hubiese visto la pelotera de anoche.

—¡Ay, Zarco, dicen que mataron a las mujeres y a los niños!

—¿Quién dijo eso?

—El herrero.

—¡Indio hablador!

—¿No es cierto?

—¿Que se murieron? Sí, se murieron, pero nosotros no los matamos, se murieron en la refriega. En fin, no hablemos de este asunto, Manuelita, porque me estás lastimando.

—No, mi vida, no –replicó la joven, con voz de infinita ternura, y enlazada al cuello del bandido– ¿Yo ofenderte a ti, que eres todo mi querer?

—Sí, Manuelita –dijo desasiéndose de sus brazos–. Todo eso que me estabas diciendo era porque tú me crees cobarde.

—¿Yo creerte cobarde, Zarco? –dijo la joven echándose a llorar–.

Pero, ¿cómo has podido pensar eso? ¡Si yo creo que tú eres el hombre más valiente del mundo; si yo estoy loca de pasión por ti; si pienso que se me va a reventar el corazón de la pena que me causa tu ausencia, del miedo que me dan los peligros que corres!... ¡Si yo soy tuya enteramente... y hago lo que quieras!

—Bueno –dijo dulcificando la voz el bandido y besándola con furia–; bueno, ya no llores, ya no estoy resentido..., pero no me vuelvas a decir esas palabras.

—¡Pero si yo te digo lo que cuentan; yo hago cóleras cuando lo escucho, y no tengo más consuelo que decírtelo! Ahora, mi deseo de que atacaran a la tropa, de bes suponer que es causado por el amor mismo que te tengo, para que no nos separemos. Si tienes otro medio..., el de casarnos, por ejemplo.

—¿Casarnos?

—Sí, y ¿por qué no?

—¿Pero tú no piensas en que no podemos casarnos?

—¿Por qué, dímelo?

—Por mil razones. Llevando la vida que llevo, siendo como soy tan conocido, teniendo tantas causas pendientes en los juzgados, habiendo naturalmente orden de colgarme donde me cojan, ¿a dónde había yo de ir a presentarme para que nos casaran? ¡Estás loca!

—Pero ¿no podemos irnos lejos de este rumbo, a Puebla, al Sur, a Morelos,[45] a donde no te conozcan, para casarnos?

—Pero para eso sería preciso que te sacara yo de aquí, que te robara yo, que te fueras conmigo a Xochimancas mientras... y después emprenderíamos el viaje a otra parte.

—Pues bien –replicó la joven resueltamente, después de reflexionar un momento–, puesto que no queda más que ese remedio, sácame de aquí, me iré contigo a donde quieras.

—Pero ¿te avendrás a la vida que llevo, siquiera por estos días? Vamos a Xochimancas; ya sabes quiénes son mis compañeros; es verdad que tienen ellos allí a sus muchachas, pero no son como tú: ellas están acostumbradas a pasar trabajos, montan a caballo, ayunan algunas veces, se desvelan, no se escandalizan por lo que pasa, porque pasan

45 *Morelos*: Estado ubicado al sur de la ciudad de México y al norte del Estado de Guerrero. En algunos manuscritos de *El Zarco* en lugar de «Morelos» se lee «Morelia,» la capital cuyo nombre también rinde homenaje al héroe de la independencia mexicana, José María Morelos. El estado de Morelos fue creado en 1869 cuando Benito Juárez desmembró en tres el antiguo Estado de México. La historia de la novela tiene lugar en 1861, de modo que la variación Morelos–Morelia corrigiría este anacronismo involuntario.

cosas un poco feas..., en fin, son como nosotros. Tú eres una muchacha criada de otra manera..., tu mamá te quiere mucho... Tengo miedo de que te enfades, de que llores, acordándote de tu mamá y de Yautepec..., de que me eches la culpa de tu desgracia, de que me aborrezcas.

—Eso nunca, Zarco, nunca; yo pasaré cuantos trabajos vengan, yo también sé montar a caballo, y ayunaré y me desvelaré, y veré todo sin espantarme con tal de estar a tu lado. Mira –añadió Manuela, con voz sorda y en el extravío de su pasión frenética–, yo quiero, en efecto, mucho a mi mamá, aunque de pocos días a esta parte me parezca que la quiero menos; sé que le voy a causar tal vez la muerte, pero te prometo no llorar cuando me acuerde de ella, con la condición de que tú estés conmigo, de que me quieras siempre, como yo te quiero, de que nos vayamos pronto de este rumbo.

El bandido la estrechó entre sus brazos y la devoró a besos, conmovido ante esta explosión de amor, tan apasionada, tan loca, tan sincera, que estaba tan cerca del frenesí y que le entregaba enteramente a aquella joven tan bella, tan codiciada, tan soñada en sus horas de pasión y de deseos. Porque el Zarco amaba también a Manuela, sólo que él la amaba de la única manera que podía amar un hombre encenagado en el crimen, un hombre para quien era extraña toda noción de bien, en cuya alma tenebrosa y pervertida sólo tenían cabida ya los goces de un sensualismo bestial y las infames emociones que pueden producir el robo y las matanzas. La amaba porque era linda, fresca, gallarda; porque su hermosura atractiva y voluptuosa, su opulencia de formas, su andar lánguido y provocador, sus ojos ardientes y negros, sus labios de granada, su acento armonioso y blando, todo ejercía un imperio terrible sobre sus sentidos, excitados día a día por el insomnio y la obsesión constante de aquella visión. Aquél no era amor, en el sentido elevado de la palabra, era el deseo espoleado por la impaciencia y halagado por la vanidad, porque, efectivamente, el bandido debía creerse afortunado con merecer la preferencia de la mujer más bonita de la comarca.

Así es que tan pronto como el Zarco estuvo seguro de que la joven se hallaba resuelta a arrostrarlo todo con tal de seguirlo, se sintió feliz, y toda la sangre de sus venas afluyó a su corazón en aquel instante supremo.

—Bueno –dijo, separándose de los brazos de Manuela– Entonces no hay más que hablar, te sales conmigo y nos vamos...

—¿Ahora? –preguntó ella con cierta indecisión.

—No, no ahora –contestó el bandido–; ahora es tarde y no podrías prepararte. Mañana; vendré por ti a la misma hora, a las once. No des en qué sospechar para nada a tu madre; estate en el día, como si tal cosa, con mucho disimulo; no saques más ropa que la muy necesaria. Allá tendrás toda la que quieras; pero saca tus alhajas y el dinero que te he dado; guardas todo eso aparte, ¿no es verdad?

—Sí, lo tengo en un baulito, enterrado.

—Pues bien: sácalo y me aguardas aquí mañana, sin falta.

—Y ¿si por casualidad llegara la tropa del gobierno? –preguntó Manuela con inquietud.

—No, no vendrá, estate segura. La tropa del gobierno habrá andado todo el día de hoy buscándonos; luego, como tienen esos soldados una caballada tan flaca y tan miserable, descansarán todo el día de mañana, y a lo sumo volverán a Cuernavaca pasado de cuatro días, Así es que tenemos tiempo. Tú puedes alistar tus baúles con tu mamá como preparándote para el viaje a México, y no dejas fuera más que la ropa que te has de traer. Si por desgracia ocurriese alguna dificultad que te impida salir a verme, me avisarás luego con la vieja, que me ha de aguardar donde sabe, para darme aviso. Pero si no hay nada, ni a ella le digas una palabra. Toma –añadió, sacando de los bolsillos de su chaqueta unas cajitas y entregándoselas a la joven.

—¿Qué es esto? –preguntó ella recibiéndolas.

—Ya las verás mañana y te gustarán... ¡son alhajas! Guárdalas con las otras –dijo el bandido abrazándola y besándola por último–. Ahora me voy, porque ya es hora; apenas llegaré amaneciendo a Xochimancas; hasta mañana, mi vida.

—Hasta mañana –respondió ella–, no faltes...

—¡Mañana serás mía, enteramente!

—Tuya para siempre –dijo Manuela, enviándole un beso, y quedándose un instante en la cerca para verle partir.

El Zarco se alejó, como había venido, al paso y recatadamente, y a poco se perdió en las tortuosidades de la callejuela apenas alumbrada por la luna.

– VII –
La adelfa[46]

Tan pronto como la joven perdió de vista a su amante, se apresuró a bajar del cercado por la escalinata natural que formaban las raíces del zapote,[47] y se encaminó apresuradamente hacia un sitio de la huerta, en que un grupo de arbustos y de matorrales formaban una especie de pequeño soto[48] espeso y obscuro a orillas de un remanso que hacían allí las aguas tranquilas del apantle. Luego sacó de entre las plantas una linterna sorda[49] y se dirigió en seguida, abriéndose paso por entre los arbustos, hasta el pie de una vieja y frondosa adelfa que, cubierta de flores aromáticas y venenosas, dominaba por su tamaño las pequeñas plantas del soto. Allí, en un montón de tierra cubierto de grama, la joven se sentó, y alumbrándose con la linterna, abrió con manos trémulas y palpitando de impaciencia las tres cajitas que acababa de regalarle el bandido.

—¡Ah, qué lindo! –exclamó con voz baja, al ver un anillo de brillantes, cuyos fulgores la deslumbraron–. ¡Eso debe valer un dineral! –añadió sacando el anillo y colocándolo sucesivamente en los dedos de su mano izquierda, y haciéndolo brillar a todos lados–. ¡Si esto parece el sol!

Luego, dejándose puesto el anillo, abrió la segunda caja y se quedó estupefacta. Eran dos pulseras en forma de pequeñas serpientes, todas cuajadas de brillantes, y cuyos anillos de oro esmaltados de vivos colores les daban una apariencia fascinadora. Las serpientes daban

---

46 *Adelfa*: Arbusto venenoso de flores rosadas o blancas. Es oriundo del sur de Europa y se lo cultiva con fines ornamentales.

47 *Zapote*: Arbol americano de aproximadamente diez metros de altura perteneciente a la familia de las sapotáceas.

48 *Soto*: Bosque poblado de árboles y arbustos.

49 *Linterna sorda*: Linterna con una pantalla opaca que puede ocultar la luz a voluntad del portador.

varías vueltas en la caja de raso y Manuela tardó un poco en desprenderlas; pero luego que terminó, se las puso en el puño, muy cerca de la mano, enroscándolas cuidadosamente. Y comenzó a alumbrarlas en todos sentidos, poniendo las manos en diversas actitudes. Luego, por un instante cerró los ojos, como si soñara, y los abrió en seguida, cruzando los puños junto a la luz y contemplándolos largo rato.

—¡Dos víboras! –dijo frunciendo el ceño–, ¡qué idea!... En efecto, son dos víboras... ¡el robo! ¡Pero bah! –añadió, sonriendo y guiñando los ojos, casi llenos con sus grandes y brillantes pupilas negras...– ¡qué me importa! ¡Me las da el Zarco, y poco me interesa que vengan de donde vinieren!...

Después abrió la tercera caja. Ésta contenía dos pendientes, también de gruesos brillantes.

—¡Ah, qué hermosos aretes! –dijo–, ¡parecen de reina!–. Y cuando los hubo contemplado en la caja, que no se veía con aquel haz de resplandores y de chispas, los sacó también y se los puso en las orejas, habiéndose quitado antes sus humildes zarcillos de oro.

Pero al guardar éstos, mientras, en la caja de los pendientes, reparó en una cosa que no había visto y que la hizo ponerse lívida, como paralizada. Acababa de ver dos gotas de sangre fresca que manchaban el raso blanco de la caja, y que debían haber salpicado también, los pendientes. Además, la caja estaba descompuesta; no cerraba bien, y se conocía que había sido arrancada en una lucha a muerte.

Manuela permaneció muda y sombría durante algunos segundos; hubiérase dicho que en su alma se libraba un tremendo combate entre los últimos remordimientos de una conciencia ya pervertida, y los impulsos irresistibles de una codicia desenfrenada y avasalladora. Triunfó ésta, como era de esperarse, y la joven, en cuyo hermoso semblante se retrataban entonces todos los signos de la vil pasión que ocupaba su espíritu, cerró, enarcando las cejas, la caja prontamente, la apartó con desdén, y no pensó más que en ver el efecto que hacían los ricos pendientes en sus orejas.

Entonces tomó su linterna, y levantándose así adornada como estaba con su anillo, pulseras y aretes, se dirigió a la orilla del remanso, y allí se inclinó, alumbrándose con la linterna el rostro, procurando sonreír, sin embargo, presentando en todas sus facciones la especie

de dureza altanera que es como el reflejo de la codicia y de la vanidad, y que sería capaz de afear el rostro ideal de un ángel.

Si en aquella noche silenciosa, en medio de aquella huerta obscura y solitaria, alguien, acostumbrado a leer en las fisonomías, hubiera contemplado a aquella linda joven, mirándose en las aguas negras y tranquilas del remanso, alumbrándose el rostro con la luz opaca de una linterna sorda, y gesticulando para darse los aires de una gran señora, al ver aquella fisonomía pálida, con los ojos chispeantes de ambición y de codicia, con los cabellos desordenados, con la boca entreabierta, dejando ver una dentadura blanquísima y apretada, y haciendo balancear a derecha e izquierda los pendientes, cuyos fulgores la bañaban con una luz azulada, rojiza o verdosa, que se mezclaba al chisporroteo del mismo carácter que salía de la serpiente enlazada al puño izquierdo, colocado junto a la barba, es seguro que habría encontrado en esa figura singular, algo de espantosamente siniestro y repulsivo, como una aparición satánica. No era la Margarita de Goethe,[50] mirándose en el espejo, con natural coquetería, adornada con las joyas de un desconocido, sino una ladrona de la peor especie, dando rienda suelta a su infame codicia delante de aquel estanque de aguas turbias y negras. No era la virtud próxima a sucumbir ante la dádiva, sino la perversidad contemplándose en el cieno.

Manuela, abandonada a sí misma en aquella hora y de aquel modo, dejaba conocer en su semblante todas las expresiones de su vil pasión, que no se detenía ante la vergüenza ni el remordimiento, pues bien sabía que aquellas alhajas eran el fruto del crimen. Así es que, sobre su cabeza radiante con los fulgores de los aretes robados, se veía en la sombra, no la cara burlona de Mefistófeles,[51] el demonio de la seducción, sino la máscara pavorosa del verdugo, el demonio de la horca.

Manuela aún permaneció algunos momentos mirándose en el remanso y recatándose a cada ruido que hacía el viento entre los árboles, y luego volvió al pie de la adelfa, se quitó sus joyas y las guardó cuidadosamente en sus cajas; hecho lo cual lanzó una mirada en torno suyo, y viendo que todo estaba tranquilo, sacó de entre las matas una pequeña tarecua, especie de pala de mango de madera y extremo an-

50 *La Margarita de Goethe*: Se refiere a la escena del *Fausto* en que Margarita descubre en su armario la caja de joyas que ha dejado Mefistófeles para obrar la seducción del doctor Fausto.

51 *Mefistófeles*: Diablo o espíritu que, a cambio de poseer su alma, le ofrece amor, juventud y placer al viejo doctor Fausto.

guloso de hierro con que en la tierra caliente se hacen los pozos, y removiendo con ella la tierra, en cierto sitio cubierto de musgo, puso al descubierto un saco de cuero, que se apresuró a abrir con una llavecita que llevaba guardada. Luego introdujo en la boca la linterna, para cerciorarse de si estaba allí su tesoro, que palpó un momento con extraña fruición. Consistía en alhajas envueltas en papeles, y cintos de cuero llenos de onzas de oro y de pesos de plata.

Después metió cuidadosamente en el saco las cajas que acababa de darle el Zarco, y enterró de nuevo el tesoro, cubriéndolo con musgo y haciendo desaparecer toda señal de haber removido el suelo.

Luego, como sintiendo abandonar aquella riqueza, alzó su linterna sorda y se dirigió de puntillas a la casa, entrándose en las habitaciones en que la pobre señora, a pesar de las inquietudes del día, dormía con el tranquilo sueño de las conciencias honradas.

– VIII –
Quién era el Zarco

Entretanto, y a la sazón que Manuela examinaba sus nuevas alhajas, el Zarco, después de haber dejado las orillas de Yautepec, y de haber atravesado el río con la misma precaución que había tenido al llegar, se dirigió por el amplio camino de la hacienda de Atlihuayán al montañoso donde había descendido y que conducía a Xochimancas.

Era la media noche, y la luna, entre espesos nubarrones, dejaba envuelta la tierra en sombras. La calzada de Atlihuayán estaba completamente solitaria, y los árboles que la flanqueaban por uno y otro lado, proyectaban una obscuridad siniestra y lúgubre, que hacían más densa los fugaces y pálidos arabescos que producían los cocuyos y las luciérnagas.

El bandido, conocedor de aquellos lugares, acostumbrado, como todos los hombres de su clase, a ver un poco en la obscuridad, y más que todo, fiado en la sensibilidad exquisita de su caballo, que al menor ruido extraño aguzaba las orejas y se detenía para prevenir a su amo, marchaba paso a paso, pero con entera tranquilidad, pensando en la próxima dicha que le ofrecía la posesión de Manuela.

Por fin, aquella hermosísima joven, cuya imagen había enardecido sus horas de insomnio durante tantos meses, cuyo amor había sido su constante preocupación, aun en medio de sus más sangrientas y arriesgadas aventuras, y cuya posesión le había parecido imposible cuando la vio por primera vez en Cuernavaca y se enamoró de ella, iba a ser suya, enteramente suya, iba a compartir su suerte y a hacerle saborear los dulcísimos deleites del amor, a él que no había conocido hasta allí

verdaderamente más que las punzantes emociones del robo y del asesinato.

Su organización grosera y sensual, acostumbrada desde su juventud al vicio, conocía, es verdad, los goces del amor material, comprados con el dinero del juego o del robo arrancado en medio del terror de las víctimas, en una noche de asalto en las aldeas indefensas; pero el Zarco sentía que no había querido nunca ni había deseado a una mujer con aquella exaltación febril que experimentó desde que comenzó a ver a Manuela, asomada a su ventana, desde que la oyó hablar, y más todavía, desde que cruzó con ella las primeras palabras de amor.

Jamás desde que siendo niño todavía, abandonó el hogar de su familia, había sentido la necesidad imperiosa de unirse a otro ser, como la sentía ahora de unirse a aquella mujer, tan bonita y tan apasionada, que encerraba para él un mundo de inesperadas dichas.

Así repasando en su memoria todas las escenas de su niñez y de su juventud, encontraba que su carácter bravío y duro había rechazado siempre todo afecto, todo cariño, cualquiera que fuese, no habiendo cultivado sino aquéllos de que había sacado provecho. Hijo de honrados padres, trabajadores en aquella comarca, que habían querido hacer de él un hombre laborioso y útil, pronto se había fastidiado del hogar doméstico, en que se le imponían tareas diarias o se le obligaba a ir a la escuela, y aprovechándose de la frecuente comunicación que tienen las poblaciones de aquel rumbo con las haciendas de caña de azúcar, se fugó, yendo a acomodarse al servicio del caballerango[52] de una de ellas.

Allí permaneció algún tiempo, logrando después, cuando ya estaba bastante diestro en la equitación y en el arte de cuidar los caballos, colocarse en varias haciendas, en las que duraba poco, a causa de su conducta desordenada, pues haragán por naturaleza y por afición, apenas era útil para esos trabajos serviles, consagrando sus largos ocios al juego y a la holganza.

Por lo demás, en todo ese tiempo no recordaba haber sentido ni simpatía ni adhesión a nadie, Permaneciendo poco tiempo en cada lugar, sirviendo por pocos días en cada hacienda, y cultivando relaciones de caballeriza y de juego, que duraban un instante y que se al-

52 *Caballerango*: Mozo que en las haciendas ensilla y cuida los caballos.

ternaban con frecuentes riñas que las convertían en enemistades profundas, él verdaderamente no había tenido amigos, sino compañeros de placer y de vicio. Al contrario, en aquellos días su carácter se formó completamente, y ya no dio cabida en su corazón más que a las malas pasiones. Así, la servidumbre consumó lo que había comenzado la holgazanería, y los instintos perversos, que no estaban equilibrados por ninguna noción de bien, acabaron por llenar aquella alma obscura, como las algas infectas de un pantano.

Él no había amado a nadie, pero en cambio odiaba a todo el mundo: al hacendado rico cuyos caballos ensillaba y adornaba con magníficos jaeces,[53] al obrero que recibía cada semana buenos salarios por su trabajo, al labrador acomodado, que poseía fecundas tierras y buena casa, a los comerciantes de las poblaciones cercanas, que poseían tiendas bien abastecidas, y hasta a los criados, que tenían mejores sueldos que él. Era la codicia, complicada con la envidia impotente y rastrera, la que producía este odio singular y esta ansia frenética de arrebatar aquellas cosas a toda costa.

Naturalmente, los amores de los demás le causaban irritación, y aquellas muchachas que según su posición amaban al rico, al dependiente o al jornalero, le inspiraban un deseo insensato de arrebatarlas y de mancharlas. No había entre todas una que hubiera fijado los ojos en él, porque él tampoco había procurado acercarse a ninguna de ellas con intenciones amorosas. Las de su clase no eran de su gusto, y para las de rango superior a él estaba colocado en muy baja esfera, ¡un mozo de caballeriza!

Él era joven, no tenía mala figura. su color blanco impuro, sus ojos de ese color azul claro que el vulgo llama zarco, sus cabellos de un rubio pálido y su cuerpo esbelto y vigoroso, le daban una apariencia ventajosa; pero su ceño adusto, su lenguaje agresivo y brutal, su risa aguda y forzada, tal vez le había hecho poco simpático a las mujeres. Además, él no había encontrado una bastante hermosa a quien ser agradable.

Por fin, cansado de aquella vida de servidumbre, de vicio y de miseria, el Zarco huyó de la hacienda en que estaba, llevándose algunos caballos para venderlos en la tierra fría. Como era de esperarse, fue perseguido; pero ya en este tiempo, al favor de la guerra civil, se había

53 *Jaez, jaeces*: Cintas de adorno con que se trenzan las crines del caballo.

desatado en la tierra fría cercana a México una nube de bandidos que no tardó en invadir las ricas comarcas de la tierra caliente.

El Zarco se afilió en ella inmediatamente, y desde luego, y como si no hubiera esperado más que esa oportunidad para revelarse en toda la plenitud de su perversidad, comenzó a distinguirse entre aquellos facinerosos[54] por su intrepidez, por su crueldad y por su insaciable sed de rapiña.

Era el año de 1861, y organizados los bandoleros en grandes partidas, perseguidos a veces por las tropas del gobierno, pero atraídos más bien por la riqueza de los distritos azucareros del sur de México y de Puebla, penetraron en ellos sembrando el terror en todas partes, como lo hemos visto.

El Zarco era uno de los jefes más renombrados, y las noticias de sus infames proezas, de sus horribles venganzas en las haciendas en que había servido, de su fría crueldad y de su valor temerario, le habían dado una fama espantosa.

Obligadas las tropas liberales, por un error lamentable y vergonzoso, a aceptar la cooperación de estos bandidos en la persecución que hacían al faccioso reaccionario Márquez[55] en su travesía por la tierra caliente, algunas de aquellas partidas se presentaron formando cuerpos irregulares, pero numerosos, y uno de ellos estaba mandado por el Zarco. Entonces, y durante los pocos días que permaneció en Cuernavaca, fue cuando conoció a Manuela, que se había refugiado con su familia en esa ciudad. El bandido ostentaba entonces un carácter militar, sin dejar por eso los arreos vistosos que eran como característicos de los ladrones de aquella época y que les dieron el nombre de plateados, con el que fueron conocidos generalmente.

La hermosa joven, cuyo carácter parecía en armonía con el del bandido, al ver pasar frente a sus ventanas aquel cuerpo de gallardos

---

54 *Facineroso*: Delincuente, hombre de naturaleza perversa.

55 *Faccioso reaccionario Márquez*: No todos los militares conservadores se rindieron después de la victoria liberal en Calpulalpan. El General Leonardo Márquez (1820–1913) que se había destacado por su participación en la guerra de Reforma (1857–60) y que luego apoyaría la intervención francesa sirviendo diplomática y militarmente a Maximiliano fue uno de los que lideraron la reacción contra el gobierno de Benito Juárez. En una de sus crónicas históricas, «Los mártires de Tacubaya,» Altamirano alude a la naturaleza cruel del Tigre de Tacubaya, así apodado debido a la masacre de 1859 donde ejecutó, junto a otros liberales, al novelista Juan Díaz Covarrubias, amigo personal de Altamirano. Después del fusilamiento de Maximiliano, Márquez huyó a Cuba donde vivió exiliado durante veinticinco años. Anmistiado por Porfirio Díaz en 1892, volvió a México durante nueve años para regresar finalmente a la Habana donde muere en 1913 a los 93 años.

jinetes, vistosos y brillantes, y al frente de ellos, montado en soberbio caballo y cargado de plata hasta el exceso, al joven y terrible bandido, cuyo nombre no había sonado en su oído sino con el acento del terror, se sintió atraída hacia él por un afecto en que se mezclaban la simpatía, la codicia y la vanidad como un punzante y sabroso filtro.

Así nació una especie de amor extraño en aquellas dos almas, hechas para comprenderse. Y en el poco tiempo que el Zarco permaneció en Cuernavaca, logró ponerse en comunicación con Manuela y establecer con ella relaciones amorosas, que no llegaron, sin embargo, por las circunstancias, al grado de intimidad en que las vemos en Yautepec.

El general González Ortega,[56] conociendo el grave error que había cometido dando cabida en sus tropas a varias partidas de plateados, que no hicieron más que asolar las poblaciones que atravesaba el ejército y desprestigiarlo, no tardó en perseguirlas, fusilando a varios de sus jefes. Para salvarse de semejante suerte, el Zarco se escapó una noche de Cuernavaca con sus bandidos y se dirigió al sur de Puebla, donde estuvo por algunos meses ejerciendo terribles depredaciones.

Por fin, los plateados establecieron su guarida principal en Xochimancas, y el Zarco no tardó en saber que Manuela había vuelto a Yautepec, donde residía con su familia. Naturalmente, procuró desde luego reanudar sus relaciones apenas interrumpidas y pudo cerciorarse de que Manuela le amaba todavía.

Desde entonces comenzó esa comunicación frecuente y nocturna con la joven, comunicación que no era peligrosa para él, dado el terror que infundía su nombre y dadas también las inteligencias que cultivaba en la población, donde los bandidos contaban con numerosos emisarios y espías.

Entretanto, sus crímenes aumentaban de día en día; sus venganzas sobre sus antiguos enemigos de las haciendas eran espantosas y el pavor que inspiraba su nombre había acobardado a todos. Los mismos hacendados, sus antiguos amos, habían venido temblando a su pre-

56 *González Ortega*: El general Jesús González Ortega (1822–81) luchó en la guerra de Reforma, liderando las tropas liberales en los decisivos triunfos de Querétaro (1859) y Calpulalpan (1860). Bajo las órdenes de Benito Juárez, persigue a los generales conservadores insurrectos Leonardo Márquez y Félix María Zuloaga hasta derrotarlos definitivamente en Jalatlaco en 1861. En 1865 y luego de un breve exilio en los Estados Unidos, se opone a que Benito Juárez prorrogue su mandato. En este punto la crisis interna del partido liberal resulta inevitable: Guillermo Prieto, Ignacio Ramírez y Altamirano secundan a González Ortega y retiran su apoyo a Benito Juárez. Sus restos descansan, junto a los de Altamirano, en la Rotonda de los Hombres Ilustres.

sencia a implorar su protección y se habían constituido en sus humildes y abyectos servidores, y no pocas veces, él, antiguo mozo de estribo, había visto tener la brida de su caballo al arrogante señorón de la hacienda a quien antes había servido humilde y despreciado.

Semejantes venganzas y humillaciones fueron harto frecuentes en esa época, gracias a la audacia y número de los bandidos, cuyo poder era ilimitado en aquella comarca infortunada, y gracias más que todo a la impotencia del gobierno central, que, ocupado en combatir la guerra civil y en hacer frente a la intervención extranjera,[57] no podía distraer a sus tropas para reprimir a los bandidos.

57 *La intervención extranjera*: Altamirano se refiere a la invasión militar que una alianza entre España, Inglaterra y Francia llevó adelante después de declarada la suspensión del pago de la deuda externa de México en 1861. Una vez en territorio mexicano, el ejército francés fue el único que avanzó con la excusa de terminar con la anarquía interna y garantizar el pago de los créditos adeudados. En 1863, y con el apoyo del partido conservador, Napoleón III establece en México el fallido imperio de Maximiliano de Austria (1863–67), obligando a Benito Juárez a iniciar una penosa retirada hacia el Norte del país. El imperio logró sobrevivir hasta 1867 cuando, desmoralizado y sin recursos, Maximiliano capituló ante Juárez en Querétaro donde fue inmediatamente fusilado junto a dos capitanes mexicanos. Monsiváis llega a afirmar que «Juárez se instala en la historia universal por ese acto de inclemencia» (66).

– IX –
El búho [58]

El Zarco se hallaba, pues, en la plenitud de su orgullo satisfecho. Había realizado parte de sus aspiraciones. Era temido, se había vengado; sus numerosísimos robos le habían producido un botín cuantioso; disponía a discreción del bolsillo de los hacendados. Cuando necesitaba una fuerte cantidad de dinero, se apoderaba de un cargamento de azúcar o de aguardiente o de un dependiente rico, y los ponía a rescate; cuando quería imponer contribución a una hacienda, quemaba un campo de cañas, y cuando quería infundir pavor a una población, asesinaba al primer vecino infeliz a quien encontraba en sus orillas.

Pero satisfecha su sed de sangre y de rapiña, sentía que aún le faltaba alguna cosa. Eran los goces del amor, pero no esos goces venales que le habían ofrecido las condescendencias pasajeras de las mujeres perdidas, sino los que podía prometerle la pasión de una mujer hermosa, joven, de una clase social superior a la suya, y que lo amara sin reserva y sin condición.

Manuela habría sido para él una mujer imposible cuando medio oculto en la comitiva servil del rico hacendado atravesaba los domingos las calles de Yautepec. Entonces, era seguro que la linda hija de una familia acomodada, vestida con cierto lujo aldeano, y que recibía sonriendo en su ventana las galantes lisonjas de los ricos dueños de hacienda, de los gallardos dependientes que caracoleaban en briosos caballos, llenos de plata, para lucirse delante de ella, no se habría fijado ni un instante en aquel criado descolorido y triste, mal

58 *Búho*: Lechuza. En México esta ave nocturna y rapaz se conoce como *tecolote* (del náhuatl *tecolotl*). El uso literario del búho como pájaro agorero es más o menos extenso. Probablemente Altamirano toma la idea de Jorge Isaacs cuya novela *María* prologa en una edición mexicana de 1881, aunque también pudo provenir de su familiaridad con Edgar Allen Poe, cuya traducción al español de «El cuervo» apareció en *La república*.

montado en una silla pobre y vieja, y en un caballo inferior, y que se escurría silenciosamente en pos de sus amos.

Entonces, si él se hubiese acercado a hablarla, a ofrecerle una flor, a decirle que la amaba, era indudable que no habría tenido por respuesta más que un gesto desdeñoso o una risa de burla.

Y ahora que él era guapo, que montaba los mejores caballos del rumbo, que iba vestido de plata, que era temido, que veía a sus pies a los ricos de las haciendas; ahora que él podía regalar alhajas que valían un capital; ahora esa joven, la más hermosa de Yautepec, lloraba por él, lo esperaba palpitante de amor todas las noches, iba a abandonar por él a su familia y a entregarse sin reserva; la iba a mostrara sus compañeros, a pasearla por todas partes a su lado y a humillar con ella a los antiguos dependientes. Tal consideración daba al amor que el Zarco sentía por Manuela un acre y voluptuoso sabor de venganza, sobre la misma joven y sobre los demás, juntamente con un carácter de vanidad insolente.

Así pues, aquello que agitaba el corazón del bandido no era verdaderamente amor en el concepto noble de la palabra, no era el sentimiento íntimo y sagrado que suele abrirse paso aun en las almas pervertidas e iluminarlas a veces como ilumina un rayo de sol los antros[59] más obscuros e infectos, no: era un deseo sensual y salvaje, excitado hasta el frenesí por el encanto de la hermosura física y por los incentivos de la soberbia vencedora y de la vanidad vulgar.

Si Manuela hubiese sido menos bella o más pobre, tal vez el Zarco no habría deseado su posesión con tanta fuerza, y poco le importara que hubiese sido virtuosa. Él no buscaba el apoyo de la virtud en las penas de la vida, sino las emociones groseras de los sentidos para completar la fortuna de su situación presente. Iba a poseer a la linda doncella para satisfacer la necesidad de su organización, ávida de sensaciones vanidosas, ya que había saboreado el placer inferior de poseer magníficos caballos y de amontonar onzas de oro y riquísimas alhajas.

Pero después de saciado este deseo, el más acariciado de todos, ¿qué haría con la joven? se preguntaba él. ¿Se casaría con ella? Eso era imposible, y además, tener una esposa legítima no halagaba su vanidad. Una querida como ella sí era un triunfo entre sus compañeros. ¿Abandonaría aquel rumbo y aquella carrera de peligros para huir

59 *Antro*: Cueva oscura, de mala reputación.

con ella, lejos, para gozar en un rincón cualquiera de una existencia obscura y tranquila? Pero eso también era imposible para aquel facineroso, que había probado ya los embriagantes goces del combate y del robo. Dejar aquella vida agitada, inquieta, sembrada de peligros, pero también de pingües[60] recompensas, era resignarse a ser pobre, a ser pacífico; era exponerse a que un miserable alcalde de pueblo lo amarrase cualquier día y lo encerrase en la cárcel para ser juzgado por sus antiguas fechorías. Podía convertir su botín, que era importante, en tierras de labor, en un rancho, en una tienda. Pero él no sabía trabajar, y sobre todo, le repugnaba hondamente esa existencia de trabajo obscuro y humilde, monótona, sin peripecias, aburridora, expuesta siempre al peligro de una denuncia, sin más afán que el de ocultar siempre el pasado de crimen, sin más entretenimiento que el cuidado de los hijos, sin más emociones que las del terror. No; era pero preciso seguir así por ahora, que después ya habría tiempo de decidirse, según lo exigieran las circunstancias.

El Zarco llegaba aquí en sus cavilaciones cuando le detuvo sobresaltado el canto repentino y lúgubre de un búho, que salía de las ramas frondosas de un amate[61] gigantesco, frente al cual estaba pasando.

¡Maldito *tecolote*![62] –exclamó en voz baja, sintiendo circular en sus venas un frío glacial– ¡Siempre le ocurre cantar cuando yo paso! ¿Qué significa esto? –añadió, con la preocupación que es tan común en las almas groseras y supersticiosas, y quedó sumergido un momento en negras reflexiones. Pero repuesto a poco, espoleó su caballo, con ademán despreciativo:

—¡Bah! Esto no le da miedo más que a los indios, como el herrero de Atlihuayán; yo soy blanco y güero[63]...; a mí no me hace nada.

Y se alejó al trote para encumbrar la montaña.

---

60 *Pingüe*: Abundante.

61 *Amate*: Arbol de la familia de las moráceas que abunda en las regiones cálidas de México.

62 *Tecolote*: Mexicanismo, búho. Ver nota 58.

63 *Güero*: Mexicanismo, persona de cabello rubio.

– X –
La fuga

Al día siguiente, Nicolás, el herrero de Atlihuayán, vino, como de costumbre, en la tarde, a hacer su visita a la madre de Manuela y la encontró preocupada y triste. La joven estaba durmiendo y la señora se hallaba sola en el pequeño patio en que la encontramos la tarde anterior...

—¿Hay alguna noticia nueva? –preguntó doña Antonia al joven artesano.

—Sí, señora –respondió éste–; parece que la caballería del gobierno llegará, por fin, mañana. Es preciso que estén ustedes dispuestas, porque sé que no permanecerá ni un día y que se va pasando para Cuautla y de allí se dirige a México.

—Yo estoy lista ya enteramente –respondió doña Antonia–. Todo el día nos hemos pasado arreglando los baúles y recogiendo mi poco dinero. Además, he ido a ver al juez para que me extendiera un poder,[64] que voy a dejar a usted –añadió, tomando de su cesto de costura un papel que dio a Nicolás–. Usted se encargará, si me hace favor, de vender esta huerta, lo más pronto posible, o de arrendarla, pues según están las cosas, no podemos volver pronto y estoy aburrida de tanto sufrir aquí. Si usted se va a México, allá nos encontrará como siempre y quizás entonces se habrá cambiado el ánimo de Manuela.

—No lo creo, señora –se apresuró a responder Nicolás–. Yo he acabado por conocer que es imposible que Manuelita me quiera. Le causo una repugnancia que no está en su mano remediar. Así es que me parece inútil pensar ya en eso. ¡Cómo ha de ser! –añadió suspirando–, uno no puede disponer de su corazón. Dicen que el trato en-

64 *Poder:* Documento legal por medio del cual la persona que lo firma cede a otra la facultad de hacer algo en su nombre.

gendra el cariño. Ya ve usted que esto no es cierto, porque si del trato dependiera, yo me he esmerado en ser agradable a la niña, pero mis esfuerzos siempre han encontrado por recompensa su frialdad, su alejamiento, casi su odio..., porque yo temo hasta que me aborrezca.

—No, Nicolás, eso no; ¡aborrecerlo a usted! ¿Por qué? ¿No ha sido usted nuestro protector desde que murió mi marido? ¿No nos ha colmado usted de favores y de servicios que jamás se olvidan? ¿Por qué tan noble conducta había de producir el aborrecimiento en Manuela? No: lo que sucede es que esta muchacha es tonta, es caprichosa; yo no sé a quién ha sacado, pero su carácter me parece extraño, particularmente desde hace algunos meses. No quiere hablar con nadie, cuando antes era tan parlanchina[65] y tan alegre. No quiere rezar, cuando antes era tan piadosa; no quiere coser, cuando antes se pasaba los días discurriendo la manera de arreglar los vestidos o de hacerse nuevos; no quiere nada. Hace tiempo que noto en ella no sé qué cosa tan extraña que me da en qué pensar. Unos días está triste, pensativa, con ganas de llorar, tan pálida que parece enferma, tan perezosa que tengo que reñirla; otros, se despierta muy viva, pero colérica, por nada se enoja, regaña, me contradice, nada encuentra bueno en la casa, nuestra pobre comida le fastidia, el encierro en que estamos le aburre, quisiera que saliéramos a pasear, que montáramos a caballo, que fuéramos a visitar las haciendas; parece que no tiene miedo a los ladrones que nos rodean por todas partes, y viendo que yo me opongo a estas locuras, vuelve a caer en su abatimiento y se echa a dormir. Hoy mismo ha pasado una cosa rara, luego que le anuncié que era necesario disponer los baúles para irnos a México; tan pronto como vio que esto era de veras, que volví trayendo un dinerito y que comencé a arreglar todas mis cosas, primero se puso alegre y me abrazó diciéndome que era una dicha, que por fin iba a conocer a México; que había sido su sueño; que allí iba a estar alegre, pues que su tristeza tenía por causa la situación horrorosa que guardamos, hace tantos meses. Como es natural, yo me había figurado lo mismo, y por eso no había hecho tanto reparo en el cambio de su carácter, pues era de suponerse que una muchacha como ella, que está en la edad de divertirse, de pasear, debía estar fastidiada de nuestro encierro. Así que también yo me puse alegre de verla contenta, pensando en el viaje.

65 *Parlanchina*: Que habla mucho (*RAE*).

Pero luego ha vuelto a su tristeza, y al sentarnos a comer, observé que ya estaba de mal humor, que casi no quería probar bocado y que aun tenía deseos de llorar. Luego, no he podido distraerla, y después de componer su ropa en un baúl, al ir a verla la encontré dormida en su cama. ¡Ha visto usted cosa igual! Pues si fuera porque nos vamos de Yautepec, ¿por qué ha estado triste viviendo aquí?

—Señora –preguntó Nicolás, que había escuchado atento y reflexivo–, ¿no tendrá aquí algún amor?, ¿no dejará aquí alguna persona a quien haya querido o a quien quiera todavía, sin que se lo haya dicho a usted?

—Esto me he preguntado algunas veces, pero no creo que haya nada de lo que usted dice. ¿Qué amor pudiera haber tenido que yo no hubiera siquiera sospechado? Es verdad que algunos dependientes gachupines[66] de la tienda de la bóveda habían dado en decirle flores, en enviarle papelitos y recados, pero fue mucho antes de que fuéramos a vivir a Cuernavaca. Después de que regresamos, aquellos muchachos ya no estaban aquí, se habían ido a México, y Manuela no ha vuelto a acordarse de ellos ni a nombrarlos siquiera. Algunos jóvenes del pueblo suelen pasar por aquí y la ven con algún interés, pero ella les muestra mucho desprecio y cierra la ventana tan luego como los ha visto acercarse. No han vuelto ya. Manuela encuentra fastidiosos a los pocos que conoce. En fin, yo estoy segura de que no quiere a ninguno en el pueblo, y por eso al principio de este año, cuando comenzó usted a visitarnos, creí que iba inclinándose a usted y que arreglaríamos fácilmente lo que teníamos pensado.

—Pues ya ve usted, señora –contestó Nicolás amargamente–, que no era cierto, y que Manuelita me ha considerado más fastidioso que a los muchachos de Yautepec. Tanto que yo, teniéndole como le tengo tanto cariño y habiendo pensado tan seriamente en casarme con ella, porque creía con nuestro matrimonio labrar su felicidad y la mía, naturalmente, no he podido ser insensible a sus desprecios constantes y me resolví a alejarme para siempre de esta casa. Pero la consideración de que usted me tiene un afecto, de que estoy seguro; las órdenes de mi madre de que yo vele por ustedes, hoy que tanto se necesita del apoyo de un hombre en estos pueblos, me han hecho seguir importunándolas con mi presencia, que de otro modo les habría evitado.

---

66 *Gachupín*: Forma despectiva que se usa en México para llamar a los españoles. Según García Icazbalceta, «se aplica a cualquier español. Se tiene por injuriosa, aunque al principio no lo era y la usaban los españoles mismos.»

—¿Importunándome a mi? –preguntó conmovida y llorando doña Antonia.

—No, a usted no, señora; bien veo que usted me profesa amistad, que desearía usted mi bien y mi dicha, que si por usted fuera, yo sería el esposo de su hija. Yo no soy ingrato, señora, y crea usted que mientras viva yo me portaré con usted como un hijo reconocido y cariñoso, sin interés de nada y siempre que no sirva de obstáculo a la felicidad de Manuelita; pero lo decía yo por esta niña. Afortunadamente para ella, ustedes se van de aquí, de modo que no tendrá mortificación de verme y yo tendré la satisfacción de ser útil a usted desde lejos. Haré todo lo que usted me encarga y le escribiré con frecuencia, dándole razón de la huerta y del estado que guarda este rumbo. Mañana, cuando venga la tropa del gobierno, yo también vendré a ver qué se les ofrece a ustedes, y aun las acompañaré cuando se vayan, hasta Morelos o hasta más allá si es necesario.

—¡Ah, Nicolás!, ¡qué bueno es usted y qué noble! –dijo la señora con ternura–; acepto todo lo que usted me ofrece, y a mi vez le aseguro que en mí tendrá siempre una segunda madre. Cualquiera que sea la suerte que Dios nos reserve a mí y a mi hija, crea usted que siempre recordaré su generosidad para con nosotras, y que nunca olvidaré que es usted el más noble y honrado joven que he conocido. Lo espero a usted mañana, y si quiere acompañarnos, como me lo promete, yo tendré mucho gusto de contar con su compañía, que tanto necesito. Pero tengo miedo de que suceda a usted algo a su regreso.

—No tema usted nada, señora –dijo Nicolás, levantándose–; yo llevaré alguno de mis compañeros de taller, bien montados y armados, y no correremos ningún peligro.

—Bueno –dijo doña Antonia, apretando la mano del herrero con las dos suyas, cariñosamente, como lo haría una madre tierna con el hijo de su corazón.

Luego, al sentir que se alejaba, exclamó llorando.

—¡Oh! ¡qué desgraciada soy en no tener a este hombre por yerno!

Manuelita se despertó cuando ya estaba anocheciendo, y a la luz de la bujía, doña Antonia observó que tenía los ojos encarnados...

—¿Estás mala, hija? –le preguntó afectuosamente.

—Me duele mucho la cabeza, mamá –contestó la joven.

—Es que estás amodorrada, y además, ¡has comido tan poco!

—No; me siento un poco mal.

—¿Tendrás calentura? –dijo la madre inquieta.

—No –replicó Manuelita, tranquilizándola–; no es nada, me levanté esta mañana muy temprano y, en efecto, he comido poco. Voy a tomar algo y volveré a acostarme, porque lo que siento es sueño; pero tengo apetito y esa es buena señal. Ya sabe usted que siempre que madrugo me pasa esto. Además, es preciso dormir, ahora que se puede, porque quién sabe si en el viaje podamos hacerlo con comodidad y en compañía de soldados –añadió sonriendo maliciosamente.

La pobre madre, ya muy tranquila, dispuso la cena, que Manuela tomó con alegría y apetito, después de lo cual rezaron las dos sus devociones, y tras de una larga conversación sobre sus arreglos de viaje y sus nuevas esperanzas, la señora se retiró a su cuarto, contiguo al de Manuela y apenas dividido de éste por un tabique.

A la sazón caía un aguacero terrible, uno de esos aguaceros de las tierras calientes, mezclados de relámpagos y truenos, en que parece abrir el cielo todas sus cataratas e inundar con ellas el mundo. La lluvia producía un ruido espantoso en el tejado, y los árboles de las huerta, azotados por aquel torrente, parecían desgajarse.

En la calle el agua corría impetuosamente formando un río, y en el patio se había producido una inundación con el crecimiento de los apantles y con el chorro de los tejados.

Doña Antonia, después de recomendar a Manuelita que se abrigara mucho y que rezara, se durmió arrullada por el ruido monótono del aguacero.

Inútil es decir que la joven no cerró los ojos. Aquella era la noche de la fuga concertada con el Zarco; él debía venir infaliblemente y ella tenía que esperarlo ya lista con su ropa y el saco que contenía el tesoro, que era preciso ir a sacar al pie de la adelfa. Esta tempestad repentina contrariaba mucho a Manuela. Si no cesaba antes de medianoche, iba a hacer un viaje molestísimo, y aun cesando a esa hora, iba a encontrar la huerta convertida en charco y a bañarse completamente debajo de los árboles. Sin embargo, ¿qué no es capaz de soportar una mujer enamorada, con tal de realizar sus propósitos?

Cuando ella conoció que era aproximadamente la hora señalada,

se levantó de puntillas, con los pies desnudos, bien cubierta la cabeza y espaldas con un abrigo de lana, y así, alzando su enagua de muselina hasta la rodilla, abrió la puerta de su cuarto, quedito[67] y se lanzó al patio, alumbrándose con su linterna sorda, que cubría cuidadosamente.

Era la última vez que salía de la casa materna, y apenas concedió un pensamiento a la pobre anciana que dormía descuidada y confiando en el amor de su hija querida.

Por lo demás, Manuela, atenta sólo a realizar su fuga, no procuraba otra cosa que apresurarse, y si su corazón latía con violencia, era por el temor de ser oída y de malograr su empresa.

Dichosamente para ella, el aguacero seguía en toda su fuerza, y nadie podría sospechar que ella saliese de su cuarto con aquel temporal; así es que atravesó rápidamente el patio, se internó entre la arboleda, pasó el apantle que rodeaba el soto de la adelfa, y allí, escarbando de prisa, sin preocuparse de la lluvia, que la había empapado completamente, y sólo cuidando de que la linterna no se apagase, extrajo el saco del tesoro, lo envolvió en su rebozo[68] y se dirigió a la cerca, trepando por las raíces del amate hasta el lugar en que solía esperar al Zarco.

Apenas acababa de llegar, cuando oyó el leve silbido con que su amante se anunciaba, y a la luz de un relámpago pudo distinguirlo, envuelto en su negra capa de hule y arrimándose al cercado.

Pero no venía solo. Acompañábanle otros tres jinetes, envueltos como él en sendas capas y armados hasta los dientes.

—¡Maldita noche! –dijo el Zarco, dirigiéndose a su amada– Temí que no pudieras salir, mi vida, y que todo se malograra hoy.

—¡Cómo no, Zarco! –respondió ella–; ya has visto siempre que cuando doy mi palabra, la cumplo. Era imposible dejar esto para otra ocasión, pues mañana llega la tropa y tal vez tendríamos que salir inmediatamente.

—Bueno, ¿ya traes todo?

—Todo está aquí.

—Pues ven; cúbrete con esta capa –dijo el Zarco alargando una capa de hule a la joven.

—Es inútil, estoy ya empapada y bien puedo seguir mojándome.

---

67 *Quedito*: Poco a poco, despacio, tratando de no hacer ruido.

68 *Rebozo*: Pañuelo o manta que se lleva cubriendo parte del rostro.

—No le hace, póntela, y este sombrero... ¡Válgame Dios! –dijo al recibirla entre sus brazos– ¡Pobrecita! ¡Si estás hecha una sopa![69]

—Vámonos, vámonos –dijo ella palpitante–, ¿quiénes son esos?

—Son mis amigos, que han venido a acompañarme por lo que se ofreciera... Vamos, pues; adelante, muchachos, y antes de que crezca el río –dijo el Zarco, picando su caballo, en cuya grupa[70] había colocado, al estilo de la tierra caliente, a la hermosa joven.

Y el grupo de jinetes se dirigió apresurado a orillas del pueblo, atravesó el río, que ya comenzaba a crecer, y se perdió entre las más espesas tinieblas.

Si algún campesino supersticioso hubiese visto a la luz de los relámpagos pasar, como deslizándose entre los árboles azotados por la tempestad, aquel grupo compacto de jinetes envueltos en negras capas, a semejante hora y en semejante tiempo, de seguro habría creído que era una patrulla de espíritus infernales o almas en pena de bandidos, purgando sus culpas en noche tan espantosa.

69 *Hecha una sopa*: Coloquial, muy mojada.
70 *Grupa*: Ancas del caballo.

– XI –
¡Robada!

Doña Antonia había dormido mal. Después de su primer sueño, que fue tranquilo y pesado, los múltiples ruidos de la borrasca acabaron por despertarla. Agitada después por diversos pensamientos y preocupaciones a causa de su viaje próximo, comenzó a revolverse en su lecho, presa del insomnio y del malestar.

Parecíale haber escuchado a través de los lejanos bramidos del trueno, y de los ruidos de la lluvia y del viento entre los árboles, algunos rumores extraños; pero atribuyó esto a aprensión suya. De buena gana se habría levantado para ir al cuarto de Manuela a fin de conversar o rezar un momento en su compañía; pero temió interrumpir el sueño de la niña, a quien creía dormida profundamente y acalenturada[71] desde el día anterior.

Así es que, después de haber pasado largas horas en aquella situación penosísima, luchando con ideas funestas y atormentadoras, y con el calor sofocante que había en su cuarto y el que le producía la irritación de la vigilia; cuando oyó que el temporal cesaba, que los árboles parecían quedarse quietos, y que los gallos comenzaban a cantar, anunciando la madrugada y el buen tiempo, la pobre señora acabó por quedarse dormida de nuevo, para no despertar sino muy tarde y cuando los primeros rayos del sol penetraron por las rendijas del cuarto.

Entonces se levantó apresuradamente y corrió al cuarto de su hija.

No la encontró, vio la cama deshecha, pero supuso que se habría levantado mucho antes que ella y que estaría en el patio o en la cocina. La buscó allí, y no hallándola todavía, creyó que andaría recorriendo

71 *Acalenturada*: Con calentura o fiebre, afiebrada.

la huerta, examinando sus flores y viendo los estragos del temporal, y aun se dijo que Manuela hacía mal en exponerse así a la humedad de la mañana, después de haber estado indispuesta el día anterior; que iba a empaparse con el agua de los árboles y a mojarse horriblemente los pies en el lodo de la huerta, que era un bosque espeso, cruzado de apantles por todas partes y que se llenaba de charcos con la menor lluvia.

Efectivamente, los naranjos, los zapotes, los mangos y los bananos dejaban caer una cascada de agua a cada rozamiento de sus ramajes; la luz del sol se reflejaba como en mil diamantes en las gotas de agua que pendían de las menudas hojas, y la grama del suelo se hallaba sumergida en una enorme ciénaga.

Hacía mal la muchacha en andar en la huerta de ese modo.

Y la llamó entonces a gritos para reñirla.

Pero habiendo esperado en vano para verla aparecer, y no escuchando su respuesta, comenzó a alarmarse y corrió a buscarla en los lugares que solía frecuentar. Tampoco estaba en ellos. Entonces siguió buscándola y gritándole en todas direcciones, y habiéndole venido una idea repentina volvió a la casa para ver si la puerta de la calle estaba abierta; pero encontrándola perfectamente cerrada y atrancada, tornó a la huerta, llena de sobresalto, suponiendo que quizá su hija habría sido mordida por alguna serpiente y se habría desmayado o tal vez muerto en algún rincón de aquel bosque. La pobre anciana, pálida como la muerte, convulsa de terror y de angustia, se internó en lo más espeso de la huerta, sin cuidarse del lodo ni de la maleza, ni de las espinas, registrándolo todo, llamando por todas partes a su hija con los epítetos más tiernos y más desesperados, con la garganta seca, con los ojos fuera de las órbitas, pudiendo apenas respirar, con el corazón saliéndosele del pecho, loca de dolor y de susto.

Pero nada, Manuela no aparecía.

—Pero, Dios mío, ¿qué es de mi hija? –exclamó, deteniéndose y apoyándose en un árbol, pues sentía que las piernas le flaqueaban. Nadie le contestaba.

La naturaleza seguía indiferente su curso normal. El sol brillaba de lleno iluminando el cielo, limpio ya de nubes, en aquella hermosa mañana de estío, más sereno y más azul después de una noche de bo-

rrasca;[72] los pájaros parloteaban alegremente en las arboledas, zumbaban los insectos entre las flores y todo parecía cobrar nueva vida en aquella tierra tropical y vigorosa.

Sólo la pobre madre desfallecía, apoyada en los árboles, y sintiendo que el frío de la muerte helaba la sangre en sus venas. Pasado un momento de angustiosa parálisis, hizo un esfuerzo desesperado y se arrastró hasta el centro de la huerta. Allí tuvo otra idea; cruzando el apantle que rodeaba como un pozo el soto de la adelfa, que era como una rotonda de arbustos en medio de la cual descollaba la vieja y florida planta, se dirigió hacia ésta, y al llegar a ella se detuvo sorprendida. Allí, junto al tronco, había un pozo que se había llenado de agua, y sobre la grama estaba tirada una tarecua, la pequeña tarecua con que Manuela solía cavar la tierra de su jardín.

Luego observó que, a pesar de la lluvia, la maleza y los arbustos aún permanecían doblados, como si alguna persona se hubiese abierto paso por ellos.

Miró con cuidado el suelo, y en la parte que no estaba cubierta por la grama, distinguió huellas de pisadas. Siguió la dirección que ellas marcaban, lo cual era difícil en aquella capa de verdura espesa y áspera que cubría el suelo, y pudo reconocerla hasta el apantle. En los bordes cenagosos de éste y en la parte inundada por su crecimiento de la noche, la huella se marcaba mejor; era la huella de pies pequeños y desnudos que se habían enterrado profundamente en el cieno. ¿Quién podía haber andado por ahí esa mañana, si no era Manuela? ¿Y quién podía tener esos pies pequeños, sino la joven? Pero, ¿por qué había venido descalza, y habiendo tenido resfrío el día anterior?

La infeliz madre se perdía en conjeturas. Luego, dando algunos pasos más allá de la faja inundada por el apantle, volvió a reconocer huellas de pisadas: eran las mismas de Manuela, que seguramente tomó la dirección del cercado. En efecto, las huellas seguían hasta la cerca y se detenían junto a las viejas raíces del zapote gigantesco. La anciana trepó con trabajo por ellas y como impulsada por un presentimiento terrible. Sobre la cerca había también señales de haber pasado por ahí alguno. Las plantas parecían haber sido holladas;[73] los tallos de algunas estaban rotos. Doña Antonia se asomó por aquel lugar y examinó atentamente la callejuela. Vio entonces allí, precisa-

72 *Borrasca*: Tempestad, tormenta.
73 *Hollado,a*: Pisoteado,a.

mente al pie del lugar en que se hallaba, las huellas bien distintas de pezuñas de caballos, que parecían haberse detenido algún rato y que debieron haber sido varios, porque el lodo estaba señalado y removido por numerosas huellas repetidas y agrupadas.

La aguda y fría hoja de un puñal que hubiese atravesado su corazón, no habría producido a la desdichada madre la sensación de intenso dolor y de desfallecimiento que semejante vista le causó.

No comprendía nada, pero algo horroroso significaba aquello. ¡Su hija, atravesando la huerta en aquella noche, dirigiéndose a la cerca, aquellos caballos deteniéndose allí, como para esperarla, porque era evidente que ningún hombre había andado con ella, todo esto encerraba un misterio inexplicable, pero pavoroso para la pobre señora! ¿Había huido Manuela con algún hombre? ¿Había sido robada? ¿Quién podía ser el raptor?

Doña Antonia apenas pudo dirigirse confusamente tales preguntas, en medio de su atonía[74] y de su terror, porque se sentía aterrada, aniquilada, permaneciendo ahí como idiota, con los ojos clavados en el lado de la calle, los cabellos erizados, con el corazón palpitante hasta ahogarla, muda, sin lágrimas, sin fuerzas, viva imagen de la angustia y del dolor.

Pero una última esperanza pareció hacerla volver en sí. Pensó que eso era imposible, que era un sueño todo lo que estaba mirando o que nada tenía que ver con su hija aquel conjunto de circunstancias; que Manuela debía haber vuelto a su cuarto, y que si se hubiera fugado, debía haberse llevado su ropa, sus alhajas, algo.

Doña Antonia, bajándose precipitadamente de la cerca, se dirigió vacilando como una ebria, pero corriendo, hacia la casa y al cuarto de Manuela; estaba como antes, solitario, la cama deshecha, un baúl abierto. No cabía duda, la joven se había escapado; faltaba su mejor vestido, faltaban sus camisas bordadas, sus alhajas, su calzado nuevo de raso, sus rebozos. Se había llevado lo que podía caber en una pequeña maleta.

Entonces la infeliz anciana, convencida ya de su desdicha, cayó desplomada en el suelo y rompió a llorar, dando alaridos que hubieran conmovido a las piedras. Pasado al fin este arranque de dolor supremo, salió de la casa como una insensata, sin cuidarse de cerrarla,

74 *Atonía*: Falta de energía o vigor. Debilidad.

y se dirigió a la de su ahijada Pilar, que vivía por ahí cerca, en casa de unos tíos, porque era huérfana. Apenas pudo hablarles unas cuantas palabras para explicarles que Manuela había desaparecido y para rogarles que fuesen con ella a su casa a fin de cerciorarse[75] del hecho.

Acompañáronla, en efecto, sorprendidos y asustados también, especialmente la bella y dulce joven, que lo mismo que su madrina no comprendía nada de tal misterio.

75 *Cerciorarse*: Asegurarse.

– XII –
La carta

El examen de la calle y de la huerta, hecho por los tíos de Pilar misma, no hicieron más que confirmar las sospechas de dolía Antonia. Manuela se había escapado en los brazos de un amante.

Los tíos de Pilar encontraron al pie de la cerca, y medio oculta entre la maleza y el lodo, la linterna sorda que había servido a la joven para alumbrarse y que arrojó allí al huir.

Quedaba ahora por averiguar quién o quiénes habían sido los raptores de la joven, y sobre este particular nadie se atrevía a aventurar una sola palabra, porque nadie tenía tampoco en qué fundar la menor conjetura.

La pobre madre, en el paroxismo[76] de su dolor, se había atrevido a mencionar el nombre del honrado herrero de Atlihuayán; pero en el instante, tanto ella como Pilar y sus tíos, hablan exclamado con admiración y sorpresa:

—¡Imposible!

—En efecto, ¡imposible! –decía doña Antonia–; ¿qué necesidad tenía Nicolás de arrebatar a la muchacha cuando yo se la habría dado con todo mi corazón?... ¡Soy una tonta, y sólo mi aflicción puede disculpar esta palabra imprudente! ¡Que Dios me la perdone! Nicolás no me la perdonaría.

—Además, madrina, Nicolás no era querido, y usted lo sabe muy bien; Manuela no podía sufrir ni su presencia. Habría sido preciso que tanto él como ella fingieran aborrecerse para que esto pudiera ser. Pero, ¿para qué semejante disimulo?

---

76 *Paroxismo*: Momento de exaltación o exacerbación extrema de una pasión o de una enfermedad.

—Pues es claro –replicó doña Antonia– No, no hay que pensar en ello: pero entonces, ¿quién, Dios mío?

—Será preciso avisar a la autoridad –dijo el tío de Pilar.

En este momento entró en la casa un muchacho, un trabajadorcito de las cercanías, y dijo que unos hombres que iban a caballo con una señora lo habían encontrado muy de madrugada y lo habían detenido más allá de Atlihuayán y al empezar la cuesta del monte, y que la señora, que era muchacha, le había dicho que viniera a Yautepec a traer una carta a su mamá, dándole las señas de la casa.

Doña Antonia abrió apresuradamente el papel, que estaba escrito con lápiz y que no contenía más que estas breves palabras:

> «Mamá:
> «Perdóname, pero era preciso que hiciera lo que he hecho. Me voy con un hombre a quien quiero mucho, aunque no puedo casarme con él por ahora. No me llores porque soy feliz, y que no nos persigan, porque es inútil.
> Manuela.»

Al oír, estas palabras, todos se quedaron asombrados y mudos, pintándose en sus semblantes la sorpresa y el disgusto que semejante proceder de Manuela les causaba, habiendo sido hasta allí una buena hija. Lo pobre madre dejó caer el papel de las manos y quedó un momento con la cabeza inclinada, fijos los ojos en tierra, abatida, silenciosa, sombría, como insensata, hasta que un rato después hizo estallar su dolor en terribles sollozos. Acudieron a abrazarla y a consolarla su ahijada y los tíos, sin saber qué decirle, sin embargo, para calmar su pena.

—¿Y a quién quejarme ahora? –exclamó– Aconséjenme ustedes –dijo–, ¿qué haré?

—Veremos al prefecto –respondió el tío de Pilar–.

Es necesario que la autoridad tome sus providencias.

—Pero, ¡qué providencias! –repuso la anciana–, cuando ven ustedes que las autoridades mismas no se atreven a salir de la población ni tienen tropas ni manera de hacerse respetar... ¡Si estamos abandonados de Dios! –añadió desesperada.

—Pero, ¿quién podrá ser, pues, el hombre que se la ha llevado? –dijo Pilar–, porque yo no atino[77] absolutamente y es preciso tener siquiera una sospecha que sirviera de indicación...

---

77 *Atinar*: Acertar a dar en el blanco (*RAE*).

—¡Y estar yo sola, absolutamente sola! –exclamó doña Antonia, torciéndose las manos de dolor–. ¡Ah! ¡Cómo han abusado de una infeliz vieja, viuda y desamparada!

—No tan sola, madrina, no está usted tan sola –replicó vivamente Pilar ¿No cuenta usted con la amistad de Nicolás?

—Es verdad, hija mía, lo había olvidado en mi desesperación. Tengo a ese hombre generoso, que todavía ayer me decía que sin interés ninguno en Manuela, de quien estaba seguro que no le quería, podía yo contar enteramente con su apoyo. Tienes razón, voy a escribirle al momento.

—No es preciso –dijo el tío de Pilar–; yo voy a ensillar en un instante y corro a Atlihuayán, para traer a Nicolás. Es necesario que nos ayude siquiera a indagar esto.

El anciano se levantaba para cumplir su oferta, cuando se oyó el ruido de un caballo en la calle y un hombre se apeó en la puerta de la casa.

Era el herrero de Atlihuayán. Todos se levantaron para correr hacia él; doña Antonia se adelantó y apenas pudo tenderle los brazos y decirle sollozando:

—¡Nicolás, Manuela ha huido!

El joven se puso densamente pálido y murmuré tristemente, con un gesto de amargo desdén:

—¡Ah!, ¡sí, mis sospechas se confirman!

—¿Qué sospechas? –preguntaron todos.

—El herrero condujo a la señora al cuarto y todavía de pie, dijo:

—Esta mañana muy temprano un guardacampo vino a decirnos, al administrador y a mí, que en la madrugada, recorriendo los campos que están al pie del monte, y cuando ya había cesado el aguacero, encontró en su casita, en la que no había dormido, a un grupo que se preparaba a salir y a montar a caballo, y que seguramente se había guarecido allí del temporal; que recelando de que fuese gente mala, no se acercó por el camino, sino que se metió entre las cañas para observarlo bien. En efecto, eran plateados; cuatro hombres y una mujer joven, muy hermosa, que llevaba sombrero de alas angostas, muy lleno de plata, al que estaba atando un pañuelo blanco, antes de montar. Por esta detención pudo reconocerlos bien. A la niña se figuró

haberla visto algunas veces en esta población, y el hombre, que parecía jefe de los otros, era el Zarco.

—¡El Zarco! –exclamaron todos aterrados.

—¡El mismo, el más temible y malvado de esos bandidos, que, según dicen, es joven y no mal parecido! Éste fue quien abrazó a la joven para montarla y quien parece que la llevaba. En el acto emprendieron todos, y a gran prisa, el camino de la montaña, sin reparar en el guardacampo, que no los perdió de vista hasta que ellos encumbraron y se alejaron entre las breñas.[78] Entonces vino a dar parte. Yo no sé qué terrible presentimiento tuve, y sin darme cuenta de por qué lo hacía, monté a caballo y vine a ver si había ocurrido aquí alguna novedad... Así es –añadió con intensa amargura– que ya saben ustedes con quién se fue Manuela.

—¡Ah! ¡Con razón dice que es inútil perseguirla! –exclamó colérica doña Antonia, mostrando a Nicolás el papel, que él estuvo examinando con profunda atención.

—Efectivamente –repuso el joven–, es perfectamente inútil. ¿Quién iría a perseguir a ese bandido a su cuartel general, en que tiene más de quinientos hombres que lo defienden? Y sobre todo, ¿para qué? ¿No se ha ido ella con toda su voluntad? Cuando una mujer da ese paso, es porque está apasionada del hombre con quien se va. Perseguirla sería matarla también a ella.

—Preferiría yo verla muerta a saber que está en brazos de un ladrón y asesino como ése –dijo resuelta doña Antonia–. No es ahora sólo dolor lo que siento, es vergüenza, es rabia... Quisiera ser hombre y fuerte, y les aseguro a ustedes que iría a buscar a esa desdichada aunque me mataran; ¡mejor para mí! ¡Un plateado! ¡Un plateado! –murmuró convulsa de ira.

—Pues bien, señora, yo estoy dispuesto a hacer lo que usted quiera, por más que me parezca inútil la persecución, no tanto por la gente que acompaña al Zarco, sino por la voluntad terminante con que Manuelita le ha seguido. Verdaderamente, no ha habido rapto.

—Pero, ¿yo puedo consentir en que mi hija, por más loca de amor que esté, siga a un bandido? ¿Y mis derechos de madre?

—Sus derechos de usted como madre no pueden ser representados sino por la autoridad en este caso, careciendo usted de un pariente

78 *Breña*: Maleza.

próximo –dijo el tío de Pilar–. Nosotros ayudaremos a la autoridad, pero es necesario que ella sea quien ordene. ¿Y cree usted que se atreverá con esos bandoleros, cuando apenas puede hacerse obedecer en la población?

—Pero si quisiera...; hoy llega la caballería del gobierno.

—Veremos al prefecto –replicó el anciano–, para decirle que hable al jefe de esa fuerza; pero no olvide usted que esta fuerza no ha podido antier[79] continuar la persecución del Zarco, que fue quien cometió los asesinatos de Alpuyeca, y eso que el gobierno de México había recomendado con todo empeño la persecución.

Es inútil –exclamaron todos–, es imposible; ni el prefecto ni esos soldados han de querer.

En este momento se oyeron trompetas resonando en la plaza. La caballería del gobierno entraba con toda solemnidad en la población.

Doña Antonia, enloquecida de ira y de dolor, salió apresuradamente de la casa con la intención de hablar al prefecto.

79 *Antier*: Coloquial, anteayer.

– XIII –
El comandante

El pobre prefecto se hallaba en la casa del Ayuntamiento, vestido con su traje dominguero para recibir a la tropa con los honores debidos, en el momento en que llegó doña Antonia, acompañada del tío de Pilar y de Nicolás, que la había seguido por deferencia,[80] se entretenía en ver a aquella fuerza mal vestida y peor montada, que se forma en la placita para pasar lista. Mandábala un comandante de mala catadura,[81] vestido de un manera singular, con uniforme militar desgarrado, y cubierto con un sombrero charro viejo y sucio.

Luego que acabó de pesar su lista, el comandante vino a saludar al prefecto y a manifestarle, lo que era de cajón[82] entonces, que necesitaba raciones para sus soldados y forraje para su caballada, pues debía continuar su marcha esa tarde.

El prefecto dio las órdenes convenientes para facilitar esos elementos, imponiendo a los vecinos acomodados semejante carga, que ellos estaban ya acostumbrados a soportar hacía tiempo.

Después la tropa se acuarteló y el comandante y algunos oficiales fueron invitados por el prefecto a tomar algunas copas y a comer en la Prefectura.

Tales eran los deberes que se imponía entonces la autoridad política de los pueblos para con esos militares, que ni defendían a la gente pacífica ni se atrevían a encararse con los bandidos de que estaba llena la comarca.

—¿Qué tal, comandante –preguntó el prefecto–, ayer y antier han tenido ustedes una buena tarea con los plateados?

---

80 *Deferencia*: Condescendencia.
81 *Catadura*: Aspecto, semblanza.
82 *Ser de cajón*: Locución coloquial, ser obvio o evidente (*RAE*).

—Fuerte, señor prefecto –respondió el comandante atusándose los bigotes–, muy fuerte; no hemos descansado ni de día ni de noche.

—¿Y lograron ustedes algo?

—¡Oh!, les dimos una *correteada*[83] a los plateados, terrible. Estoy seguro de que en muchos días no volverán a aparecerse en la cañada de Cuernavaca. Han quedado escarmentados.

—¿Cogieron ustedes algunos, eh?

—Sí: y los hemos dejado colgados, por ahí, de los árboles, en donde se estarán campaneando... a esta hora.

—Pero, ¿cayeron todos?

—Todos, no, usted sabe que eso es difícil. Esos cobardes no atacan más que a la gente indefensa, pero luego que ven tropa organizada, como la mía, corren, se dispersan.

—Pero el Zarco..., porque dicen que fue el Zarco el que mandaba la gavilla.

—Sí, él fue, pero es el más *correlón* de todos.[84] Ni si quiera nos esperó, de modo que cuando nosotros llegamos a Alpuyeca, *ni su luz del Zarco.* En vano quisimos darle alcance. Luego que hizo su robo, apenas se detuvo a recoger a sus heridos y se largó precipitadamente, y no fue posible dar ni con su rastro. En ningún pueblo ni rancho de los que atravesamos en su persecución pudieron darnos razón de él, sea que no hubiera pasado por allí o sea que tenga en todas partes cómplices, lo cual es más probable. El caso es que no pudimos continuar con mi caballería en aquellos montes tan escabrosos.[85]

—Pero, entonces, señor comandante –preguntó el prefecto con malignidad–, ¿a quién cogieron ustedes por fin, porque acaba usted de decirme que dejaron algunos colgados en los árboles?

—¡Oh, amigo prefecto –contestó el militar sin desconcertarse–, tomamos algunos sospechosos de quienes estoy seguro que eran sus cómplices; yo los conozco bien a estos pícaros, no pueden disimular su delito; corren de nosotros cuando nos divisan, se ponen descoloridos cuando les hablamos, y a la menor amenaza se hincan, pidiendo misericordia! Ya usted ve que estas son pruebas, porque si no, ¿por qué habían de hacer todo eso? Su delito los acusa, son los cómplices, los que avisan a los bandidos, los que ocultan su marcha y los que participan del botín. A varios de esos, y según mi parecer, los más im-

83 *Correteada*: Coloquial, correr por juego o diversión.
84 *Correlón*: Coloquial, cobarde.
85 *Escabroso:* Dícese del terreno irregular, lleno de tropiezos (*RAE*).

portantes, es a quienes he dejado dando vueltas en el aire... ¡Servirá de ejemplar! ¿No le parece a usted?

De manera que el valiente militar había fusilado a algunos infelices campesinos y aldeanos, por simples sospechas, a fin de no presentarse ante su jefe, en Cuernavaca, con las manos limpias de sangre. El prefecto lo comprendió así, y por tal motivo respondió insistiendo:

—Sí, señor comandante, eso estuvo bueno siempre; pero, por fin, ¿y el Zarco?

—El Zarco, señor prefecto, debe hallarse ahora muy lejos de aquí; tal vez en el distrito de Matamoros[86] o cerca de Puebla, para repartirse el robo con toda seguridad. ¡Bonito él para haberse quedado en este rumbo!

—Pero dicen –objetó el prefecto– que tiene su madriguera en Xochimancas, a pocas leguas de aquí, y que cuenta con más de quinientos hombres. Al menos es lo que se dice por aquí, y lo que sabemos, porque frecuentemente se desprenden de allí partidas para asaltar las haciendas y los pueblos. En esa madriguera es donde guardan sus robos, en donde tienen a los plagiados,[87] sus caballos, sus municiones, en fin; parece, según noticias que recibimos diariamente, que allí viven como en una fortaleza, que tienen hasta piezas de artillería, hasta músicas y charangas[88] que llevan algunas veces a sus expediciones, y que les sirven también para divertirse en sus bailes.

—Ya sé, ya sé –replicó el comandante con cierto enfado–; pero usted conoce lo que son las exageraciones del vulgo. Todo eso son cuentos; habrán buscado allí refugio alguna vez, habrán permanecido allí dos o tres días, habrán hecho tocar dos o tres clarines, y el miedo de los pueblos ha inventado lo demás, porque no me negará usted, señor prefecto, que ustedes viven muertos de miedo y que ni parecen hombres los que habitan estas comarcas.

—Pero, con razón, señor comandante –dijo el prefecto, picado en lo vivo–, con muchísima justicia; si todo eso que usted dice que son cuentos, nos parecen a nosotros realidades; si vemos atravesar por nuestros caminos partidas de cien y de doscientos hombres, bien armados y montados; si se llevan al cerro todos los días a los vecinos de los pueblos y a los dependientes de las haciendas; si se meten donde quiera como en su casa, ¿cómo no hemos de creer?

---

86 *Distrito de Matamoros*: VII distrito del Estado de Puebla.

87 *Plagiado*: Persona secuestrada por la que se pide rescate (o plagio).

88 *Charanga*: Banda de música de carácter festivo o jocoso.

—Pues bien, y ustedes, ¿por qué no se defienden?, ¿por qué no se arman?

—Porque no tenemos con qué; todos estamos desarmados.

—Pero, ¿por qué?

—Le diré a usted: teníamos armas para la defensa de las poblaciones, es decir, armas que pertenecían a las autoridades y armas que habían comprado los vecinos para su defensa personal. Hasta los más pobres tenían sus escopetas, sus pistolas, sus machetes. Pero pasó primero Márquez[89] con los reaccionarios y quitó todas las armas y los caballos que pudo encontrar en la población. Algunas armas se escaparon, sin embargo, y algunos caballos también, pero pasó después el general González Ortega[90] con las tropas liberales y mandó recoger todas esas armas y todos esos caballos que habían quedado, de manera que nos dejó con los brazos cruzados. Luego, los bandidos apenas saben que alguno tiene un caballo regular, cuando en el acto se meten a cogerlo. ¿Quién quiere usted que compre ya ni armas, ni caballos?... Además, aun cuando nos queden machetes y cuchillos, ¿cree usted que nos vamos a poner con quienes traen buenos mosquetes y rifles?

—Pues, hombre –replicó el militar reflexionando–, eso sí está malísimo, porque así cualquiera puede burlarse de ustedes. ¿Y qué hacen entonces?

—Lo único que hacemos es huir o escondernos. Tenemos un vigilante en la torre, durante el día. Cuando toca la campana, dando la alarma, las familias se esconden en el curato[91] o donde pueden, en lo más oculto de las huertas; los hombres corren y las autoridades... nos sumimos[92] –añadió el pobre prefecto, encogiéndose de hombros en ademán de vergüenza y de resignación.

—¡Caramba, hombre!, ¡eso es atroz! –exclamó el comandante sirviéndose una gran copa de coñac–. Yo no sería autoridad aquí por nada de esta vida.

—Pues yo he renunciado la prefectura cincuenta veces; pero no me admiten la renuncia, y como es lo mismo...

—¿Cómo es lo mismo?

—Pues es claro; es lo mismo que haya prefecto como que no lo haya; dirán que tanto da que yo esté como que esté otro, y mientras,

89 *Márquez*: Ver nota 55.
90 *González Ortega:* Ver nota 56.
91 *Curato:* Parroquia.
92 *Sumir:* Abatir, abismar, entregarse al dolor.

aquí me tiene usted limitándome a dar forraje y raciones a las tropas que pasan, sin poder hacer más, sin disponer de un solo guarda, de un solo soldado, de nadie... escondiéndome por la noche, porque de noche quedamos expuestos a todo, sin poder ejercer la vigilancia que tenemos de día, trabajando en nuestros quehaceres, siempre con sobresalto. De manera qúe no son cuentos los que le referimos a usted; no son invenciones del miedo. Son verdades, y se las referirán a ustedes todo el mundo.

En el instante en que el prefecto acababa de hablar, doña Antonia, cansada de esperar que concluyese la conversación, se hizo anunciar por conducto del secretario de la oficina, diciendo que tenía un negocio muy urgente que comunicar, tanto al prefecto como al comandante.

—Que entre –dijo el prefecto.

Doña Antonia se presentó llorando y desesperada.

—¿Qué le pasa a usted, doña Antonia? –preguntó el prefecto con interés.

—¡Qué me ha de pasar, señor prefecto, una gran desgracia!; que mi hija ha sido robada anoche.

—¡Su hija de usted! ¡Manuelita! ¡La muchacha más linda de Yautepec! –dijo el prefecto, dirigiéndose al comandante, que se volvió todo orejas.

—Sí, señor, Manuela, ¡me la han robado!

—¿Y quién, vamos, diga usted?

—¡El Zarco! –exclamó furiosa doña Antonia–, ¡ese gran ladrón y asesino!

—¿Ya ve usted, señor comandante? –dijo el prefecto, sonriendo con malicia–. No anda tan lejos como usted creía; todavía está por aquí robándome muchachas, después de haber robado y asesinado en la Cañada.

—Pero, ¿cómo ha sido eso?..., diga usted pronto, señora –dijo el militar levantándose.

Doña Antonia refirió los hechos que ya conocemos. Nicolás fue llamado a declarar lo que sabía, y no hubo ya duda de que, en efecto, el Zarco había sido el raptor.

—Y bien, ¿qué quiere usted ahora que se haga?

—Señor –respondió la anciana en actitud suplicante–, que usted haga perseguir a ese bandolero, que le quiten a mi hija, y yo daré lo poco que tengo si lo logran. Que la traigan viva o muerta, pero ha de ser pronto, señor; pueden encontrarla muy cerca de aquí, en Xochimancas, que es donde el Zarco tiene su madriguera.[93] Ya sé, señor prefecto, que usted no tiene tropa, ni gente de quien disponer para eso; pero ahora que está aquí este señor militar con su tropa, puede prestar este servicio a la justicia y a la humanidad.

—¿Qué dice usted, comandante? –preguntó con sorna el prefecto.

—¡Imposible, señor prefecto, imposible! –repitió con resolución–; yo tengo orden de continuar mi marcha para Cuautla, como que se trata de escoltar a un señor muy amigo del señor presidente, don Benito Juárez,[94] que tiene que ir a México. Ya usted comprenderá que cuando no he podido continuar la persecución de ese malvado ayer, y por causa de un robo y de asesinatos, menos he de poder entretenerme en ir a buscar una muchacha por esos andurriales[95]... ¡Bah!... ¡Bah...!, déjenos usted en paz, señora, ya se contentará la niña con el bandido ese, ¡no tiene remedio! ¡La tropa del gobierno no puede perder el tiempo en andar rescatando muchachas bonitas! Además, yo no conozco bien estos terrenos.

—Pero yo sí los conozco –dijo Nicolás–, y si el señor prefecto lo dispusiera, algunos amigos míos y yo acompañaríamos a la tropa del gobierno para guiarla y ayudarla en sus pesquisas.

—Pues si este muchacho tiene algunos amigos que lo acompañen, supongo que armados, ¿por qué no va él a hacer la persecución? –preguntó el comandante.

—Porque sería lo mismo que sacrificarnos inútilmente –respondió Nicolás–. Mis amigos y yo seremos a todo rigor diez, y los bandidos a quienes podemos encontrar en Xochimancas pasan de quinientos o por lo menos son trescientos; ¿qué podríamos hacer diez contra trescientos? Moriríamos estérilmente. No así yendo la tropa del gobierno, porque tiene más de cien hombres, además los que

---

93 *Madriguera:* Cueva donde viven los animales. Por extensión es el nombre que se da al lugar donde se esconden los criminales.

94 *Benito Juárez* (1806–72)*:* Una de las figuras centrales del liberalismo decimonónico, Benito Juárez ocupó la presidencia de México en 1861, 1867, y 1871. Antes, había sido gobernador del Estado de Oaxaca y ministro de la Suprema Corte de Justicia. Hijo de indios zapotecas, su activa oposición a la ocupación francesa y el triunfo que obtuvo en Querétaro sobre el ejército de Maximiliano le valieron el merecido apodo de «Padre de la Patria.»

95 *Andurrial:* Paraje remoto y extraviado (*RAE*).

iríamos de aquí, que estamos bien armados y que, apoyados por la tropa, serviríamos de algo. Conocemos caminos por los que lograríamos sorprender a los plateados.

—Pero, ¿toda esa pelotera[96] y ese empeño por una muchacha? –dijo el comandante, que no se dejaba convencer.

—No, señor –repuso indignado Nicolás–; no sería solamente por la muchacha, porque se lograrían otros fines que son de mayor importancia. Se lograría acabar con esa guarida de malhechores que tiene azorado[97] al distrito; se lograría tal vez matar o coger a los asesinos a quienes persiguió el señor comandante ayer y antier inútilmente; se les quitaría el robo, se les quitarían los demás robos que tienen guardados allí, se libertaría a los hombres que tienen plagiados hace tiempo, y el señor comandante cumpliría con su deber, restableciendo la seguridad en todo este rumbo. Yo creo que hasta el Supremo Gobierno se lo agradecería.

—A mí nadie me enseña mis deberes como soldado –respondió el comandante con los ojos centelleantes de cólera, y comprendiendo que no podía contestar de otro modo a las razones del joven– Yo sé lo que debo hacer, y para eso tengo superiores que me ordenan lo que crean conveniente. ¿Quién es usted, amigo, para venir aquí a imponerme leyes y a hablarme con ese tono?

—Señor –dijo Nicolás, encarándose con dignidad al comandante–, yo soy un vecino honrado del distrito; soy el encargado de la herrería de la hacienda de Atlihuayán, y el señor prefecto sabe que he prestado no pocos servicios cuando la autoridad los ha necesitado de mí. Además, soy un ciudadano que sabe perfectamente que usted es un jefe de seguridad pública, que la tropa que usted trae está pagada para proteger a los pueblos, porque no es tropa de línea consagrada exclusivamente al servicio militar de la Federación, sino que es fuerza del Estado, despachada para perseguir ladrones, y ahora precisamente le estamos proporcionando a usted la oportunidad de cumplir con su comisión.

—¡Usted qué sabe de eso, don cualquiera, ni qué tiene usted que gritarme aquí ni que leerme la cartilla,[98] ni quién le ha dado a usted facultades para hablarme en ese tono! ¿Quién es ese hombre, señor

96 *Pelotera:* Coloquial, lío, revuelta.
97 *Azorado:* Asustado, sobresaltado.
98 *Leer a alguien la cartilla:* Coloquial, reprender a alguien, advirtiéndole cómo debe actuar en determinado asunto.

prefecto? –preguntó el comandante en el paroxismo del furor, con los bigotes erizados y poniendo mano en el puño de su pistola Colt,[99] que llevaba ceñida a la cintura.

—Este muchacho –respondió el prefecto palideciendo, porque temió algún desmán[100] del soldadote, que como todos los de su ralea[101] era un gran insolente con los hombres honrados y pacíficos–, este señor es, en efecto, un vecino muy honrado y muy apreciable, que ha prestado muy buenos servicios a los pueblos y que es muy estimado de todos.

—Pues no le valdrá todo eso de nada para evitar que yo lo fusile –dijo el comandante–; yo le enseñaré a faltar al respeto a los militares.

Nicolás se cruzó de manos impasible y contestó sin arrogancia, pero con su acento frío y altivo:

—Haga usted lo que quiera, señor militar; usted tiene allí su fuerza armada. Yo estoy solo, sin armas y delante de la autoridad de mi población. Puede usted fusilarme, no lo temo y ya lo estaba yo esperando. Era muy natural: no ha podido usted o no ha querido perseguir o fusilar a los bandidos a quienes era necesario combatir arriesgando algo, y le es a usted más fácil asesinar a un hombre honrado que le recuerda a usted sus deberes. Es claro..., esto no será glorioso para usted, pero sí lo único que puede y sabe hacer.

—¿De manera que usted cree que yo me valgo de la fuerza para castigar las insolencias de usted?

—Así lo creo –respondió Nicolás, siempre cruzado de brazos y con acento frío y seguro.

—Pues se equivoca usted, amigo –gritó el comandante–. Yo no necesito de la fuerza armada para castigar a los que me insultan. Yo sé corregirlos hombre a hombre.

—¡Sería de ver! –respondió Nicolás, con una ligera sonrisa de desprecio. Y precisamente –añadió–, por aquí cerca de Yautepec hay algunos lugares bastante solitarios en que podía dar pruebas de valor. Deje aquí a su tropa, montaremos a caballo los dos y nos iremos juntos a escoger el sitio a propósito.

—¿Sí, me desafía usted? –preguntó el militar, lívido de rabia.

—Yo acepto, señor comandante. Usted ha dicho que es muy capaz

---

99 *Pistola Colt:* Arma de repetición de gran alcance y penetración. La pistola carga diez tiros mientras que el revólver carga sólo seis.

100 *Desmán:* Exceso, desorden.

101 *Ralea:* Especie, linaje.

de castigar a los que le insultan hombre a hombre y sin valerse de la fuerza. Yo acepto y estoy dispuesto, con iguales armas y donde a nadie favorezca más que su propio valor.

—Bueno –dijo el comandante–, ahora verá usted si soy capaz.

Y saliendo precipitadamente de la pieza, gritó a varios soldados que estaban por ahí:

—¡Hola, sargento, prendame usted a ese pícaro y téngalo en el cuartel con centinela de vista! Si se mueve, mátenlo.

—¡Bonita manera de arreglar las cosas hombre a hombre! –murmuró Nicolás, mirando al comandante con un gesto de profundísimo desdén.

—¡Ahora verá usted si me echa bravatas, insolente!

—Pero, señor comandante –dijo el pobre prefecto, interponiéndose en actitud suplicante–, dispense usted a este muchacho; es un exaltado, pero es hombre de bien, incapaz de cometer el más mínimo delito.

—¡Cállese usted, señor prefecto del demonio –replicó el militar, furioso como un energúmeno[102]–, cállese usted o también me lo llevo! Para eso nada más sirven ustedes las autoridades de aquí, para dar alas a los zaragates.[103] ¡Ya verá usted si hago otro ejemplar! Llévenselo, llévenselo –dijo a los soldados que se apoderaron de Nicolás, el cual no hizo ninguna resistencia, contentándose con decir al prefecto:

—No ruegue usted, señor prefecto; deje usted que hagan lo que quieran, pero no humille usted su autoridad.

Sin embargo, el prefecto comprendía que aquel militar fanfarrón y cobarde era capaz de cumplir sus amenazas.

Por aquel tiempo y en aquellas comarcas, tales hechos no eran, por desgracia, sino muy frecuentes. Los bandidos reinaban en paz, pero, en cambio, las tropas del gobierno, en caso de matar, mataban a los hombres de bien, lo cual les era muy fácil y no corrían peligro por ello, estando el país de tal manera revuelto y las nociones de orden y moralidad de tal modo trastornadas, que nadie sabía ya a quién apelar en semejante situación.

Las autoridades locales eran autoridades de burlas en las poblaciones, y cualquier militarcillo, por inferior que fuese, se atrevía a ultrajarlas y a humillarlas.

---

102 *Energúmeno:* Persona poseída y, por extensión, alborotada o furiosa.

103 *Zaragate:* Persona despreciable.

El infeliz magistrado de Yautepec no pudo hacer otra cosa que reunir al Ayuntamiento, que se reunió, en efecto, con gran temor, no sabiendo qué deliberar. Además, el prefecto envió inmediatamente aviso al administrador de la hacienda de Atlihuayán, quien en el acto montó a caballo y se dirigió a galope a Yautepec, acompañado de los dependientes principales de la hacienda, con el objeto de procurar la libertad del honrado herrero.

– XIV –
Pilar

En cuanto a doña Antonia, desde el principio del altercado de Nicolás con el comandante, viendo el giro que tomaba aquel asunto y comprendiendo, en fin que no tenía que esperar nada de las autoridades y que, por el contrario, se iba a cometer una gran injusticia y tal vez un crimen con su generoso defensor, había caído en un extremo tal de abatimiento que por un instante se la creyó enferma. Pero nadie la[104] hizo caso, estando todos atentos al desenlace de aquella discusión.

Cuando los soldados se llevaron a Nicolás preso, la pobre señora ni aun fuerzas tuvo para levantarse y seguirlo, contentándose con gemir arrinconada y atónita en un banco de la Prefectura.

Por fin, cuando el prefecto salió, ella también, acompañada del tío de Pilar y de varios vecinos, se dirigió a la casa, en donde la esperaban aquella joven, sus tíos y algunos vecinos y vecinas que se interesaban en su desgracia.

Refirioles en pocas palabras lo que acababa de suceder, y agotadas sus fuerzas por tantos sufrimientos, débil, extenuada, pues no había tomado alimento alguno desde la mañana y habíase empapado de agua en la huerta, al hacer sus primeras pesquisas, se arrojó en la cama temblando de fiebre. Su ahijada y aquellas gentes piadosas le prodigaron los primeros cuidados. Pero la buena y bella joven, tan luego como aplicó las medicinas necesarias a su madrina, comenzó a ocuparse en otra cosa que la había conmovido hasta el fondo del alma.

La noticia de la prisión de Nicolás había sido para ella un rayo. Se sintió trastornada, pero disimuló cuanto pudo su ansiedad y su congoja

104 *La hizo caso:* Este fenómeno se llama «laísmo» y consiste en usar «la» en lugar de «le.» Es propio de España donde el manuscrito de la novela de Altamirano fue copiado y «corregido,» según lo que el editor español asumía como norma o estándard linguístico.

en presencia de sus tíos y de aquellas gentes extrañas, tomó su rebozo, y pretextando que iba a traer algunas medicinas, se lanzó a la calle.

¿Adónde iba? Ni ella misma lo sabía; pero sentía la necesidad de ver a Nicolás, de hablarle, de ver a algunas personas, de procurar, en fin, salvar a aquel joven generoso que hacía mucho tiempo era el ídolo de su corazón, ídolo tanto más amado cuanto que había tenido que rendirle culto en silencio y en presencia de una rival muy querida de él y muy querida también de ella.

En otras circunstancias, ella, dulce, resignada por carácter, tímida y ruborosa, habría muerto antes que revelar el secreto que hacía al mismo tiempo su delicia y el tormento de su corazón. Pero en aquellos momentos, cuando la vida del joven estaba peligrando y lo suponía desamparado de todos y entre las garras de aquellos militares arbitrarlos y feroces, la buena y virtuosa joven no tuvo en cuenta su edad ni su sexo; no reparó en que su educación retraída había producido el aislamiento en torno suyo; no temió para nada el qué dirán de las gentes de su pueblo; no pensó más que en la salvación de Nicolás, y por conseguirla salió de la casa de su madrina y se dirigió apresuradamente al cuartel en que le habían dicho que acababan de poner incomunicado al herrero.

Éste no se hallaba encerrado en prisión alguna, porque aquel cuartel provisional estaba en una casa de la población que no tenía las condiciones requeridas. Así es que Nicolás había sido puesto en un portal que daba a la calle, y allí lo guardaban dos centinelas de vista y la guardia, que se hallaba alojada allí mismo. De modo que la joven pudo verle desde luego, mezclándose al grupo de gente que se había acercado a la casa por curiosidad.

Pilar se salió del grupo, y adelantándose hacia el prisionero, que reparó en ella en el instante, y que se levantó en ademán de recibirla, no pudo pronunciar más que esta palabra, entre ahogados sollozos:

—¡Nicolás!

Y cayó de rodillas en el suelo, muda de dolor y anegada en llanto.

Nicolás iba a hablarla, pero el sargento de la guardia se interpuso, y algo compadecido de la joven, le dijo:

—Sepárese, señorita, porque el reo está incomunicado y no puede hablarle.

—¡Pero si es mi..., pero si es pariente mío! –dijo Pilar en ademán de súplica.

—No le hace –respondió el sargento–, no puede usted hablarle; lo siento mucho, pero es la orden.

—¡Una palabra nada más!, ¡por compasión, déjeme usted hablarle una sola palabra!

—No se puede, niña –dijo el sargento–; retírese usted; si viene el comandante puede que la maltrate, y es mejor que se vaya...

—¡Qué me mate –dijo ella–, pero que se salve él! Estas palabras, que llegaron a los oídos de Nicolás, muy claras y perceptibles, le revelaron toda la verdad de lo que pasaba en el alma de la hermosa joven y fueron para él como una luz esplendorosa que iluminó las nubes sombrías en que naufragaba su espíritu. ¡Pilar le amaba, y ella sí que sabía amar! De manera que él había estado embriagándose por mucho tiempo en el aroma letal de la flor venenosa, y había dejado indiferente a su lado a la flor modesta y que podía darle la vida.

¡Qué dicha la suya en saberlo!, pero ¡qué horrible desventura la de saberlo en aquel momento, tal vez el último de su existencia, porque Nicolás no dudaba de que el comandante ejercería su venganza en el camino aquella misma tarde! Había sido la humillación del militar tan cruel y vergonzosa, que no podría perdonarla, con tanta más seguridad, cuanto que, en aquel tiempo, ningún temor podría contenerle, siendo esta clase de arbitrariedades y crímenes el pan de cada día.

Pasó por la cabeza de Nicolás como un vértigo todo aquello; era superior a sus fuerzas, con ser ellas tantas, y con tener un carácter de bronce, como el suyo, fundido al fuego de todos los sufrimientos. No quiso ver más; cubriose el rostro con las manos, como para no dejar ver dos lágrimas que brotaron de sus ojos. Pero pasado ese instante de crisis tremenda, se levantó de nuevo para ver a Pilar. Ésta, empujada suavemente por el sargento, se alejaba del cuerpo de guardia, pero volvía frecuentemente la cabeza buscando a Nicolás. En una de esas veces, Nicolás le dio las gracias poniendo la mano sobre su corazón y le hizo seña de que se alejara. ¡Hubiera querido expresarla con el ademán cuánto gozaba sabiendo que era amado por ella, y asegurarla que, en aquel momento, un amor profundo y tierno acababa

de germinar en su corazón sobre las cenizas de su amor malsano de las pasados días!

Pero aquella gente curiosa, aquellos soldados le habían impedido tal expansión, y más que todo su sorpresa, su aturdimiento, casi podría decirse su felicidad. Así, pues, volvió a caer desplomado en el banco de piedra en que le habían permitido sentarse y se abandonó a profundas y amargas reflexiones.

Pilar, entretanto, no descansó un instante. Fue a ver al prefecto, a quien encontró precisamente con los regidores y alcaldes, y con los dependientes de la hacienda, que deliberan acerca de lo que debía hacerse para evitar que Nicolás fuese llevado preso. La joven se presentó a ellos llorando, les suplicó que a toda costa no abandonasen a Nicolás, y que si era posible le acompañaran en la marcha, porque tal vez eso evitaría que se cometiera un crimen en el camino, y no se retiró sino cuando todos le aseguraron que, si no conseguían libertarlo inmediatamente, acompañarían a la tropa.

Después se volvió a su casa y preparó algún alimento que llevó al prisionero ella misma, teniendo cuidado de confiarlo al sargento que antes le había hablado, y a quien deslizó una moneda en la mano, rogándole que dijese al preso que no tuviese cuidado, que velarían por él.

Nicolás comprendió que la joven había hecho mil gestiones en su favor, pero ¿cuáles fueron esas gestiones, y de qué modo y quiénes velarían por él? Eso no lo sabía, ni necesitaba saberlo. Desde aquel momento, algo como la confianza de un ser divino se hizo lugar en su ánimo. Había un ángel que le protegía y por más que el herrero supiese que Pilar era una niña obscura, débil, tímida, sin relaciones poderosas, algo le decía íntimamente que esa niña, inspirada por el amor, se había convertido en una mujer fuerte, atrevida y fecunda en recursos.

Así pues, reanimado con aquella seguridad interior, ya no temió por su existencia y se abandonó a su muerte confiado y tranquilo.

Apenas acababa de hacer estas reflexiones consoladoras y de tomar algún alimento, cuando se tocó en el cuartel la botasilla y la tropa se preparó a marchar.

Un rato después trajeron a Nicolás un caballo flaco y mal ensillado, y lo obligaron a montar en él y a colocarse entre filas. Luego se formó la caballería, y el comandante, casi ebrio, y poniéndose a la

cabeza de la tropa, salió de la población, mirando con ceño a los numerosos grupos de gente que se agolpaban en las calles para manifestar su interés en favor del joven herrero, que marchaba tranquilo en medio de los dragones.

Nicolás buscaba con anhelo entre aquellos grupos a la bella niña, y no encontrándola, su frente se nubló. Pero al llegar la tropa a la orilla del pueblo, y entrando en el camino que conduce a Cuautla por las haciendas, se encontró un gran grupo de gente a caballo, compuesto del prefecto, de los regidores, del administrador de Atlihuayán, de sus dependientes y de otros particulares muy bien armados. Junto a ellos y en la puerta de una cabaña, al extremo de una gran huerta, se hallaba Pilar y sus tíos. La hermosa joven tenía los ojos encarnados, pero se mostraba tranquila y procuró sonreír al descubrir a Nicolás y al decirle adiós, como diciéndole: *Hasta luego.*

Nicolás, al verla, ya no pensó más en su situación, sintió solamente el vértigo del amor, el golpe de la sangre que afluía a su corazón, y que ofuscaba sus ojos con un dulce desvanecimiento. Púsose encendido, saludó a Pilar con apasionado cariño, y volvió varias veces la vista para fijar en ella una mirada de adoración y de gratitud. La amaba ya profundamente; aquel amor acababa de germinar en su alma y habla echado ya hondas raíces en ella. En tres horas había vivido la vida de tres años, y había poblado aquella fantasía ardiente con todos los sueños de una dicha retrospectiva y malograda.

Por su parte, Pilar no ocultaba ya sus sentimientos desde el instante que ellos estallaron con motivo del terrible riesgo que estaba corriendo Nicolás. Salvarlo era ahora todo su objeto, y poco le importaba lo demás.

El famoso comandante, que según ha podido comprenderse era demasiado receloso, se alarmó al ver aquella cabalgata que parecía esperarlo en actitud amenazadora, y picando su caballo se dirigió al prefecto.

—¡Hola, señor prefecto!, ¿qué hace tanta gente aquí?

—Esperándolo a usted –respondió el funcionario.

—¿A mí?; ¿y para qué?

—Para acompañarlo, señor, hasta Cuautla.

—¿Acompañarme?; ¿y con qué objeto?

—Con el de responder de la conducta de ese muchacho a quien lleva usted preso, ante la autoridad a quien va usted a presentarlo.

—¿Y qué autoridad es ésa, señor prefecto?

—Usted debe saberlo –respondió secamente el prefecto, que parecía más resuelto, apoyado como estaba por numerosos vecinos bien armados–. Yo sólo sé que soy aquí la primera autoridad política del distrito, y que no tengo superior en él en lo relativo a mis facultades. El señor juez de primera instancia es también la primera autoridad del distrito en el ramo judicial; él está aquí, porque lo es actualmente el señor alcalde. Así es que supuesto que usted se lleva preso a un ciudadano que de uno o de otro modo debería estar sometido a nuestra jurisdicción, claro es que va usted a presentarlo a alguna autoridad que sea superior a la nuestra, y nosotros vamos a presentarnos también a esa autoridad para informarle de todo y para lo que haya lugar.

—Pero, ¿sabe usted que yo tengo facultades para hacer lo que hago? –dijo el militar, queriendo salir del aprieto en que lo habían puesto las razones del prefecto.

—No, no lo sé –contestó éste–, usted no ha tenido la bondad de enseñarme la orden que así lo diga, ni a mí se me ha comunicado nada por el gobierno del Estado, que es mi superior. Si usted trae la orden... puede enseñármela.

—Yo no tengo que enseñarle a usted órdenes ningunas –respondió el militar con altanería–. Yo no recibo órdenes más que de mis jefes, ni tengo que dar cuenta de mi conducta más que a ellos.

—Por eso vamos a ver a esos jefes de usted –replicó el prefecto con decisión.

—Pues entonces es inútil que ustedes me acompañen, porque mis jefes no están en Cuautla, sino en México.

—Pues iremos a México –insistió el prefecto, secundado por el administrador de Atlihuayán, que también repitió: –¡Sí, señor, iremos a México!

—Y ¿si yo no lo permito?

—Usted no puede impedir que sigamos a la tropa de usted. Yo soy el prefecto de Yautepec, conmigo vienen el Ayuntamiento y varios vecinos honrados y pacíficos; ¿con qué derecho nos podría usted evitar que fuésemos adonde usted va?

—Pero ¿saben ustedes que ya me está fastidiando esta farsa y que puedo hacer que se concluya?

—Haga usted lo que guste; nosotros haremos entonces lo que debemos.

El comandante estaba furioso. Mandó hacer alto a su caballería y conferenció un momento con sus capitanes. Tal vez hubiera querido cometer una arbitrariedad, pero no era fácil que ella quedara impune. El prefecto estaba allí acompañado del Ayuntamiento, de los dependientes de la hacienda de Atlihuayán y de numerosos vecinos bien montados y armados. En un momento podían reunirse otros vecinos, aunque sin armas, y tomar aquello un aspecto formidable.

El comandante decidió, pues, soportar aquella afrenta, pero no soltar a Nicolás. Volvió hacia el grupo en que se hallaba el prefecto, y le dijo:

—¿De manera que ustedes han salido para quitarme al reo, al hombre?

—No señor –replicó el prefecto–; ya hemos dicho a usted que nuestro objeto es seguir hasta Cuautla o hasta México, y no podrá usted acusarnos de agresión alguna.

—¡Era bueno que ustedes mostraran esta resistencia contra los bandidos, como la muestran contra las tropas del gobierno!

—Sí, la mostraríamos –replicó indignado el prefecto–, si las tropas del gobierno en lugar de perseguir a esos bandidos, pues para eso se les paga, no se emplearan en perseguir a los hombres de bien. Se le ha ofrecido a usted el auxilio de hombres de aquí para perseguir a los plateados y usted no ha querido, y precisamente ése es el delito por el que lleva usted preso a ese honrado sujeto.

—Bueno, bueno –dijo el comandante–, pues ya veremos quién tiene razón; síganme ustedes adonde quieran, que lo mismo me da...

Y mandó continuar la marcha.

El prefecto siguió al lado de la columna de caballería, pero Nicolás pudo ya estar seguro de que nada le sucedería.

Así caminaron toda la tarde, y ya bien entrada la noche llegaron a Cuautla, en donde el prefecto de Yautepec fue a hablar a su colega del distrito de Morelos de lograr la libertad del herrero.

El comandante puso un extraordinario a Cuernavaca, acusando

al joven como hombre peligroso para la tranquilidad pública, presentando lo acaecido en Yautepec como una rebelión y dándose aires de salvador y enérgico, pero el prefecto de Yautepec y el Ayuntamiento, así como las autoridades de Cuautla, se dirigieron al gobernador del Estado y al gobierno federal, y el administrador de Atlihuayán, al dueño de la hacienda y a sus amigos en México, relatando lo ocurrido. Cruzáronse numerosos oficios, informes, recomendaciones, y se gastó tinta y dinero para aclarar aquel asunto. Nicolás permaneció preso en el cuartel de aquella tropa, que aún esperaba órdenes para escoltar al amigo del presidente. Pero al tercer día llegó una directa del Ministerio de la Guerra para poner en libertad al joven herrero, mandando que el comandante se presentase en México a responder de su conducta.

Todo este embrollo y esta irregularidad eran cosas frecuentes en aquella época de guerra civil y de confusión.

Así, pues, del rapto cometido por el Zarco, sólo habían resultado la grave enfermedad de la pobre madre y la prisión del herrero de Atlihuayán, la conmoción de la autoridad de Yautepec, muchas comunicaciones, muchos pasos, muchas lágrimas, pero el delito había quedado impune.

Verdad es que también había resultado la dicha de dos corazones buenos; éste era el único rayo de sol que iluminaba aquel cuadro de desorden, de vicio y de miseria.

– XV –
El amor bueno

Nicolás, apenas libre, voló a Yautepec. ¿Qué había pasado allí durante su corta ausencia? ¡Temblaba de pensar en ello! Incomunicado rigurosamente desde que salió de aquella población hasta que fue puesto en libertad, nada había podido saber acerca de la suerte de doña Antonia, ni de Pilar; pero apenas pudo comunicarse con algunos vecinos de Yautepec, que habían acudido a hablarle, cuando supo que la infeliz madre de Manuela, demasiado débil para resistir tantos golpes, había caído en cama, atacada de un violento acceso de fiebre cerebral. Era muy posible que la pobre señora hubiese sucumbido. ¿Y Pilar? Indudablemente la buena y bella joven habría prodigado toda especie de cuidados a su madrina; era seguro que no se habría separado un solo instante del lecho de la enferma que, abandonada tan miserablemente por su hija, se encontraba, sin embargo, rodeada de gentes bondadosas y caritativas, pero sobre todo de aquel ángel, que más que su ahijada, parecía ser su verdadera hija, heredera de su virtud, de su sensatez y de su noble carácter.

Pero en el seno de aquella familia improvisada por la desgracia, junto al lecho de aquella anciana moribunda, hacía falta un hombre, un apoyo, una fuerza que infundiera aliento a los demás y proveyese a las necesidades que siempre aumenta el desamparo. Y ese hombro, ¿quién podía ser sino él, Nicolás, el hombre a quien aquella virtuosa señora había escogido para su yerno, y había amado como a un hijo suyo, el que, a su vez huérfano desde su infancia, había concentrado en ella todo su afecto filial? ¡Cómo le habría buscado la enferma en su delirio! ¡Cómo habría también Pilar invocado su nombre en silencio, deseando verle a su lado, en aquellos momentos de horrorosa angustia! Este último pensamiento era, en medio de su ansiedad,

como una gota de néctar que caía en su corazón, que rebosaba amargura.

Desde su salida de Yautepec, preso y amenazado de muerte por aquel militar insolente y arbitrario, Nicolás no había hecho más que pensar en aquellos dos objetos de su cariño: doña Antonia y Pilar, y su espíritu agitado pasaba sin cesar del infortunio de la desdichada señora, al amor de la hermosa joven, amor tanto más grato, cuanto que se había revelado de súbito, y justamente cuando se habían obscurecido para él todos los horizontes de la vida.

Así es que aquel enamorado joven, en los días precedentes, apenas había concedido su atención al estado que guardaba, a la incomunicación en que se le mantenía, a las mil incomodidades de su prisión, al peligro mismo de una resolución desfavorable a las gestiones que se hacían para libertarle, a todo.

Doña Antonia y Pilar eran su preocupación única, y no ver a estas dos personas, que para él encerraban el mundo entero, causaba su impaciencia, una impaciencia que llegaba a la desesperación.

En cuanto a Manuela... se había desvanecido completamente en su memoria. El herrero, como todos los hombres de gran carácter, era orgulloso, y si en los últimos días aún había manifestado algún afecto a la desdeñosa joven, si en su corazón aún no parecía haberse extinguido el fuego de otros tiempos, había sido solamente porque doña Antonia animaba constantemente con el soplo de sus esperanzas aquella hoguera, casi convertida en cenizas.

Pero Nicolás había acabado por comprender, desde hacía muchos meses, que era un hombre imposible en el corazón de Manuela. Más aún; con su perspicacia natural, con esa facilidad de percepción que tienen los enamorados humildes, había adivinado analizando detalle por detalle, al regresar tristemente de Yautepec todas las noches, sus estériles y cada vez más heladas entrevistas con la joven, que ésta no sólo sentía despego hacia él, sino repugnancia. Ahora bien: a la expresión de este sentimiento, que aun en un semblante hermoso es dura y desagradable, no podía resistir un alma altiva como la de Nicolás. Si él hubiera sido uno de esos muchachos tontos y fatuos que interpretan siempre el gesto y las palabras de las mujeres que aman, en el sentido menos desfavorable para ellos; si hubiese sido uno de esos hombres vengativos y

tenaces que hacen del sufrimiento un medio de triunfar y de vengarse; si por último, hubiese sido uno de esos viejos libertinos para quienes el deseo es una coraza que los hace invulnerables, y para quienes la posesión a toda costa es ya el único objeto de su amor sensual, Nicolás habría permanecido firme en su intento, sostenido por el apoyo de la madre, gran apoyo junto a una hija, por contraria que ésta se muestre.

Pero Nicolás era un hombre de otra especie. Indio, humilde obrero, él tenía, sin embargo, la conciencia de su dignidad y de su fuerza. Él sabía bien que valía, como hombre y como pretendiente, lo bastante para ser amado de Manuela. Su honradez inmaculada le daba un título; su posición, aunque mediana, pero independiente y obtenida merced a su trabajo personal, lo ennoblecía a sus ojos; su amor sincero, puro, que aspiraba a la dignidad conyugal y no a goces pasajeros del deseo material, le hacían valorizarlo y estimarlo, corno un tesoro que debía guardarse intacto.

En suma, él amaba tiernamente, con sumisión, pero con decoro, con pasión tal vez, pero con dignidad, y comprometer este decoro y esta dignidad en algún acto de humillación le habría parecido degradar su carácter y arrastrar por el suelo aquel sentimiento que llevaba tan alto.

Así pues, tan luego como Manuela, enamorada como estaba de otro hombre, creyó conveniente quitarse el velo del disimulo y comenzó a mostrar a Nicolás un desabrimiento[105] que éste conoció al instante, que fue aumentándose de día en día, y que acabó por convertirse en marcado gesto de repugnancia. Nicolás comenzó por sentirse lastimado profundamente en su orgullo de hombre y de amante, y acabó por experimentar la insoportable amargura de la humillación. Su amor, ya bastante desarraigado por los desaires anteriores, no pudo resistir a la última prueba, y fue desvaneciéndose a gran prisa en su corazón. El efecto de doña Antonia, un vislumbre de esperanza y cierto hábito contraído de ver a la joven todos los días, aún lo retenía débilmente, como lo hemos visto; pero al saber que aquella mujer a quien había creído insensible para él, pero honrada, había huido con el odioso bandido, cuyo nombre era espantoso de aquella comarca, una sorpresa dolorosa primero, y un sentimiento de desprecio después, se apoderaron de su alma.

105 *Desabrimiento:* Falta de sabor y, por extensión, disgusto o dureza de ánimo.

Después, este desprecio fue tornándose, al considerar la perversión de carácter de Manuela, en un sentimiento de otro género.

Era la repugnancia, pero la repugnancia que inspira la fealdad del alma; y después una viva alegría inundó su corazón.

Él, Nicolás, el pobre herrero de Atlihuayán, se había escapado de aquel monstruo. Había estado amando a un demonio creyéndolo un ángel. Hoy que se vela libre de él, se avergonzaba de su ceguedad de los primeros días, y se felicitaba de que el cielo o su buena suerte le hubiesen salvado del peligro de haberse enlazado con aquella criatura, o al menos de la desgracia de seguir amándola, lo que habría sido terrible para él, dado su carácter altivo e intensamente apasionado.

Lejos de eso, y como una compensación gratísima, precisamente en los momentos en que su espíritu había quedado enteramente despejado de las últimas nieblas que aquel afecto hubiera podido dejarle, cuando la serenidad acababa de restablecerse en su corazón, serenidad que no había sido bastante para turbar ni la indignación que lo había agitado, había visto surgir ante sus ojos una nueva imagen, más bella y dulce que la que había desaparecido, y había sentido, había comprendido que eso sí era el ángel bueno de su existencia. Ni podía menos; el amor de Pilar se había descubierto en un momento solemne y decisivo, sin interés y sin esperanzas, con todos los caracteres de abnegación, de generoso sacrificio, de resolución heroica que deben ser las cualidades del afecto extraordinario. ¿Cómo no sentirse subyugado en el instante por un amor tan poderoso? Nicolás no sólo sintió penetrar en su alma, como un torrente de fuego, aquel amor nuevo y luminoso, sino que experimentó algo como un remordimiento, como vergüenza de no haber abierto antes los ojos a la dicha, de no haber adivinado el afecto que inspiraba y que seguramente había vivido oculto cerca de él, protegiéndolo, envolviéndolo en una atmósfera de simpatía y de cariño. ¡Y él, cómo habría hecho sufrir a la bella y modesta joven con su aparente galantería para Manuela! ¡Quizás la habría lastimado alguna vez, quizás habría sido cruel, sin quererlo, hiriendo la delicadeza de aquel corazón tierno y blando como una sensitiva!

Tal idea lo hacía aparecer a sus propios ojos como inferior a su amada de hoy, pero no con esa inferioridad que humilla, sino con la

inferioridad del creyente para con su Dios, sentimiento que aviva y aumenta el amor, porque lo complica con la admiración y la gratitud.

Tales reflexiones ocuparon el ánimo de Nicolás durante el camino de Cuautla a Yautepec, que recorrió impaciente y a todo el galope de su caballo, atravesando el bosque de cazahuates[106] y las haciendas de Cocoyoc, de Calderón y de San Carlos, que bordan aquella llanura pintoresca. Por fin pasó el río, atravesó las callejuelas, palpitándole el corazón, y se apeó en la puerta de la casa de doña Antonia. ¿Qué noticias iba a recibir?

106 *Cazahuete:* Arbusto de aproximadamente tres metros de altura típico de Morelos. En otoño sus ramas se cargan de flores blancas.

– XVI –
Amor puro

Obscurecía ya cuando Nicolás penetró en las piezas de la casa de doña Antonia. Al ruido de sus pasos, una mujer se adelantó a su encuentro, y apenas le reconoció, a la débil luz crepuscular que aún permitía distinguir los objetos, cuando se echó en sus brazos sollozando.

Era Pilar.

Nicolás, al sentir contra su seno aquella mujer, hoy intensamente amada, sintió como un vértigo de pasión y de placer. Era la primera vez de su vida que conocía tamaña felicidad, él, que hasta ahí sólo había podido saborear los amargos dejos del desengaño; él que siempre desamado, se habría considerado feliz con una mirada sola de simpatía, ahora recibía a torrentes, en una explosión amorosa, toda aquella dicha que antes no se hubiera atrevido siquiera a soñar.

Y ella estaba allí, la bellísima joven, que había ocupado su pensamiento en aquellos días de prisión y en aquellas noches de insomnio; y sentía sus hermosos brazos de virgen enlazar su cuello, y palpitar su corazón enamorado junto a aquel corazón que ya no latía sino para ella, y sentía sus lágrimas humedecer sus manos y su aliento bañar como un dulce aroma su semblante. Nicolás no podía hablar. Era presa de una emoción avasalladora y que paralizaba sus facultades.

Por fin, después de haber estrechado a la joven con un arrebato amoroso más significativo que diez declaraciones, le dijo, besándola en la frente:

—Pilar mía; ahora sí ya nada ni nadie nos separará. Lo que siento es no haber conocido antes dónde estaba mi dicha; pero, en fin,

bendigo hasta los peligros que acabo de pasar, puesto que por ellos he podido encontrarla.

Pilar, como toda mujer, y aunque rebosando amor y felicidad, no pudo substraerse a un vago sentimiento de temor y de recelo. No estaba todavía bastante segura de que en el corazón de Nicolás hubiera desaparecido completamente aquel antiguo amor a Manuela, quizás exacerbado aún por todo lo que acababa de pasar. Así es que, fijando los ojos con timidez en los del herrero, se atrevió a preguntarle, con un acento en que se traslucía el miedo de perder aquella dicha suprema:

—¿Pero es cierto, Nicolás? ¿Me quiere usted como a Manuela?

—¿Como a Manuela? –interrumpió Nicolás, con vehemencia– ¡Oh, Pilar!, no me haga usted esa pregunta, que me lastima. ¿Cómo puede usted comparar el amor que hoy le manifiesto, y que siento, con el afecto que tuve a aquella desgraciada? Aquél fue un sentimiento del que hoy tengo vergüenza. Ni sé cómo pude engañarme tan miserablemente ni alcanzo a explicar a usted lo que me pasaba. Quizás sus desaires, su frialdad me exaltaban y me hacían obstinarme; pero si he de decir a usted la verdad de lo que sentía, cuando a mis solas y lejos de aquí me ponía a reflexionar, examinando el estado de mi corazón, le confieso que aquello no era amor, no era este cariño puro y apasionado que usted me hace sentir ahora, sino como una enfermedad de la que yo quería librarme, y como un capricho en que estaba interesado mi amor propio, pero no mi felicidad. Pero todavía quiero decir a usted, aun cuando no lo crea, que ya en los últimos días este capricho no existía, ese afecto había desaparecido; Manuela no me producía ya la impresión que al principio, y si no hubiera sido porque la señora se había empeñado en convencerla de que debía casarse conmigo, y me había hecho entender que al fin lo lograría, que no perdiera yo la esperanza y que contara con su apoyo, francamente, quizás habría yo acabado por aborrecer a Manuela, o al menos por olvidarla, y habría dejado de venir a esta casa.

—¿Pero, mi madrina?... ¿Y yo?... ¿No pensaba usted en nosotras? –preguntole Pilar en tono de queja.

—¡Ah, sí! –replicó Nicolás–, la señora, la pobrecita señora era digna de todo mi cariño... En cuanto a usted, Pilar, ¿debo decirlo?,

ni me atrevía a soñar siquiera en ser amado por usted; ya había comprendido cuán dichoso sería el hombre amado por usted; ya había levantado hasta usted mis ojos llenos de esperanza, pero los había vuelto a bajar con tristeza, pensando en que usted tampoco había de quererme. Me parecía usted más alta que Manuela para mí. Y luego, pensar en usted, decirle a usted algo, después de los desaires de Manuela, sufridos en presencia de usted, me parecía indigno. ¡Si hubiera yo adivinado!... Con que ya ve usted que no ahora, mucho antes, aquel afecto para Manuela había acabado. ¿Duda usted todavía? ¿Cree usted que el amor que le tengo, y que ha crecido por años en tan pocos días, se parezca al sentimiento que abrigué por esa infeliz, y que se ha convertido ahora en un desprecio espantoso?...

—Ya no dudo, Nicolás, ya no dudo –dijo la joven estrechando las manos del herrero entre las suyas–. Y aunque dudara –añadió suspirando–, mi felicidad consiste en este amor que siento por usted hace mucho tiempo, que he guardado en el fondo de mi corazón, sin esperanza entonces, aumentado cada día por el dolor y los celos, y que sólo ha podido revelarse en el momento en que corría usted peligro y que yo estaba próxima a perder el juicio. Yo no podía esperar que usted me amase. Al contrario, estaba segura de que usted amaba a Manuela más que nunca, quizás porque la había perdido para siempre; pero no fui dueña de mí, no pude contenerme, no di oídos más que a mi corazón.

—Pero, niña –dijo Nicolás, en tono de reconvención–, usted me juzgó mal, quizás porque no conocía bien mi carácter. Para amar todavía a Manuela, a pesar de lo que había hecho, se necesitaba, en primer lugar haberla amado de veras, y acabo de decir a usted que no era así, y después se necesitaba ser un hombre vulgar, y yo, aunque humilde, aunque obrero rudo, aunque indio sin educación, y sin otros ejemplos, puedo asegurar a usted que no soy vulgar, que me siento incapaz de estimar un objeto indigno, y que para mí la estimación es precisamente la base del amor. ¿Yo había de seguir queriendo a una perdida que se dejaba robar por un asesino y un ladrón? ¡Imposible, imposible! De padres a hijos, en mi familia india, nos hemos transmitido las ideas de honradez altiva que tantas veces me han echado aquí en cara, como un defecto, y que me han granjeado algunos ene-

migos. Nosotros hemos sido pobres, muy pobres, pero alguna vez yo contaré a usted cómo mis antepasados, en sus montañas salvajes, en sus cabañas humildísimas han sabido, sin embargo, conservar siempre su carácter limpio de toda mancha de humillación o de bajeza. Han preferido morir a degradarse, y eso no por vanidad, ni por conservar una herencia de honor, sino porque tal es nuestra naturaleza. La altivez en nosotros es parte de nuestro ser. Así, pues, figúrese usted si pudiera haber sentido por Manuela, después de lo que ha hecho, otro sentimiento que el de una compasión despreciativa. Hacer otra cosa hubiera sido una degradación... ¿Está usted convencida?

—Sí, Nicolás –dijo apresuradamente la joven–, perdóneme usted; pero a pesar de que conocía su carácter, mi cariño, mi pobre cariño, nacido en medio de los celos, me hacía ciega y desconfiada.. ¡No me guarde usted rencor!...

—No, lo que guardo a usted, buena y hermosa niña, es un amor santo y eterno... ¿quiere usted ser mí esposa, luego?

¡Oh! –dijo llorando Pilar–, será mi felicidad; pero hemos hablado largamente, nos hemos extraviado, hemos olvidado el mundo, Nicolás, y estamos hablando cerca de una moribunda..., mi madrina...

—¡Oh, sí, la señora!...

—Mi madrina se muere –exclamó Pilar con abatimiento–; hace dos días que no toma alimento ninguno, su debilidad es muy grande, la fiebre violenta, y todos dicen que no tiene remedio.

Nicolás, al saber esta noticia, inclinó la cabeza lleno de pesadumbre.

– XVII –
La agonía

En efecto, los dos jóvenes, en su éxtasis amoroso, habían olvidado un momento a la pobre doña Antonia, que yacía moribunda en la pieza cercana. Hemos dicho que desde el día siguiente a la fuga de su hija, conmovida por la terrible crisis que había sufrido, más que a causa de la humedad, a que había estado expuesta durante muchas horas, la desdichada anciana había caído en cama, atacada de una fiebre cerebral.

Inútiles habían sido los cuidados que se le habían prodigado por las personas caritativas y amigas que la asistían, particularmente por Pilar, que como una hija amorosa, no se había separado un instante de su lado. La experiencia de aquellas buenas gentes, a falta de médico, y todos sus esfuerzos, se habían estrellado contra la gravedad del mal. La señora se moría, y Nicolás llegaba precisamente en los momentos en que la agonía tocaba a su término. Nicolás, profundamente consternado, penetró en la estancia de la enferma débilmente alumbrada, y en la que fue saludado afectuosamente por las pocas personas que allí había.

Pilar, que le había precedido, se acercó al lecho de su madrina, y llamándola varias veces, la dijo que Nicolás estaba cerca de ella y que deseaba hablarla.[107] La anciana, como si despertara de un profundo letargo, procurando reunir las pocas fuerzas que le quedaban, levantó la cabeza, se fijó en el herrero, que le alargaba las manos cariñosamente, y entonces, reconociéndole, lanzó un débil grito, tomó aquellas manos entre las suyas, las besó repetidas veces, murmurando: «¡Nicolás! ¡Nicolás! ¡Hijo mío!» y luego cayó desplomada, como si aquel

107 *Hablarla:* Laísmo, por «hablarle.»

esfuerzo supremo hubiera agotado su existencia. Nicolás se inclinó al borde de aquel lecho de muerte, y allí, ese hombre de hierro a quien no habían logrado abatir ni las desgracias ni los peligros, se puso a llorar amargamente, afligido ante tamaña desdicha y maldiciendo al destino, que tales injusticias comete.

Doña Antonia aún vivió algunas horas, pero la agonía había sido demasiado prolongada, la vida se había extinguido bajo el peso de tantos sufrimientos, y antes de concluir la noche, aquella anciana virtuosa e infortunada exhaló el último suspiro en los brazos de su ahijada Pilar y junto al hombre a quien había amado como a un hijo.

El dolor de la pobre niña fue inmenso. Acostumbrada desde su juventud a ver en doña Antonia a una segunda madre, a quien amaba, además, por su bondadoso carácter y por sus altas y sólidas virtudes, Pilar le era adicta sinceramente, y considerándola ahora abandonada por su hija, con el desinterés y la abnegación que son propios de las almas inteligentes y generosas, su adhesión y su amor se habían convertido en pasión filial. Así es que sus cuidados, durante la enfermedad de la anciana, habían sido exquisitos, y las vigilias y la inquietud sufridas se revelaban en su bello semblante, pálido y demacrado.

La muerte de su madrina, por esperada que hubiese sido, le produjo un abatimiento indecible, y si, afortunadamente para ella, el amor de Nicolás, confesado ya de una manera tan firme y tan resuelta, no hubiera venido a consolarla y fortalecerla, como un rayo de sol, seguramente el alma de la buena y sensible joven habría visto el mundo como una noche sombría y pavorosa. Pero Nicolás estaba allí, su esposo futuro. El cielo se lo enviaba justamente en los instantes de mayor amargura para ella, huérfana infeliz, sin patrimonio, sin más apoyo que dos tíos ancianos, y en medio de aquella situación llena de peligros para todos. Entonces consideró al joven, no sólo como el elegido de su corazón, sino como a su salvador, a su Providencia, y fuertemente conmovida por aquel cambio súbito de su suerte, por aquel socorro inesperado que parecía enviarle Dios, como para recompensarla de sus aflicciones y tristezas, la joven, dando tregua a sus sollozos, cayó de rodillas y oró fervorosamente, con un sentimiento en que se mezclaban el dolor y la gratitud al mismo tiempo.

Sacola de su arrobamiento la voz de Nicolás, que le dijo con ternura y con gravedad religiosa, extendiendo la mano hacia el cadáver de la anciana:

—Pilar, yo le juro a usted sobre ese cadáver que seré su esposo, y que no esperaré para realizar mi promesa más que el tiempo de luto. Es usted un ángel que yo no merezco.

Pilar se echó en sus brazos llorando; los circunstantes, conmovidos ante aquella escena, procuraron también consolar a la joven, y Nicolás salió inmediatamente para preparar los funerales de doña Antonia. Como la anciana poseía algunos intereses, era preciso asegurarlos, puesto que no había dejado testamento, y que la única hija que tenía había abandonado la casa materna.

Desde luego, las autoridades locales quisieron disponer que se vendiese la casa y la huerta, para atender a los gastos precisos; pero Nicolás se opuso a ello, ofreciendo hacer los gastos por su cuenta, como un homenaje a la memoria de su virtuosa amiga. Rehusó también encargarse del cuidado y administración de aquellos pocos bienes, que las autoridades le confiaban, alegando razones de delicadeza bien comprensibles en su situación; de modo que aquel modesto patrimonio fue ocupado legalmente, pero sin intervención del honrado herrero.

Sepultada la señora, a cuyo entierro concurrieron todas las personas que habían estimado sus virtudes todo volvió a la vida normal, es decir, a aquella vida llena de zozobras y de peligros que hemos descripto. Nicolás se fue a su herrería de Atlihuayán, más querido aún por sus patrones, a causa de su noble conducta; Pilar volvió a la humildísima casa de sus tíos, que se convirtió para ella en un edén, porque su esposo futuro, esperando la fecha señalada, la visitaba todas las tardes, como lo hacía en otro tiempo en casa de Manuela.

¿Y ésta? Veamos lo que le pasaba.

– XVIII –
Entre los bandidos

Manuela, apasionada del Zarco y por lo mismo ciega, no había previsto enteramente la situación que la[108] esperaba, y si la había previsto, no se había formado de ella sino una idea convencional.

Su fantasía de mujer enamorada e inexperta le representaba la existencia en que iba a entrar como una existencia de aventuras, peligrosas, es verdad, pero divertidas, romancescas originales, fuertemente atractivas para un carácter como el suyo, irregular, violento y ambicioso.

Como hasta allí, y desde que se había soltado esa nueva plaga de bandidos en la tierra caliente, al acabar la terrible guerra civil que había destrozado a la República por espacio de tres años, y que se conoce en nuestra historia con el nombre de Guerra de Reforma,[109] no puede decirse que se hubiera perseguido de una manera formal a tales facinerosos, ocupado como estaba el gobierno de la nación en luchar todavía con los restos del ejército clerical. Manuela no había visto nunca levantarse un patíbulo para uno de esos compañeros de su amante.

Al contrario, había visto a muchísimos pasearse impunemente por las poblaciones y los campos, en son de triunfo, temidos, respetados y agasajados por los ricos, por las autoridades y por toda la gente.

Si alguna persecución se les hacía, de cuando en cuando, como aquella que había fingido el feroz comandante, conocido nuestro, era más bien por fórmula, por cubrir las apariencias; pero en el fondo, las autoridades eran impotentes para combatir a tales adversarios, y todo el mundo parecía resignado a soportar tan degradante yugo.

Manuela, pues, se figuraba que esa situación, por pasajera que

---

108 ... *que la esperaba:* Laísmo, por «le» esperaba.

109 *Guerra de Reforma:* Guerra civil (1857-60) entre liberales y conservadores que se desencadenó a raíz de la Constitución liberal de 1857.

fuese, aún debía durar mucho, y que el dominio de los plateados iba consolidándose en aquella comarca. Además, era ella muy joven para recordar las tremendas persecuciones y matanzas llevadas a cabo contra los bandidos de otras épocas por fuerzas organizadas por el gobierno del Estado de México y puestas a las órdenes de jefes enérgicos y terribles, como el célebre Oliveros.[110]

Eso había pasado en tiempos ya remotos, a pesar de que no habían transcurrido desde tales sucesos ni quince años. Por otra parte, las circunstancias eran diversas. En aquella época se trataba de perseguir a cuadrillas de salteadores vulgares, compuestas de diez, de veinte, a lo sumo de cuarenta bandidos, que se dispersaban al menor ataque y cuyo recurso constante era la fuga. Se estaba en una paz relativa, y podían las fuerzas organizadas de varios Estados concurrir a las combinaciones para atacar a una partida numerosa; las poblaciones y los hacendados ricos podían prestar sus auxilios, las escoltas recorrían constantemente los caminos, y hombres conocedores de todas las guaridas servían de guías, o eran los perseguidores.

Pero ahora era diferente. Ahora el gobierno federal se hallaba demasiado preocupado por la guerra que aún sostenían las huestes de Márquez, de Zuloaga,[111] de Mejía[112] y de otros caudillos clericales, que aún reunían en torno suyo numerosos partidarios; la intervención extranjera[113] era una amenaza que comenzaba a traducirse en hechos, precisamente en el tiempo en que se verificaban los sucesos que relatamos, y como era natural, la nación toda se conmovía, esperando una invasión extranjera que iba a producir una guerra sangrienta y larguísima, que, en efecto, se desencadenó un año después y que no concluyó con el triunfo de la República sino en 1867.[114]

---

110 *El célebre Oliveros:* Ignacio Oliveros fue jefe de Seguridad Pública de Morelos y Cuautla a mediados del siglo XIX. Autor de documentos y panfletos destinados a combatir la proliferación de salteadores que operaba a lo largo del Camino Real.

111 *Zuloaga:* Félix María Zuloaga (1813–98), militar y político conservador, fue elegido presidente de México en 1858 de acuerdo al Plan de Tacubaya que desconocía la Constitución liberal de 1857. Después de triunfar la República, fue perseguido por su participación en el asesinato de Melchor Ocampo. Posteriormente, durante el imperio de Maximiliano, abandonó el país exiliándose en Cuba.

112 *Mejía:* Tomás Mejía (1820–67), militar conservador de ascendencia otomí. Luchó contra el invasor norteamericano en la batalla de la Angostura. Más tarde, apoyó al imperio y se desempeñó como comandante militar de Maximiliano en Tamaulipas. Al caer Querétaro, fue fusilado en el Cerro de las Campanas junto a Miguel Miramón y Maximiliano.

113 *Intervención extranjera:* Ver nota 57.

114 *... triunfo de la República ... en 1867:* Altamirano se refiere a la caída del Imperio que selló la toma de Querétaro y el fusilamiento de Maximiliano en el cerro de las Campanas.

Todas estas consideraciones no podían venir al espíritu de la joven con la lucidez con que se presentaban a los ojos de las personas sensatas; pero ella oía hablar a las gentes serias que visitaban a doña Antonia o ésta le trasmitía los rumores que circulaban, y aunque vagamente, como las gentes de la muchedumbre suelen resumir la situación pública, pero de un modo exacto, ella sacaba las consecuencias que le importaban para su vida futura.

Por lo demás, el estado que guardaban las cosas en la tierra caliente, era demasiado claro para que Manuela pudiera abrigar grandes temores por la vida del Zarco.

Lo cierto era que los plateados dominaban en aquel rumbo, que el gobierno federal no podía hacerles nada, que el gobierno del Estado de México, entonces desorganizado, y en el que los gobernadores, militares o no, se sucedían con frecuencia, tampoco podía establecer nada durable; que los hacendados ricos tenían que huir a México y cerrar sus haciendas o someterse a la dura condición de rendir tributo a los principales cabecillas, so pena de ver incendiados sus campos, destruidas sus fábricas y muertos sus ganados y sus dependientes.

Lo cierto era que no se trataba ahora de combatir a cuadrillas de pocos y medrosos ladrones como aquéllos a quienes se había perseguido en otro tiempo, sino a verdaderas legiones de quinientos, mil y dos mil hombres que podían reunirse en un momento, que tenían la mejor caballada y el mejor armamento del país, que conocían éste hasta en sus más recónditos vericuetos; que contaban en las haciendas, en las aldeas, en las poblaciones, con numerosos agentes y emisarios reclutados por el interés o por el miedo, pero que les servían fielmente, y por último, que aleccionados en la guerra que acababa de pasar, y en la que muchos de ellos habían servido tanto en un bando como en otro, conocían las tácticas lo bastante para presentar verdaderas batallas, en las que no pocas veces quedaron victoriosos.

Así, pues, Manuela, a quien el Zarco había también instruido en sus frecuentes entrevistas acerca de las ventajas con que contaban los bandidos, acababa por disipar sus dudas, sabiendo que su amante pertenecía a un ejército de hombres valerosos, resueltos y que contaban con todos los elementos para establecer en aquella desdichada tierra un dominio tan fuerte como duradero.

De modo que, por una parte, con el impulso irresistible de su pasión, y por otra, convencida por todas las razones que le daba su amante y el temor de las gentes que la habían rodeado, acabó por confiarse resueltamente a su destino, segura de que iba a ser tan feliz como en sus sueños malsanos lo había concebido.

Pero, en resumen, Manuela, que no había hecho más que pensar en los plateados desde que amaba al Zarco, no conocía realmente la vida que llevaban esos bandidos, ni aun conocía personalmente de ellos más que a su amante. Los había visto varias veces en Cuernavaca desfilar ante sus ventanas, formando escuadrones; pero la rapidez de ese desfile y la circunstancia de no haberse fijado con atención más que en el Zarco, que fue quien la cautivó desde entonces por su gallardía y su lujo, impidieron que pudiese distinguir a ningún otro de aquellos hombres.

Después, retraída en Yautepec, y encerrada, justamente por el miedo que tenía doña Antonia de que fuese vista por semejantes facinerosos, Manuela no había vuelto a ver a ninguno de ellos, pues cuando habían llegado a entrar de día en la población, había tenido que esconderse, ya en el cuarto, ya en lo más oculto de las huertas, donde la gente se preparaba escondrijos, en los que permanecían días enteros, hasta que pasaba el peligro.

Así, pues, no conocía a los bandidos más que de oídas, ya por los relatos seductores que le hacía el Zarco, entremezclados, sin embargo, de alusiones de peligros pasajeros, que, lejos de asustarla, le causaban emociones punzantes, o ya por las terribles narraciones de la gente pacífica de Yautepec, abultadas todavía más por doña Antonia, cuya imaginación había acabado por enfermar.

De estas noticias tan contradictorias, Manuela, con una parcialidad muy natural en quien amaba a un bandido, habíase formado una idea siempre favorable para éste y ventajosa para ella.

Pensaba que el terror de las gentes exageraba los crímenes de los plateados; que con la mira de inspirar mayor horror hacia ellos, sus enemigos los pintaban como a monstruos verdaderamente abominables[115] y que no tenían de humano más que la figura; que la vida de crápula[116] constante en que se les suponía encenagados[117] cuando no andaban en asaltos y matanzas, no era más que una ficción de las

115 *Abominable:* Profundamente desagradable, digno de ser abominado.
116 *Crápula:* Hombre que lleva una vida licenciosa.
117 *Encenegado:* Embarrado, empantanado.

gentes, aterradas o llenas de odio; que los suplicios espantosos a que condenaban a sus víctimas no eran más que ponderaciones[118] a fin de infundir pavor y arrancar dinero más fácilmente a las familias de los plagiados.

Ella creía que el Zarco y sus compañeros eran ciertamente bandidos, es decir, hombres que habían hecho del robo una profesión especial. Ni esto le parecía tan extraordinario en aquellos tiempos de revuelta, en que varios jefes de los bandos políticos que se hacían la guerra hablan apelado muchas veces a ese medio para sostenerse. Ni el plagio, que era el recurso que ponían más en práctica los plateados, le parecía tampoco una monstruosidad, puesto que, aunque inusitado antes, y por consiguiente nuevo en nuestro país, había sido introducido precisamente por facciosos políticos y con pretextos también políticos.

De manera que, a sus ojos, los plateados eran una especie de facciosos en guerra con la sociedad, pero por eso mismo interesantes; feroces, pero valientes; desordenados en sus costumbres, pero era natural, puesto que vivían en medio de peligros y necesitaban de violentos desahogos como compensación de sus tremendas aventuras.

Razonando así, Manuela acababa por figurarse a los bandidos como una casta de guerreros audaces y por dar al Zarco las proporciones de un héroe legendario.

Aquella misma guarida de Xochimancas y aquellas alturas rocallosas de las montañas en que solían establecer el centro de sus operaciones los plateados, aparecían en la imaginación de la extraviada joven como esas fortalezas maravillosas de los antiguos cuentos, o por lo menos como los campamentos pintorescos de los ejércitos liberales o conservadores que se había visto aparecer, no hacía mucho, en casi todos los puntos del país.

Todo esto había pensado Manuela en sus horas de amor y de reflexión y ya resuelta a compartir la suerte del Zarco.

Así es que la noche de la fuga, ella esperaba entrar en un mundo desconocido. De pronto, la noche tempestuosa, la lluvia, la emoción consiguiente al abandono de su casa y de su pobre madre, que siempre le hiciera mella,[119] a pesar de su pasión y de su perversidad, al verse ya entregada en alma y cuerpo al Zarco, todo esto le impidió comparar su situación con sus sueños anteriores y examinar a los compa-

118 *Ponderaciones:* Exageraciones.
119 *Hacer mella:* Causar algún efecto en alguien.

ñeros de su amante. Por otra parte, nada había aún de extraordinario en aquellos momentos. Se escapaba de su casa con el elegido de su corazón; éste, caballero y bandido, había tenido que acompañarse de algunos amigos que afrontasen el peligro con él y que le guardasen la espalda; he ahí todo. Ella no los conocía, pero le simpatizaban ya por el solo hecho de contribuir a lo que juzgaba su dicha.

Cuando obligados por la tempestad, tanto ella corno el Zarco y sus compañeros, se refugiaron en la cabaña del guardacampo de Atlihuayán, todos permanecieron en silencio y no echaron abajo sus embozos, de modo que así, en la obscuridad y sin hablar, Manuela no pudo distinguir sus fisonomías ni conocer el metal de su voz. Algunas palabras en voz baja, cruzadas con el Zarco, fueron las únicas que interrumpieron aquel silencio que exigía el lugar.

Pero cuando a las primeras luces del alba, y calmada ya la lluvia, el Zarco dio orden de montar, Manuela pudo examinar a los compañeros de su amante: embozados[120] en sus jorongos,[121] siempre cubiertos hasta los ojos, con sus bufandas, no dejaban ver el rostro; pero su mirada torva[122] y feroz produjo un estremecimiento involuntario en la joven, habituada a las descripciones que se le hacían de estas figuras de facinerosos: Entonces fue cuando Manuela, en un pedazo de papel que le dio el Zarco, escribió con lápiz aquella carta dirigida a doña Antonia en la que le daba parte de su fuga.

Después, echáronse a andar los prófugos con dirección a Xochimancas, encumbrando rápidamente la montaña en que vimos aparecer al Zarco la primera vez.

La comitiva continué callada. De vez en cuando, Manuela, que iba delante con el Zarco, escuchaba ciertas risas ahogadas de los bandidos, a las que contestaba el Zarco volviéndose y guiñando el ojo, de un modo malicioso que disgustó a la joven.

Después la cabalgata comenzó a entrar en un laberinto de veredas, unas serpenteando a través de pequeños valles encajados entre las altas rocas, y otras frecuentadas por bandidos y leñadores.

Por fin, poco antes de mediodía se divisaron por entre una abra,[123] formada por dos colinas monstruosas, las ruinas de Xochimancas, madriguera entonces de los plateados.

---

120 *Embozado:* Con el rostro cubierto hasta la nariz o los ojos.

121 *Jorongo:* Poncho.

122 *Torva:* Se dice de la mirada espantosa, fiera, difícil de sostener (*RAE*).

123 *Abra:* Apertura entre dos montañas.

De una altura que dominaba aquella hacienda arruinada se oyó un agudo silbido, al que respondió otro lanzado por el Zarco, e inmediatamente un grupo de jinetes se desprendió de entre las ruinas y a todo galope se acercó a reconocer la cabalgata del Zarco, llevando cada uno de aquellos jinetes su mosquete preparado.

El Zarco se adelantó, y rayando el caballo,[124] habló con los del grupo, que se volvieron a toda brida[125] a Xochimancas a dar parte.

Pocos momentos después, el Zarco dijo a Manuela, con tono amoroso:

—Ya estamos en Xochimancas, mi vida, ahí están todos los muchachos.

En efecto, por entre las viejas y derruidas paredes de las casuchas del antiguo real, así como en los portales derrumbados y negruzcos de la casa de la hacienda, Manuela vio asomarse numerosas cabezas patibularias,[126] todas cubiertas con sombreros plateados, pero no pocas con sombreros viejos de palma; aquellos hombres, por precaución, tenían todos en la mano un mosquete o una pistola. Algunas veces, al atravesar la comitiva, gritaban continuamente:

—¡Miren al Zarco! ¡Qué maldito!... ¡Qué buena garra[127] se trae!

—¿Dónde te has encontrado ese buen trozo, Zarco de tal? –preguntaban otros riendo.

—Ésta es para mí no más –contestaba el Zarco en el mismo tono.

—¿Para ti no más?... Pos[128] ya veremos... –replicaban aquellos bandidos–. ¡Adiós güerita,[129] es usted muy chula[130] para un hombre solo!

—¡Si el Zarco tiene otras! ¿pa qué quiere tantas? –gritaba un mulato horroroso que tenía la cara vendada.

El Zarco, enfadado al fin, se volvió, y dijo con ceño:

—¡Se quieren callar, grandísimos!...

Un coro de carcajadas le contestó; la comitiva apretó el paso con dirección a una capilla arruinada, que era el alojamiento del Zarco, y éste dijo a Manuela, inclinándose a ella y abrazándola por el talle:

---

124 *Rayar el caballo:* Hacer sentar el caballo sobre los cuartos traseros con un ágil movimiento de riendas.

125 *A toda brida:* A toda carrera, sin usar las riendas o los frenos del caballo.

126 *Patibularia:* Que produce espanto, como los condenados al patíbulo.

127 *Garra:* Mujer, en lenguaje popular.

128 *Pos:* Forma vulgar de pues.

129 *Güero/a, güerito/a:* Popularmente en México se usa para referirse a una persona rubia o de tez clara.

130 *Chula:* Mexicanismo, linda, bonita.

—No les hagas caso, son muy chanceros.[131] ¡Ya los verás qué buenos son!

Pero Manuela se sentía profundamente contrariada. Vanidosa, como era, y aunque sabiendo que se entregaba a un forajido, ella esperaba que este forajido, que ocupaba un puesto entre los suyos, semejante al que ocupa un general entre sus tropas, tuviese sus altos fueros y consideraciones. Creía que los capitanes de bandoleros eran alguna cosa tan temible que hacían temblar a los suyos con sólo una mirada, o bien que eran tan amados, que no veían en torno suyo más que frentes respetuosas y no escuchaban más que aclamaciones de entusiasmo. Y aquella recepción en el cuartel general de los plateados, la había dejado helada. Más aún, se había sentido herida en su orgullo de mujer, y puede decirse en su pudor de virgen, al oír aquellas exclamaciones burlonas, aquellas chanzonetas malignas con que la habían saludado al llegar, a ella, que por lo menos esperaba ser respetada yendo al lado de uno de los jefes de aquellos hombres.

Porque, en efecto, ella no podía olvidar tan pronto, por corrompida que se hallara moralmente, y por cegada que estuviera por el amor y la codicia, que era una doncella, una hija de padres honrados, una joven que, hacía poco, estaba rodeada por el respeto y la consideración de todos los vecinos de Yautepec. Jamás, en su vida, habían llegado a sus oídos expresiones tan cínicas como las que acababa de escuchar, ni las galanterías que suelen dirigirse a las jóvenes hermosas, y que alguna vez se habían arrojado a su paso tenían ese carácter de infame desvergüenza y de odiosa injuria que acababan de lanzarle al rostro en la presencia misma del que debía protegerla, de su amante.

Sintió, pues, que el semblante se le encendía de cólera; pero cuando el Zarco se volvió hacia ella, risueño, para decirla[132]: «¡No les haga caso!», su amante le pareció, no solamente tan cínico como sus compañeros, sino cobarde y despreciable. Díjose a sí misma, y por una comparación muy natural en aquel momento, que Nicolás, el altivo herrero indio, cuyo amor había desdeñado, no habría permitido jamás que la amada de su corazón fuese ultrajada de esa manera. Por rápido que hubiera sido ese juicio, le fue totalmente desfavorable al Zarco, quien, si hubiese podido contemplar el fondo del pensamiento de Ma-

131 *Chancero:* Que acostumbra bromear (*RAE*).
132 *Decirla:* Laísmo, por «decirle.»

nuela, se habría estremecido viendo nacer en aquella alma, que rebosaba amor hacia él, como una flor pomposa, el gusano del desprecio.

La intensa palidez que sucedió al rojo de la indignación en el semblante de la joven, debió ser notable, porque el Zarco la advirtió, e inclinándose de nuevo hacia ella, le dijo con tono meloso:

—¡No te enojes, mi alma, por lo que dicen esos muchachos! Ya te he dicho que tienen modos muy diferentes de los tuyos. ¡Es claro, pues, si no somos frailes ni catrines! Nosotros tenemos nuestros dichos aparte, pero es necesario que te vayas acostumbrando, porque vas a vivir con nosotros, y ya verás que todos esos chanceros son buenos sujetos y que te van a querer mucho. ¡Te lo dije, Manuelita, te dije que no extrañaras, y tú me has prometido hacerte a nuestra vida!

Este *te lo dije* del Zarco resonó como un latigazo en los oídos de la atolondrada joven. En efecto, comenzaba a sentir la indiscreción de su promesa y los extravíos y ceguedades de la pasión. Inclinó la cabeza y no contestó al Zarco sino con un gesto indescriptible en que se mezclaban la repugnancia y el arrepentimiento.

Entretanto, habían llegado ya a la capilla arruinada que servía de alojamiento al Zarco, pues las habitaciones de la antigua casa de la hacienda estaban reservadas a otros jefes de aquellos bandoleros.

Aquel lugar, antes sagrado, se hallaba convertido ahora en una guarida de chacales. En la puerta, y a la sombra de algunos arbolillos que habían arraigado en las paredes llenas de grietas o entre las baldosas desunidas y cubiertas de zacate,[133] estaban dos grupos de bandidos jugando a la baraja en torno de un zarape[134] tendido, que servía de tapete[135] y contenía las apuestas, los naipes y algunas botellas de aguardiente de caña y vasos. Algunos de los jugadores se hallaban sentados en cuclillas, otros con las piernas cruzadas, otros estaban tendidos boca abajo, unos tarareaban con voz aguda y nasal canciones tabernarias,[136] todos tenían los sombreros puestos y todos estaban armados hasta los dientes. No lejos de ellos se hallaban sus caballos, atados a otros árboles, desembridados,[137] con los cinchos[138] de las sillas flojos y comiendo algunos manojos de zacate de maíz, y por último,

133 *Zacate:* Del náhuatl *zacatl,* hierba, pasto.
134 *Zarape:* Especie de frazada de lana o algodón de colores vistosos.
135 *Tapete:* Alfombra.
136 *Tabernario:* Propio de tabernas. Dícese de algo bajo y grosero.
137 *Desembridado:* Sin frenos.
138 *Cincho:* Mexicanismo, cincha o faja con la que se ciñen los caballos.

trepado en una pared alta, vigilaba otro bandido, pronto a dar la señal de alarma en caso de novedad.

Así, pues, los malvados, aún seguros como se sentían en semejante época, no descuidaban ninguna de las precauciones para evitar ser sorprendidos, y sólo así se entregaban con tranquilidad a sus vicios o a la satisfacción de sus necesidades.

Manuela abarcó de una sola mirada semejante espectáculo, y al contemplar aquellas fisonomías de patíbulo, aquellos trajes cuajados de plata, aquellas armas y aquellas precauciones, no pudo menos de estremecerse.

—¿Quiénes son éstos? –preguntó curiosa al Zarco.

—¡Ah! –contestó éste– son mis mejores amigos, mis compañeros, los jefes... Félix Palo Seco, Juan Linares, el Lobo, el Coyote, y ese güerito que se levanta es el principal... es Salomé.

—¿Salomé Plasencia[139]?

—El mismo.

En efecto, era Salomé, el capataz más famoso de aquellos malvados, una especie de *Fra Diavolo*[140] de la tierra caliente, el flacucho y audaz bandolero que había logrado, merced a la situación que hemos descripto, establecer una especie de señorío feudal en toda la comarca y hacer inclinar, ante su miserable persona, las frentes más soberbias de los ricos propietarios del rumbo.

Salomé se adelantó a recibir al Zarco y a su comitiva.

—¿Qué hay, Zarco? –le dijo con voz aflautada y alargándole la mano–. ¡Caramba! –añadió mirando a Manuela–, ¡qué bonita muchacha te has sacado! –y luego, tocándose el sombrero y saludando a Manuela le dijo: –¡Buenos días, güerita..., bien haya la madre que la parió tan linda!...

Los otros bandidos se habían levantado también y rodeaban a los recién llegados, saludándolos y dirigiendo requiebros[141] a la joven. El Zarco se apeó, riendo a carcajadas, y fue a bajar a Manuela, que se hallaba aturdida y no acertaba a sonreír ni a responder a tales hombres. No estaba acostumbrada a semejante compañía y le era imposible imitar sus modales y su fraseología cínica y brutal.

—¡Vamos, aquí hay refresco! –dijo uno de los del grupo, trayendo

---

139 *Salomé Plasencia:* Ver nota 19.

140 *Fra Diavolo:* Héroe histórico que da título a la ópera cómica de Daniel F.E. Auber (1782–1871). Famoso bandido de origen napolitano que asoló el sur de Italia y, una vez hecho prisionero por las fuerzas francesas de ocupación, murió en el patíbulo en 1806.

141 *Requiebros:* Alabanzas, lisonjas.

un vaso de aguardiente, de ese aguardiente de caña fuerte, y mordente y desagradable que el vulgo llama chinguirito.

—No –dijo el Zarco, apartando el vaso–, esta niña no toma chinguirito, no está acostumbrada; lo que querernos es almorzar, porque hemos andado casi toda la noche y toda la mañana, y no hemos probado bocado.

—A ver, mujeres –gritó a las gentes que había dentro de la capilla, de la cual se exhalaba, juntamente con el humo de la leña, cierto olor de guisados campesinos–, hágannos de almorzar, y tomen esto –añadió alargando la maleta que contenía la ropilla de Manuela; ésta sólo conservó su saco de cuero, en que guardaba las alhajas, que nunca le parecieron más en peligro que en ese lugar.

Un grupo de mujerzuelas, desarrapadas y sucias, se apresuró a recibir la maleta, y los recién llegados penetraron en aquel pandemónium,[142] en que se aglomeraban objetos abigarrados y extraños, y gentes de catadura diversas.

Por acá, y cerca de la puerta, se veía la cocina de humo, es decir, el fogón de leña en que se cocían las tortillas, y junto al cual estaban la molendera[143] con su metate[144] y demás accesorios. Un poco más lejos había otro fogón, en el que se preparaban los guisados en ollas o en cazuelas negras. Del otro lado había sillas de montar puestas en palos atravesados, mecates en que se colgaba la ropa, es decir, calzoneras, chaquetas, zarapes, túnicos viejos de percal y lana; en un rincón se revolcaba un enfermo de fiebre, con la cabeza envuelta en un pañolón negro desgarrado y sucio; más allá un grupo de mujeres desgreñadas remendaban ropa blanca o hacían vendas, y al último, en el fondo de la capilla, junto al altar mayor, convertida en escombros, y dividida de la nave por una cortina hecha de sábanas y de petates, se hallaba la alcoba del Zarco, que contenía un catre de campaña, colchones tirados en el suelo, algunos bancos de madera y algunos baúles forrados de cuero. Tal era el mueblaje que iba a ofrecer aquel galán a la joven dama a quien acababa de arrebatar de su hogar tranquilo.

—Manuelita –le dijo, conduciéndola a aquel rincón, esto, como ves, está muy feo, pero por ahora hay que conformarse, ya tendrás otra cosa mejor. Ahora voy a traerte de almorzar.

La joven se sentó en uno de los bancos y allí cubierta con la cortina,

142 *Pandemónium:* Capital imaginaria del infierno.
143 *Molendera:* La que muele.
144 *Metate:* Del náhuatl *metlatl*, literalmente «piedra de mano» [que se usa para moler].

sintiéndose a solas, dejó caer la cabeza entre las manos, desfallecida, abismada; y oyendo las risotadas de los bandidos ebrios, sus blasfemias, las voces agudas de las mujeres; aspirando aquella atmósfera pesada, pestilente como la de una cárcel, no pudo menos que mesarse los cabellos desesperada, y derramando dos lágrimas que abrasaron sus mejillas como dos gotas de fuego, murmuró con voz enronquecida:

—Jesús!..., ¡lo que he ido a hacer!

– XIX –
Xochimancas

Hemos introducido al lector en una de las madrigueras de los famosos plateados, que por el tiempo nefasto que transcurrió de los últimos meses de 1861 a los últimos de 1862, sirvió de cuartel general a los temibles y espantosos bandidos que fueron la calamidad y la deshonra de nuestro país.

Era Xochimancas, y es todavía, una hacienda arruinada, es decir, una finca de campo, con buenos terrenos propios para el cultivo de la caña de azúcar o de maíz, con abundantes aguas y clima ardoroso, y en suma, con todos los elementos necesarios para una agricultura tropical, productiva y fecunda. El algodón, el café, el índigo,[145] la caña de azúcar pueden propagarse allí lo mismo que en los más fértiles terrenos de la cañada de Cuernavaca o de los distritos de Tetecala, de Yautepec, de Morelos o de Jonatepec, rindiendo al agricultor el ciento por uno.

¿Por qué en tal época no se veían en ese pequeño y ardiente valle las hermosas plantaciones de los ricos ingenios que en las otras comarcas que hemos mencionado?

No lo sabemos a punto fijo. Xochimancas, ya en aquel tiempo, era una ruina, pero ella revelaba que en épocas pasadas, desde la dominación colonial seguramente, había sido cultivada por los españoles como una buena finca de campo que rendía pingües productos. ¿De cuándo databa su decadencia y su ruina? No lo hemos averiguado, aunque hubiera sido fácil, ni importa gran cosa para la narración de estos sucesos.

Pero sí es evidente que el lugar es propio para el cultivo, y que sólo

145 *Índigo:* Añil. Planta de la que se obtiene una tintura de color azul.

la apatía, la negligencia o circunstancias muy particulares y pasajeras pudieron haberle convertido en una guarida de malhechores, en vez de haber presentado el aspecto risueño y halagador de un campo de trabajo y actividad, porque el nombre mismo, de origen nahuatl, indica que desde la época anterior a la conquista española este lugar era fértil y ameno, y tal vez en él tuvo asiento un pueblo de jardineros.

El ilustrado joven ingeniero Vicente Reyes, en su preciosa obra inédita intitulada *Onomatología geográfica* de Morelos,[146] dice, explicando el jeroglífico correspondiente a Xochimancas:

«Xochimancas. Hacienda de la Municipalidad de Tlaltizapán, en el distrito de Cuernavaca. –Etimología: Xochimanca, lugar de cuidadores y productores de flores; de *Xochimanqui,* el cuidador y productor de flores, y *ca.* Formamos el nombre pictórico con el grupo que en la colección Ramírez[147] sirve para descifrar la palabra Xochimancas, *Xochimanque*». Y luego citando al viejo cronista Sahagún[148], añade: «En la fiesta celebrada el tercer mes Tozostontli ofrecían las primicias de las flores que aquel año primero nacían en el *eu*[149] llamado Iopico,[150] y antes que las ofreciesen, nadie osaba oler flor alguna».

«Los oficiales de las flores que se llamaban Xochimanqui hacían fiesta a su diosa llamada Coatlycue, y por otro nombre Cuatlatona».[151]

Y el laborioso y erudito anticuario Cecilio A. Robelo, en sus *Nombres Geográficos Mexicanos del Estado de Morelos,*[152] obra apreciabilísima, dice, citando a otro antiguo cronista, Torquemada[153]: *Xochimancas. ¿Xochimán? Lugar en que se cuidaban o producían las flores que se ofrecían a los dioses.*

---

146 *Onomatología geográfica de Morelos:* El libro de Vicente Reyes que cita Altamirano se publicó en 1888 con el auspicio de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.

147 *Ramírez:* José Fernando Ramírez (1804-71), historiador, político y arqueólogo, su trabajo en el desciframiento de jeroglíficos permitió la interpretación de muchos códices prehispánicos, incluído el Calendario azteca.

148 *Sahagún:* Fr. Bernardino Sahagún (1499-1590) fue precursor de la etnografía nahuatl. Altamirano alude a su voluminosa e imprescindible *Historia general de las cosas de la Nueva España* que permaneció inédita hasta principios del siglo XIX.

149 *Eu o Cu:* Adoratorio azteca en forma de montículo.

150 *Iopico o Yopico:* Templo en México dedicado a la diosa Coatlicue.

151 *Coatlicue:* Diosa mexica que simboliza la guerra entre la vida y la muerte en una lucha tan constante como necesaria.

152 *Nombres geográficos mexicanos del Estado de Morelos:* Altamirano cita la primera edición del libro de Cecilio A. Robelo (1839-1916) que fue publicada en 1887. Autor de varios libros de topología nahuatl, Robelo fue diputado del Estado de Morelos y director del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología.

153 *Torquemada:* Juan de Torquemada (1557-1624), historiador franciscano, autor de *Monarquía Indiana* (1615), obra a la que alude Altamirano.

Entre las divinidades de los aztecas se hallaba la Cohuatlicue o Cohuatlantona, culebra resplandeciente, diosa de las flores, a la que ofrecían en el mes Tezostontli ramos de flores formados con precioso artificio. Los oficiales encargados del cultivo de esas flores y de formar los ramos se llamaban Xochimanqui. El lugar que en el Estado lleva el nombre de Xochimancas, estaba tal vez destinado para el jardín de la diosa, o para la morada de los *Xochimanqui,* y de ahí quizás tomó el nombre, cuya terminación, como nombre de lugar, no hemos podido encontrar.

Así, pues, parece que, en la antigüedad azteca este lugar, hoy abandonado y yermo, fue un jardín, seguramente un vasto jardín, tal vez una ciudad llena de huertos y de llores, un lugar ameno y delicioso consagrado al culto de la Flora Azteca, a cuyo pie los inteligentes y bravos *tlahuica*[154], habitantes de esta comarca y celebrados floricultores, ofrecían, como homenaje, ricos en aromas y colores, los más bellos productos de su tierra, amada del sol, del aire y de las nubes.

Sólo que, como dice nuestro sabio maestro el historiador Orozco y Berra,[155] «por regla general, no siempre es fácil señalar los pueblos actuales correspondientes a los nombrados en las antiguas crónicas, porque si muchos conservan su nombre primitivo, aunque estropeado, otros cambiaron de apelación, se transformaron en haciendas o ranchos o desaparecieron completamente».

Xochimancas se transformó seguramente después de la conquista, de jardín o ciudad de jardines en hacienda, con encomenderos[156]: y esclavos; después en ruinas y guaridas de fieras y reptiles, y al último en guarida de ladrones, y lo que es peor, y como vamos a verlo, en sitio de torturas y de asesinatos.

¡Triste suerte la de un lugar consagrado por los inteligentes y dulces indios a la religión de lo bello!

---

154 *Tlahuica:* Antiguos habitantes del Estado de Morelos, productores de algodón y flores.

155 *Orozco y Berra:* Manuel Orozco y Berra (1816–1881), ingeniero, historiador y político conservador, se lo reconoce por sus obras de geografía y cartografía, entre las que se destaca su *Historia antigua y de la conquista* publicada en 1880.

156 *Encomendero:* Se dice del conquistador español que recibe una *encomienda* en recompensa por su participación en la conquista. La encomienda, una institución de carácter feudal introducida tempranamente a las Antillas por Colón, otorgaba título de posesión sobre la tierra, derechos sobre la producción de la misma, y mano de obra indígena para su explotación. Muchos historiadores atribuyen la aniquilación de las naciones indígenas a los abusos sistemáticos que los encomenderos hicieron del sistema de encomiendas.

– XX –
El primer día

Manuela pasó los cinco primeros días de su permanencia en Xochimancas, siendo presa de cien emociones diversas, terribles y capaces de quebrantar una organización más fuerte que la suya.

El primer día fue horrible para ella. La sorpresa que le causó el espectáculo de aquel campamento de malhechores; la extrañeza que naturalmente le produjeron aquellos hábitos repugnantes, que no tenían ni siquiera la novedad de la vida salvaje; la ausencia de los seres que había amado, de su madre, de Pilar, de algunas personas amigas, hasta la falta de esas sensaciones a que se está habituado y que en la vida normal pasan inadvertidas, pero cuando desaparecen producen un vacío inmenso; las faenas del día, los toques de las campanas, el ruido de los animales domésticos, el rumor lejano de las gentes del pueblo, el rezo a ciertas horas, todo, todo aquel sistema de vida sencillo, común, poco variable en una población pequeña, pero que podría decirse que amolda el carácter y forma la disciplina de la existencia, todo aquello había desaparecido en pocas horas.

Por resuelta que hubiese estado Manuela a sufrir este cambio, por anticipada que hubiera sido la imaginación de esta vida nueva, en el ánimo de la inexperta joven, era imposible que la realidad hubiese dejado de causarle hondísima impresión. Ella, enamorada como estaba del joven bandido, había poetizado aquella vida, aquellos compañeros, aquellos horrores. Hemos dicho que había creado en su fantasía, rústica como era, un tipo especial novelesco y heroico. La joven que ama, por ignorante que sea, aunque se la suponga salvaje, es

siempre algo poetisa. Atala[157] es verosímil, Virginia lo es mucho más.[158] Los amantes de los antiguos poemas bárbaros son enteramente reales. ¿Qué mucho que Manuela, que había recibido alguna educación y que había vivido en una población culta, y que aun había leído algunos libros romancescos, de esos que penetran hasta en las aldeas y en los campos, se hubiese forjado un ideal extraordinario, revistiendo a su amante bandido con los arreos de una imaginación extraviada?

Pero Manuela, al pensar así, estaba muy lejos de la realidad, y su sueño iba a desvanecerse en el momento en que la palpase de cerca.

En primer lugar, nunca pudo figurarse que el nido a que iba a conducirla aquel milano de las montañas, fuese esa galera infecta de presidiarios o de mendigos. Ella suponía que el Zarco iba a llevarla a alguna cabañita salvaje, escondida entre los bosques, o a alguna gruta abierta entre las rocas que solía divisar a lo lejos entre los picos dentellados de la sierra. Ése, ese escondite era digno de la querida de un bandido, de un enemigo de la sociedad. Allí estarían solos, allí serían felices, allí ocultarían sus amores criminales, pero libres. Allí ella lo esperaría preparando la comida, y palpitante de pasión y de inquietud. Allí, en un lecho rústico y sentada sobre el musgo, ella acariciaría aquella frente querida que acababa de exponerse al peligro de un combate, besaría aquellos ojos fatigados por la vigilia de la emboscada o del asalto nocturno, o reclinándolo sobre su seno, velaría por su amante mientras dormía. Cuando el peligro fuese terrible, cuando hubiera necesidad de huir por la aproximación de las tropas del gobierno, allí vendría el Zarco a buscarla para ponerla a la grupa de su caballo, y escapar, o le ordenaría ocultarse en lo más recóndito del bosque o de las barrancas, mientras que podía volver a buscarla. Allí tendría también un lugarcito, sólo de ella conocido, para guardar sus valiosas alhajas. Tal era el concepto que se había formado del lugar en que iba a tener que vivir con su amante, mientras que pudieran alejarse de aquel rumbo e ir a casarse donde no les conocieran.

En vez de encontrar ese retiro misterioso y agreste, el Zarco la llevaba a esa especie de cárcel o de mazmorra[159] para hacerla vivir

157 *Atala:* Personaje de la novela homónima de François-René Chateaubriand (1768-1848) publicada en 1801 que narra la imposibilidad de los amores de Atala y Chactas, causa del suicidio trágico de la heroína romántica.

158 *Virginia:* Protagonista de la novela romántica *Paul et Virginie* (1787) de Jacques-Henri Bernardin de Saint Pierre (1737-1814). El retrato de Virginie como una versión femenina de buen salvaje roussauniano condicionó el imaginario romántico del siglo XIX.

159 *Mazmorra:* Cárcel subterránea.

mezclada con mujeres ebrias y haraposas, con bandidos osados que no respetaban a las queridas de sus compañeros, que pronto iban a tutearla, a ultrajarla, tal vez a robarla, en alguna ausencia del Zarco.

Y quizás, y eso era lo más horroroso a juzgar por las chanzas[160] amenazadoras de los facinerosos, y por la actitud pasiva y tolerante del Zarco, cansado éste de su amor, iba a abandonarla en manos de uno de aquellos sátiros, vestido de plata, tal vez de aquel espantoso demonio de mulato gigantesco que la había saludado con una frase sarcástica, cuyo tono le había hecho el efecto de un puñal en el corazón.

Todas estas consideraciones habían hecho sombrío para Manuela aquel primer día, que ella había soñado como un día luminoso, alegre, un día nupcial de embriaguez y de deleite.

Con semejante impresión, aun las caricias del Zarco, que naturalmente redoblaron en esas horas, en que se encontraban, por fin, unidos, fueron ineficaces para tranquilizarla y devolverle la ilusión perdida.

La verdad es, y tal fenómeno aparece con frecuencia en el espíritu de la mujer enamorada, que el amante que en las entrevistas nocturnas le parecía siempre lleno de prestigio, ahora había perdido mucho de él. Ahora le veía de cerca, vulgar, grosero, hasta cobarde, puesto que soportaba riendo las insultantes chanzas de sus compañeros que lastimaban hondamente a la mujer amada. No era, pues, entonces el Zarco el hombre terrible que infundía pavor y respeto a sus secuaces; ella suponía que aun entre los ladrones, la mujer del jefe debía ser un objeto sagrado, algo como la mujer de un general entre los soldados. Lejos de eso, se la trataba como una mujerzuela, como la presa de un asalto, y venía a aumentar el número de las desdichadas criaturas que componían aquella especie de harem nauseabundo que se alojaba, como una tribu de gitanos, en la vieja capilla.

Tal vez a ellas aludía el mulato cuando decía, al entrar Manuela:

—¡Si el Zarco tiene otras! ¿Pa qué quiere tantas?

Esto era abominable.

Decididamente, Manuela sentía que ya no amaba al Zarco, que se había engañado acerca de los sentimientos que la habían obligado a escapar de su casa.

---

160 *Chanza:* Broma, burla.

Pero entonces, examinándose más profundamente, sondeando el abismo obscuro de su conciencia, acababa por comprender con terror que había otra pasión en ella que la había sostenido en este amor malsano, que la había seducido, tanto como el prestigio personal del Zarco, y esa pasión era la codicia, una codicia desenfrenada, loca, verdaderamente absurda, pero irresistible y que había corrompido su carácter.

E irritada por esa consideración, se sublevaba contra ella, negaba, y con una gran apariencia de razón. No podía ser la codicia, no podían ser las valiosísimas alhajas que el Zarco le llevara casi todas las noches de sus entrevistas, las que hubieran influido sobre ella para querer al bandido; no podían ser tampoco las esperanzas de obtenerlas todavía mejores por los robos sucesivos; porque, en suma, este tesoro y el que se reuniera después, es decir, el capital ya poseído y el que se esperaba, podían desaparecer en un momento con la muerte del bandido, con su derrota. Nada había más inseguro que este dinero de ladrones.

Por otra parte, la mujer ama las alhajas por el placer de ostentarlas en público, y ella no podía lucirlas delante de nadie, al menos por de pronto. No en las poblaciones, porque no podía bajar a ellas, y tampoco delante de aquellos malhechores, porque les darían tentaciones de arrebatárselas. Además, si hubiera sido el deseo del lujo el que la hubiese guiado en su afición al Zarco, él la habría decidido de preferencia en favor de Nicolás, porque el herrero poseía ya una fortuna regular y saneada, y aunque era económico como todo hombre que tiene moralidad y que gana el dinero con un trabajo difícil, es seguro que, enamorado como estaba de ella, le habría dado cuanto quisiera para verla feliz.

Así, pues, no era la codicia la que la había arrojado en los brazos de su amante: era el amor, era la fascinación, era una especie de vértigo, lo que la hizo enloquecer y abandonar todo madre, hogar, honor, cuanto hay de respetable y de sagrado, por seguir a aquel hombre sin el cual, todavía hacía dos días, no podía vivir.

¡Y ahora!...

¡Pero esto era espantoso! Manuela creía salir de un sueño horrible. Habíanle bastado algunas horas para comprender todo lo execrable de su pasión, y todo lo irremediable de su desventura. Y era que, desva-

neciéndose su ilusión malsana, y apagándose por eso la llama impura que había abrasado su corazón, iba reapareciendo la luz de su conciencia y palpándose la fría realidad con su cortejo de verdades aterradoras.

A tan dolorosa revolución, que se operaba cada vez más intensa, se agregaban, como es de suponer, los punzantes recuerdos de la pobre anciana, de la dulce y tierna madre, tan honrada, tan amorosa, a quien había engañado vilmente, a quien había abandonado en el mayor desamparo, a quien había asesinado, porque era seguro que al despertar, al buscarla por todas partes en vano, al saber, por su carta, que había huido la desesperación de la infeliz señora no había tenido límites... ¡se había enfermado e iba a morir!

No podía pensar en ello Manuela, y así, abrumada por tantas emociones, torturada por tantos remordimientos se apoderaba de ella el desaliento, el tedio de la vida sentía que su razón iba a perderse.

El castigo de su falta no se había hecho esperar mucho tiempo.

Entretanto, el Zarco le prodigaba mil cuidados, la llenaba de atenciones; se esmeraba, acompañado de los bandidos y de las mujeres, en componer el departamento que le estaba destinado en la capilla, trayendo esteras nuevas, tendiendo jorongos, colgando algunas estampas de santos, y sobre todo, mostrándole sus baúles, en los que había algunas talegas de pesos, alguna vajilla de plata, mezclada con arreos de caballos, con cortes de vestidos de seda, ropa blanca de hombre y de mujer, y mil otros objetos extraños. Hubiérase dicho que aquellas arcas eran verdaderos nidos de urraca, en los que todo lo robado estaba revuelto confusamente.

—Todo esto es tuyo, Manuelita, tuyo nada más; aquí tienes las llaves y yo te traeré más.

Manuela sonreía tristemente.

El Zarco, al verla así, creía que estaba extrañando el cambio de vida; pero ni un momento pudo sospechar el cambio que se había efectuado en el ánimo de su amada, de cuya pasión estaba cada vez más seguro.

Así es que previno a aquellas mujeres que la entretuvieran, que la distrajeran, elogiándole la existencia que se llevaba allí, las diversiones que se improvisaban y, sobre todo, la fortuna del Zarco en sus asaltos y sus presas.

En la tarde el Zarco le trajo a dos bandidos que cantaban acompañándose con una guitarra y les encargó que entonaran sus mejores canciones. Manuela los vio con horror; ellos cantaron una larga serie de canciones, de esas canciones fastidiosas, disparatadas, sin sentido alguno, que canta el populacho en los días de embriaguez.

Los bandidos las entonaban con esa voz aguda y destemplada de los campesinos de la tierra caliente, voz de eunuco, chillona y desapacible, parecida al canto de la cigarra, y que no puede oírse mucho tiempo sin un intenso fastidio.

Manuela se sintió fatigada, y los músicos, conociéndolo, muy contrariados por no haber agradado a la catrina,[161] le dieron las buenas noches y se retiraron.

Llegó la noche, la noche pavorosa y lúgubre de aquel campamento de bandidos. Manuela fue a asomarse a la puerta de la capilla, deseosa de respirar aire puro y de contemplar el aspecto de semejante lugar que comenzaba a parecerle peligrosísimo, a pesar de tener por apoyo al Zarco.

La noche era sombría y como la anterior, amenazaba tempestad. Las luces que brillaban por entre las ventanas y las grietas de las ruinas le daban un aspecto todavía más espantoso.

Acá y acullá[162] cruzaban patrullas a caballo que iban de avanzada o que hacían la ronda; reinaba un silencio sepulcral. La noche es para los malhechores favorable, cuando se emboscan o emprenden un asalto; pero está llena de terrores y de peligros también para ellos, si descansan en la guarida. Así que su sueño nunca es tranquilo y está turbado por cada rumor de la arboleda, por cada galope que se oye a lo lejos, por cada silbido del viento, por todo ruido extraño.

Aun seguros como estaban los plateados en Xochimancas, ya lo hemos dicho, no descuidaban ninguna precaución. Así es que su campo estaba guardado por avanzadas, por escuchas, por rondas, y todavía así, los jefes no dormían sino con un ojo.

Entonces tenían un motivo más para estar alerta. El rapto de Manuelita debía haber causado gran alboroto en Yautepec. El herrero de Atlihuayán, hombre peligroso para los plateados, y que los odiaba a muerte, pretendiente desdeñado de la joven, debía haber puesto en alarma a los vecinos y a sus amigos de la hacienda. Era gran cono-

161 *Catrín, catrina:* Petimetre, elegante, persona muy preocupada en seguir la moda.
162 *Acullá:* Equivalente a *allí* o *allá.*

cedor de aquellos terrenos, y muy audaz y muy valiente. Además ese día había llegado a Yautepec la caballería que había ido a perseguir a los asaltantes de Alpuyeca, y aunque los plateados sabían a qué atenerse respecto de la bravura de esa tropa, nada extraño sería que animada por el odio del herrero y por la resolución de los vecinos, se hubiera determinado a atacarlos.

Ya hemos visto que la previsión de los bandidos no carecía de fundamento, y que lo que ellos temían se intentó por Nicolás, aunque en vano, a causa de la cobardía del comandante.

Así es que la vigilancia se redobló en Xochimancas.

Salomé, el principal jefe de los plateados, había dicho, al obscurecer, al Zarco:

—Dios quiera, Zarco, que tu güera no nos vaya a traer algún perjuicio. Es necesario estar con cuidado; tú, vete con ella, y estate muy tranquilo, y diviértete, vale [163]–añadió, guiñándole el ojo y riéndose maliciosamente–, que yo quedo velando. He avanzado a los muchachos por todos los caminos, y Félix se ha adelantado hasta cerca de Atlihuayán, por si hay algo. Conque, anda, vete y que duermas bien.

Algunas otras frases le dijo, pero debieron ser tales, que no quiso pronunciarlas sino en voz baja y en el oído del Zarco. El caso es que los dos se separaron riéndose a carcajadas. Salomé montó a caballo y seguido de una veintena de jinetes, se fue a hacer ronda. El Zarco se dirigió a la capilla, donde todos dormían ya, menos Manuela, que lo esperaba sentada en un banco, ceñuda y llorosa.

163 *Vale:* Interjección de despedida, tanto en estilo familiar como formal.

– XXI –
La orgía

Pasaron así algunos días que parecieron siglos a Manuela, siglos de aburrimiento y de tristeza. Érale imposible ya habituarse a aquella existencia entre los bandidos, puesto que a medida que el Zarco la trataba con mayor intimidad, siendo ya su querida, sentía mayor despego hacia él, despego [164] complicado con una especie de miedo o de horror al hombre que había podido arrastrarla hasta aquel abismo.

Por una necesidad de su nueva vida, Manuela había tenido que entablar relaciones, si no de amistad, al menos de familiaridad con aquellas mujeres que habitaban la capilla con ella, y aun con las queridas de los otros bandidos que vivían en otra parte.

Entre ellas hacía distinción de una, no porque fuese menos perversa, sino porque conocía muy bien a Yautepec, donde había residido muchos años, y le hablaba siempre de personas que le eran conocidas, de doña Antonia, de Pilar, de Nicolás, sobre todo de Nicolás, a quien conocía mucho.

—¡Ay Manuelita –le había dicho esta mujer el primer día en que trabaron conversación–, yo me alegro mucho de que esté usted con nosotras, porque es usted tan bonita y tan graciosa, y porque quiero al Zarco y mi hombre le quiere también, pero no por eso dejaré de decir a usted que ha hecho una gran tontería en venirse aquí con él. Si le hubiera puesto a usted casa en alguno de los pueblos, o haciendas, o ranchos donde tenemos amigos, habría hecho mejor, estaría usted más segura y más contenta. Pero aquí, mi alma, va usted a padecer mucho. Para nosotras, que hemos seguido a nuestros hombres en todas las guerras, y que hemos corrido con ellos la ceca y la meca,esta

164 *Despego o desapego:* Falta de afecto e interés.

vida ya no es pesada, y al contrario, nos gusta, porque, en fin, estamos acostumbradas, y las aventuras que nos suceden son divertidas algunas veces, fuera de que tenemos también nuestro reparto en ocasiones y nos tocan regulares cosas. Es cierto que pasamos también buenos sustos, y que hay días en que no comemos y noches en que no dormimos, y nuestros hombres nos pegan y nos maltratan, pero, ya digo, estamos acostumbradas y nada nos hace. Pero usted, una niña que ha estado tan recogida siempre, tan metidita en su casa, tan cuidada por su mamá, que tiene usted la carita tan fina y el cuerpecito tan delicado y que no está hecha a pasar trabajos, la verdad, mi alma, me temo mucho que se vaya a enfermar o que le suceda alguna desgracia. Ahora ya lo ve usted, está muy triste, se le echa de ver luego en la cara que no está usted contenta, ¿verdad?

Manuela respondió sólo derramando un mar de lágrimas.

—¡Pobrecita! –continuó aquella mujer–, yo la conocí a usted hace dos años, allá en Yautepec, ¡tan hermosa! ¡tan decente! ¡tan bien vestida! Parecía usted una Virgen, y que la querían a usted mucho los gachupines de la tienda y todos los muchachos bien parecidos de la población, aunque le hablaré a usted francamente, ninguno de ellos valía nada en comparación de don Nicolás el herrero. Él, pobrecito, es trigueñito, es feo, es desairado, como indio que es, y artesano, pero dicen que es muy trabajador, que tiene ya su dinero y que le quieren mucho. Aquí no hay que hablar bien de él, porque le tienen miedo y es el único a quien no le han podido dar un golpe, porque es muy valiente y no se deja; y como no tiene tierras, ni ganado, ni nada que le puedan ocupar, sino que tiene su dinero quién sabe dónde, de ahí es que habría necesidad de cogerlo a él para darle tormento y que lo entregara; pero no se ha podido, porque él es muy desconfiado y anda siempre muy bien armado y con otros compañeros, también resueltos. ¡Pero ese sí le habría convenido a usted, niña, y él andaba enamorado desde hacía tiempo de usted, y todos lo sabían! Eso es hablarle a usted la verdad y Dios me libre de que oyera el Zarco, porque me sacaba los ojos, pero es la verdad. El Zarco es cierto que es buen mozo y simpático, y bueno para la pelea y tiene mucha fortuna; pero le diré a usted, tiene su mal genio, y si la sigue viendo a usted triste se va a enojar, y puede que...

—¡Qué! –interrumpió Manuela con vivacidad–, ¿que me pegue?

—¡Pues... vea usted, Manuelita, no sería difícil! Él la quiere a usted mucho, pero yo le digo a usted, tiene muy mal genio...

—¡Pues eso sólo me faltaba! –replicó Manuela. Y luego añadió con amargura: –No, no lo hará, y ¿por qué lo había de hacer?, ¿qué motivo le doy?

—Ya se ve que ninguno, y al contrario, está muy enamorado de usted; pero por eso mismo, él es muy perro, y si la ve a usted triste y triste, va a creer tal vez que usted no le quiere, que está usted arrepentida de haberle seguido, y sería capaz de matarla en un coraje... Yo le aconsejo a usted que se muestre más alegre, al Zarco que le haga la disimulada, que le dé a conocer que está usted contenta, que se lleve con nosotras, que aguante las chanzas de los muchachos, que también han advertido ya que no los quiere usted; en fin, que se vaya usted haciendo a nuestra vida, porque al cabo, ya ahora mi alma, es usted del Zarco, y a no ser una desgracia, como por ejemplo, que lo maten, tiene usted que andar con él siempre, si no es que logra usted con modito que la lleve a otra parte, pero entonces puede que sea peor; porque tendrá usted que lidiar con las gentes, que sospecharán de usted, y además con los celos del Zarco, que estando ausente de usted ha de andar siempre desconfiado, y con el menor chisme que le cuenten, habrá pleitos y muertes, y se arrepentirá de haberse separado de él. Conque es mejor que haga usted lo que le digo, mucho disimulo y granjearse el cariño de todos.

Manuela comprendió fácilmente que aquella mujer tenía razón, y que, aunque amarga y desagradable, le había pintado la existencia que tenía que llevar con la verdad propia de la experiencia. Las razones que le daba no tenían réplica, todo lo que le pasaba e iba a pasarle todavía no era más que la consecuencia ineludible de su aturdimiento, de su ceguedad,[165] de su insensatez. Precipitada de cabeza en el abismo, no había desviación posible; tenía que caer hasta el fondo. Así pues, no había escapatoria; era como una avecilla presa en las redes, como una mosca envuelta en la negra tela de una araña monstruosa, y más envuelta a medida que eran mayores los esfuerzos que hacía para salir de ella.

A esta consideración, Manuela sentía circular en su cuerpo un ca-

165 *Ceguedad o ceguera:* Falta total de visión y, por extensión, afecto que confunde y ofusca la razón (*RAE*)

losfrío[166] de muerte, y se apoderaba de ella un fuerte deseo de escaparse, de volar, al que sucedían luego un desmayo y un desaliento indecibles.

¡Fingir!, ¡disimular! Esto era horroroso, y sin embargo, no le quedaba otro camino. Se propuso pues, seguirlo, cambiar de conducta enteramente y engañar al Zarco para inspirarle confianza, a fin de aprovechar la primera oportunidad para escaparse de sus garras.

Semejante vida estaba llena de vicisitudes, de aventuras; no siempre estarían en aquella madriguera, no siempre andarían por aquellos rumbos. Era posible que alguna vez tuviesen que atravesar cerca de alguna ciudad; entonces se refugiaría en ella, apelaría a las autoridades, llamaría en su auxilio; tal vez encontraría a Nicolás, le inspiraría compasión y la salvaría, él a quien los bandidos temían tanto, él que era tan valiente, tan honrado y tan generoso.

Porque, como es de suponerse, dado el cambio de ideas que se había operado en el ánimo de Manuela, a medida que el tipo del Zarco se iba cubriendo con las sombras del miedo, del horror y quizás del odio, el del joven herrero se iba iluminando con nueva y rosada luz.

Nicolás, aun para aquella mujer que no hacía más que hablar la verdad, valía más que el Zarco, más que todos los bandidos, que le tenían miedo. No estaba dotado de buena figura, pero en cambio, ¡qué alma tan hermosa tenía! Manuela ya había aprendido en tan pocos días a estimar lo que vale la apariencia cuando se la compara con el fondo. El Zarco, joven, guapo, agraciado antes para ella, hoy le inspiraba horror.

Nicolás, el obrero rudo, el indio atezado, con las manos negras y gruesas, blandiendo el martillo, junto al yunque, cubierto con su mandil de cuero, iluminado con los fulgores rojizos de la fragua, y ganando la vida con su honradísimo trabajo, le parecía ahora hermoso, lleno de grandeza, amable en comparación con aquellos holgazanes, carcomidos de vicios, cubiertos de plata, que habían arrancado por medio del asesinato y el robo, proscritos de la sociedad, viviendo con zozobra siempre, teniendo por perspectiva el patíbulo, durmiendo con sobresalto, buscando en la embriaguez y en el juego, el olvido de sus remordimientos o los únicos placeres de su vida infame.

¡Qué bella y qué dulce hubiera sido la existencia en la casa de aquel

166 *Calosfrío:* Escalofrío.

obrero, rodeada por el respeto de las gentes honradas! ¡Qué hogar tan tranquilo, por más que fuese humilde! ¡Qué días tan alegres consagrados desde el amanecer a las santas faenas de la familia! ¡Qué noches tan gratas, después de las fatigas del día, pasadas en suaves conversaciones y en un reposo no turbado por ningún recuerdo amargo! Y luego, la cena sabrosa y bien aderezada, en la mesa pobre, pero limpia, las caricias de los hijos, los consejos de la anciana madre, los proyectos para lo futuro, las esperanzas que arraigan en la economía, en la actividad y en la virtud... todo un mundo de felicidad y de luz... ¡Todo desvanecido!..., ¡todo ya imposible!

Y en medio de este cuadro, surgía rápida, pero precisa y clara, una imagen que hacía estremecer a Manuela. ¡Era la imagen de Pilar, de su dulce y buena amiga, que parecía amar a Nicolás en silencio y a quien acostumbraba a decírselo en broma, como para humillarla! Y ahora... esta aparición fugaz, en ese sueño de dicha que se alejaba, producía a Manuela un sentimiento amargo y punzante. ¡Era la envidia! ¡Eran los celos!

Pilar merecía esa dicha, que ella, la insensata había desdeñado; pero, con todo, Manuela sentía un malestar indecible con sólo sospecharlo, y no se tranquilizaba sino pensando que tal unión era imposible, puesto que Nicolás no podía amar a la huérfana, apasionado como estaba de ella, de Manuela, y exacerbada como debía estar esta pasión a consecuencia de la fuga.

Con todo, apenas nacieron estos pensamientos en el espíritu de Manuela, después de la conversación con la mujer a quien había escogido por confidente, cuando se desarrollaron de una manera tenaz e implacable. La imagen de Pilar fue ya la pesadilla constante de Manuela y las sospechas tomaron el carácter de realidades, como sucede siempre en las imágenes vivas. Y es que Manuela amaba ya a Nicolás y lo amaba con el amor desesperado y violento que lucha con lo imposible.

Así es que, aunque se había propuesto seguir los consejos que se le habían dado, y adoptar el camino del disimulo, no pudo hacerlo, y se encerró en un silencio y en una tristeza más obstinados todavía que los de los días anteriores.

El Zarco se manifestó enojado, al fin, y le riñó.

—Si sigues triste, vas a hacer que yo cometa una barbaridad –la dijo.

Manuela se encogió de hombros.

Pero una tarde llegó el Zarco a caballo y muy contento. Durante el día había hecho una expedición en unión de varios compañeros. Saltó del caballo a la puerta de la capilla y corrió a ver a Manuela, que como siempre, se hallaba encerrada en la especie de alcoba que se le había improvisado.

—Toma –le dijo el bandido–, para que ya no estés triste.

Y puso en sus manos una talega con onzas de oro.

—¿Qué es esto? –preguntó Manuela con disgusto.

—Mira lo que es –contestó el Zarco, vaciando las onzas en la cama.

—Cien onzas de oro –añadió–, que me acaban de traer, y mañana me traerán otras cien, o le corto el gaznate[167] al francés.

—¿Qué francés? –preguntó Manuela horrorizada.

—Pues un francés que me fueron a traer los muchachos hasta cerca de Chalco,[168] figúrate, hasta cerca de México. ¡Es rico y aflojará la mosca[169] o se muere! Ya mandó la familia cien onzas, pero si no manda quinientas la lleva. Por ahí le tengo comiendo una tortilla cada doce horas.

—¡Jesús! –exclamó Manuela espantada.

—¡Qué! ¿Te espantas, soflamera[170]? ¡Pues vaya que estás lucida! En lugar de que te alegraras, porque con ese dinero vamos a ser ricos. Yo les daré a los compañeros algo, pero nos cogeremos la mayor parte, y después nos iremos zafando de aquí poco a poco porque no se puede hacer luego, y nos marcharemos por ahí, para Morelos o para Zacatecas[171] o para en casa de los diablos, donde no sepan quién soy, y pondré un mesón o compraremos un rancho, porque, lo que eres tú, no tienes pintas de querer llevar esta vida, ¡y que me lo habías prometido!...

Manuela, sin darse por entendida por este reproche, después de haber mirado el oro con indiferencia, le contestó:

—Oye, Zarco, aunque no me traigas más dinero, te ruego que sueltes a ese hombre. ¿Dices que está comiendo una tortilla cada doce horas?

---

167 *Gaznate:* Garguero, parte superior de la tráquea (*RAE*).

168 *Chalco:* Pueblo sobre la carretera México-Cuautla, distante 37 kilómetros al sureste de la ciudad de México.

169 *Mosca:* Coloquial, moneda, dinero.

170 *Soflamera:* Desvergonzada.

171 *Zacatecas:* Capital del estado homónimo.

—Sí –replicó el Zarco, sorprendido de la pregunta.

—Pues bien –continuó Manuela–, yo te suplico que le des de comer bien, y que luego lo dejes libre, aunque no te dé más dinero.

—¿Qué es lo que estás diciendo? –preguntó el Zarco, con voz ronca en que se traslucía la cólera más salvaje–. ¿Estás loca, Manuela, para decirme eso? ¿No sabes que cada rico que cae en nuestras manos tiene que comprar su vida pesándose en oro? ¿Conque nada más que por ti, por ti no más, ingrata, he arriesgado a los muchachos para que vayan a traerme a ese rico, para que nos dé dinero, para que nos replete[172] de onzas, para que te compres alhajas, vestidos de seda, todo lo que quieras, y ahora me sales con esta compasión y con estos ruegos? Pues seguramente tú no has acabado de saber quién soy yo, y de lo que yo soy capaz. Tú eres muy buena, Manuelita, y te has criado entre gente muy escrupulosa y muy santa; pero tú sabías quién era yo, y si no te creías capaz de acomodarte a mi modo, ¿para qué te saliste de tu casa? Ya sabías lo que soy, ya sabías de dónde venían las alhajas que te he dado. ¿De qué te espantas ahora? ¿Te has venido aquí para predicarnos sermones? Pues pierdes el tiempo y me estás fastidiando, porque, la verdad, ya no aguanto tus gestos y tus desprecios para mis compañeros, y tus lágrimas y tus soflamas. Hace varios días que Salomé, Félix y el Coyote me están diciendo que he hecho mal en traerte aquí con nosotros y que tú nos vas a causar alguna desgracia, y yo, sólo por el cariño que te tengo, he estado sufriendo sus indirectas, y creyendo darte gusto he expuesto la vida de mis mejores compañeros para que traigan a un rico, y pelarlo y darte dinero, mucho dinero, y ¡que me salgas con esa tontera!... la verdad, Manuelita, no lo he de aguantar. Si tu modo era diferente, ¿por qué no te casaste con el indio de Atlihuayán? ¡Ese no es ladrón! Pero conmigo, la bebes o la derramas... o te conformas con la vida que llevo o te mueres, Manuela –dijo el Zarco arrimándose a la joven, abriendo los ojos, apagando el acento y poniendo la mano en el puño de la pistola.

Manuela tembló ante esta explosión de ira.

—Pero yo quería –dijo con timidez– que por causa mía no fueras a matar a ese extranjero... Era por ti, sólo por ti... porque tengo miedo de que cometas un crimen...

---

172 *Nos replete:* Nos llene o colme.

—¡Crimen! –repitió el Zarco, lívido de cólera y con voz nasal, pero ya un poco calmado–. ¡Crimen! ¡Vaya una tonta! ¿Pues tú estás pensando que ésta es la primera zorra que desuello[173]? ¡Vete al demonio con tus escrúpulos! Este francés se irá adonde se han ido los otros, aunque no sea para darte a ti el dinero. ¿No sabes, inocente, que el rico que cae en nuestro poder nos pertenece a todos? Aunque yo quisiera echar libre al francés, ¿piensas que los demás me habían de dejar? Pues ¿y la parte que les toca?

—Bien, no hablemos ya más de eso –dijo Manuela espantada–; haz lo que quieras, Zarco, no te diré más.

—¡Pues está bueno –replicó el bandido–, y harás bien! Ahora lo que hay que hacer es aprovecharse de la ocasión. Guarda esas onzas sin hacer ruido, y no hables ni me molestes con llantos y con quejumbres.

Acabado de decir esto el Zarco, se oyó un gran ruido de voces, mezclado al rasgueo de guitarras y de jaranitas, y entraron en la capilla Salomé Plasencia, Palo Seco, el Tigre, Linares y otros veinte bandoleros más, que parecían regocijados y estaban ebrios.

—¡Zarco! –gritaron–; ahora estás rico, hermano, y vamos a hacer un baile para que se alegre la chata que te has traído de Yautepec y que se está muriendo de tiricia.[174]

—¡A ver! ¡Sácala, negro, sácala, y que venga a bailar con nosotros el *valse* y la *polca* y el *chotis*!

—Ven, Manuelita, y cuidado con disgustar a mis compañeros –dijo el Zarco, tomando de la mano a la joven, que se dejó arrastrar como una víctima y que procuró fingir una sonrisa.

—Aquí estoy, hermanos, y aquí está mi chata para ir al baile.

—Güerita –dijo Salomé que traía una botella en la mano–. Nos va a acompañar al baile que vamos a hacer para celebrar las hazañas de su querido, el Zarco; antier le dio el tormento de la caña al francés y escupió luego las oncitas que debe usted haber guardado, buena moza, y vamos a beber y a gustar... Véngase para acá y deje de estar allí tan triste.

—Bueno, bueno –dijo el Zarco–, vamos a disponer el baile y a preparar los licores, que ya vendré por Manuela para llevarla. Vístete, mi vida, y componte para el baile, que ya vengo por ti.

---

173 *La primera zorra que desuello:* Metafóricamente, la primera víctima que sacrifico o mato.
174 *Tiricia:* Vulgarismo, ictericia.

—Zarco, tú eres celoso –dijo Salomé, dándole una palmada en el hombro, con tono de burla–; eres celoso, y tú sabes que entre nosotros eso no se usa. Por ahora te consentimos esas tarugadas, pero no sigas con ellas mucho tiempo, hermano, porque no convienen.

Manuelita tembló. Todo se convertía en nuevos peligros para ella. Luego que se quedó sola, llamó a su confidente para que la ayudara a vestirse, y en realidad para hablar con ella.

—¿Quién es ese francés que tienen preso? –le preguntó– ¿No sabe usted nada?

—¡Cómo no! –contestó la mujer–, y me extraña mucho que usted no lo sepa. Ahí está el francés en un sótano de la casa de la hacienda, y todos los días le dan tormento para que escupa el dinero de su familia, que está en México. Dicen que ya dio una talega, y que la tiene el Zarco. *El Amarillo* (así se llamaba su hombre) es el que lo cuida ahora, lo mismo que a los demás.

—¿Pues que, hay otros? –preguntó curiosamente Manuela.

—Ya se ve que hay otros –respondió la mujer–. Hay un gachupín, hay otro tendero, otro viejo muy tacaño que se queja todo el día, y otros más pelados, pero que pueden dar sus cien o doscientos pesos. ¡Siempre es algo!

—¿Y podría yo verlos?

—¡Cómo no! Si el Zarco quiere llevarla a usted, lo más fácil; pero como es usted tan delicada, se va usted a afligir.

—No me afligiré –respondió Manuela, con aire de resolución–; ya estoy cambiada, ya voy a seguir los consejos de usted.

—¡Ah, qué gusto! –exclamó la mujer–, entonces va usted a divertirse mucho. ¡Ya verá usted!

Como el Zarco llegaba en ese momento, Manuela le rogó que la condujera a donde estaban los plagiados.

El Zarco la miró con sorpresa.

—¿Tú? –le dijo–, ¿tú, quieres ver a los presos? Pero ¿qué ha sucedido?

—Ha sucedido –contestó Manuela–, que voy a probarte que yo no estoy triste ni descontenta con esta vida; que no me espanto de nada, y que, cuando me resolví a dejar mi casa y mi familia por ti, es que estaba yo determinada a seguirte a todas partes y a correr tu suerte.

—¡Bueno, muchacha, eso sí me gusta! Me tenías muy disgustado, pero, puesto que estabas fingiendo, y que eres lo que yo pensaba, ahora sí soy feliz. Voy a llevarte adonde están esos tarugos y no les tengas lástima, porque tienen dinero y no arriesgan la vida como nosotros.

Manuela, ya vestida y compuesta para el baile, y muy bella, a pesar de su palidez y de su demacración, se dejó conducir por el bandido hasta las viejas bóvedas de los *purgares,*[175] que servían de cárcel a las desdichadas víctimas de los facinerosos.

En la única puerta que había practicable, estaba una guardia de veinte bandidos, armados de mosquetes, pistolas, machetes y puñales. Todos guardaban silencio y tenían cubiertos los rostros con pañuelos.

Aquellos vastos salones abovedados, que habían servido en otro tiempo para guardar los panes de azúcar y que son conocidos en las haciendas con el nombre de *purgar,* habrían estado completamente obscuros si en los ángulos no hubiera alumbrado una lamparilla de manteca, junto a la cual se tendían en petates inmundos cuatro hombres atados de pies y manos, vendados los ojos, y que habrían sido tomados por cadáveres si de cuando en cuando no hubiesen revelado en movimientos de dolor o en apagados sollozos, que eran cuerpos que vivían.

—¡Mira al francés! –dijo el Zarco a Manuela, llevándola a uno de los rincones y señalando a un hombre anciano, con la cabeza gris, fuertemente vendada y que apenas daba señales de vida.

Junto a él había vigas en cruz, reatas, lanzas y algunos otros objetos de tortura, un jarro de agua y una botella de aguardiente.

—Antier le hemos dado caña[176] a este maldito gabacho,[177] y por eso ha dado las onzas, pero si no suelta más dinero le haremos algo peor. No sabe todavía lo que es tener el pescuezo apretado ni que le saquen las uñas de los pies y de las manos. ¡Ya lo sabrá!

A estas últimas palabras dichas en alta voz el pobre francés, que las había escuchado, trató de incorporarse y con voz débil y suplicante, dijo:

—¡Oiga, señor, por el amor de Dios, máteme, ya no puedo más, máteme!

—No, todavía no, viejo agarrado; manda traer otras cuatrocientas onzas; si no ya verás lo que te pasa.

---

175 *Purgar:* Se trata de las cámaras de una hacienda destinadas a refinar el azúcar. Por lo general, eran espacios oscuros y recluídos que en no pocas oportunidades fueron usados como prisiones o mazmorras.

176 *Dar caña:* Coloquial, pegar, golpear.

177 *Gabacho:* Coloquialismo despectivo por francés.

—No tengo más onzas –contestó el desdichado–. ¡Soy pobre, tengo familia, tengo hijitos, no hay quien me preste!... ¡No tengo más!... ¡no tengo más!.. ¡mátenme!...

—Vámonos –dijo Manuela, próxima a desmayarse–; si no tiene dinero, mátenlo...

—No –repuso el Zarco riendo con una risa siniestra y espantosa–; esto dicen todos: se desesperan, quieren morir, pero como la vida no retoña, acaban por soltar la mosca. Mañana dará éste lo que le pedimos. Ya se avisé a su familia, y ya escribió él diciendo lo que le pasa.

—Bien –dijo Manuela, toda temblando–, ¿pero qué?, ¿el gobierno no mandará tropa a perseguir a ustedes y a libertar a éstos? ¿Sus familias no avisarán?

—¡Ah, no!, no les conviene porque tendrán miedo de que los matemos. Además, no puede el gobierno enviar fuerza contra nosotros, y aunque las enviara no nos harían nada; no nos encontrarían aquí. ¡Si tú no sabes, Manuelita: nosotros somos fuertes, estamos seguros y lo que es por ahora, nadie nos ronca!... ¡Pero vámonos al baile, que ya nos están aguardando! Es preciso que bailes con todos, que estés risueña; no vayan a decir que estoy celoso y vayamos a tener una *tinga*.[178]

Manuela salió del purgar apresuradamente, lívida, convulsa, con los ojos fuera de las órbitas, loca de horror y de pavor. Por espantoso que fuera a ser ese baile, no podría producirle el pavor, la inmensa repugnancia que acababa de causarle el cuadro de los *plagiados*.

Como el baile se daba en las piezas que estaban un poco más enteras en la antigua casa de la hacienda, y junto a las bóvedas del purgar, la pareja subió las ruinosas escaleras y pronto se presentó en el salón, alumbrado con velas de sebo y lleno de humo en que se habían reunido los bandidos para divertirse.

Resonaban allí algunos bandolones, guitarras y jaranas tocando polcas y valses, porque es de advertir que esos bandidos eran poco aficionados a los bailes populares, como el jarabe,[179] y sólo como una especie de adorno o de capricho solían usarlos. Los plateados tenían pretensiones, bailaban a lo decente, pero por eso mismo, sus bailes tenían todo el aspecto repugnante de la parodia o el grotesco de la caricatura.

Al entrar Manuela con el Zarco, se alzó una gritería espantosa: vivas, galanterías, juramentos, blasfemias, todo eso salió de cien bocas

178 *Tinga:* Desorden, lío, alboroto.
179 *Jarabe:* Versión jalicense de la jota española.

torcidas por la embriaguez y la crápula. Todos los bandidos famosos estaban allí, cubiertos de plata, siempre armados, cantando unas canciones obscenas, abrazando otros a las perdidas que les hacían compañía. Manuela se estremeció; apenas acababa de soltarse del brazo del Zarco, cuando se acercó a ella el mulato colosal y horroroso que tanta repugnancia le inspiraba. Traía todavía su venda, que le cubría parte de la cara; pero dejaba ver su enorme boca, armada de dientes agudos y blancos, de los que sobresalían los dos colmillos superiores que parecían hendirle el labio inferior, y venía literalmente forrado de plata, como si hubiera querido sobrepujar en adornos a sus demás compañeros.

—Ora va usted a bailar conmigo, güerita –dijo a Manuela, cogiendo con una de sus manazas el brazo blanco y delicado de la joven.

Por un movimiento irresistible, Manuela retrocedió asustada y procuró seguir al Zarco para refugiarse con él. Pero el mulato la siguió, riéndose, la ciñó el talle con su brazo nervudo, y dijo al Zarco:

—Mira, Zarco, a tu chata, que corre de mí y no quiere bailar: ¡oblígala!

—Hombre, ¿qué es eso, Manuela? ¿Por qué no quieres bailar con mi amigo el Tigre? Ya te dije que has de bailar con todos, para eso has venido.

Manuela se resignó, y fingiendo una sonrisa lastimosa, se dejó conducir por aquel monstruo de fealdad y de insolencia.

—¡Ah! –exclamó éste, echándose el gran sombrero para atrás, mientras que seguía ciñendo y apretando convulsivarnente la cintura de Manuela–. ¡Bien dije yo que había de tener el gusto de abrazarla a toda mi satisfacción! Por ahora está usted con un hombre y nos vamos a dar gusto bailando este chotis.[180]

Manuela casi cerró los ojos y se dejó llevar por aquella especie de cíclope, que la devoraba con el único ojo que le quedaba libre y que la bañaba con su resuello, como con un vapor de aguardiente.

Al verlos pasar así, espantoso él, como una fiera rabiosa, y débil ella y doblada, como una presa, los demás bandidos le gritaban:

—¡Ah, Tigre, no te comas a esa venadita!

Después de haber dado algunas vueltas en aquel salón infecto, atropellando y empujando a cincuenta parejas de bandoleros y de mu-

180 *Chotis:* Baile lento que consiste en dar tres pasos a la izquierda, tres a la derecha, y luego una vuelta.

jeres ebrios, el Tigre dejó de bailar, pero inclinándose hacia su compañera le dijo con voz ahogada por los deseos y apretándola brutalmente el brazo:

—Chatita, desde que la vide[181] llegar con el Zarco me gustó y le encargué a la Zorra, la mujer del Amarillo, que se lo dijera, no para que usted me correspondiera luego lueguito, sino para que lo supiera de una vez; no sé si se lo habrá dicho.

Manuela no contestó.

—Pues si no se lo ha dicho, ahora se lo digo yo francamente; usted me ha de llegar a querer.

—¿Yo?... –exclamó la joven asustada.

—¡Usted! –replicó el Tigre–, ¡ya verá usted!... El Zarco no es constante y le ha de pagar a usted mal, como les ha pagado a todas... Pero yo estoy aquí, mi alma, para que cuando le dé el desengaño se acuerde usted de mí, y entonces sabrá usted quién es el Tigre; usted no me conoce y no conoce todavía al Zarco. No se espante de verme así con la cara vendada, porque precisamente estoy así por causa de usted.

—¿Por causa mía? –preguntó Manuela con una curiosidad mezclada de pavor.

—Sí, por causa de usted, y se lo voy a explicar. Me hirieron en Alpuyeca los gringos a quienes matamos. Yo los maté, ¡vaya!... yo fui quien sostuvo la pelea, mientras que el Zarco robaba los baúles; un gringo me dio un balazo con su pistola, que por poco me saca un ojo; pero al fin se murió él y se murieron todos los que lo acompañaban en clase de hombres. Pero el Zarco apenas nos dio la mano en lo fuerte de la pelea, y después de que ya estaban todos caídos y moribundos, fue cuando vino él y los mató cuando estaban rendidos, y mató a las mujeres y a los muchachos. Sí, señor, así fue. El Zarco es un lambrijo[182] y un gallina,[183] pero eso sí, se sacó todas las alhajas para llevárselas a usted y no nos dejó más que la ropa inútil, porque ¿para qué queríamos eso? ¡Levitas, sacos, túnicos viejos, trapos de catrines! Y el Zarco se cogió lo mejor, después que nosotros triunfamos. ¡Está bueno! ¡Los gavilanes no chillan! Pero luego que vide a usted, dije: «¡Ora sí, me emparejé! Que se lleve el Zarco las alhajas, pero que nos deje a la güerita y estamos a mano».

---

181 *Vide:* Arcaísmo por «ví.»

182 *Lambrijo:* Adj. común en la zona de Querétaro, adulador.

183 *Gallina:* Coloquial, cobarde.

Manuela parecía ser presa de una pesadilla y se sintió desfallecer. Las revelaciones sobre el Zarco, sus asesinatos de las mujeres, de los moribundos y de los niños, aquellas amenazas del Tigre, todo era superior a sus fuerzas y a su resolución de afrontar semejante vida. ¡Había caído en el infierno! Sabía que aquellos hombres eran simplemente bandidos, y en realidad eran demonios vomitados por el averno. ¡Oh! ¡Si hubiera podido escapar en ese momento! ¡Si hubiera podido al menos morir! Quedáse paralizada y muda. Sacola de aquel estado la voz áspera y ronca del Tigre, que le preguntó:

—¿Qué es lo que le pasa, linda? ¿Se asusta usted de lo que le digo?... ¿No le había contado a usted el Zarco todas sus hazañas y valentías? Apuesto a que no; pues sépalas y váyase conformando con lo que le digo, usted ha de venir a parar en mi poder.

—¿Pero usted cree que el Zarco se va a dejar? –exclamó al fin Manuela, sofocada de ira y de fastidio.

—¡Y a mí qué me importa que se deje o no, chata! ¿Pues qué? ¿Usted piensa que yo le tengo miedo a ese collón[184]? Si usted admite mi cariño, ahora mismo, dígame una palabra y mato al Zarco. Con eso, de una vez se queda usted libre... Si no, esperaré, y ya verá usted lo que le pasa.

—¡Pues yo se lo voy a decir al Zarco para que esté prevenido!

—¡Pues dígaselo usted, linda, dígaselo usted! –respondió el Tigre, con una risa desdeñosa y siniestra, en que se revelaba una resolución espantosa–. Ya el Zarco me conoce –añadió– y verá usted si es verdad lo que le digo; el Zarco, de quien se ha enamorado usted porque lo ha creído hombre, no es más que un lambrijo. Conque dígaselo usted, y para que sea pronto, la voy a sentar y me quedo aguardando.

Manuela fue a sentarse aterrada. Seguramente iba a producirse allí una catástrofe; el Tigre deseaba provocarla a toda costa para matar al Zarco, y ella estaba destinada a ser el botín del vencedor. ¡Qué situación tan espantosa! Manuela se sentía agonizar.

Pero cuando ella buscaba con angustia a su amante, a quien, a pesar del horror que ya le inspiraba, creía su único apoyo, le vid dirigirse hacia ella, ceñudo, frío, lívido de cólera. Manuela creyó que estaba celoso del Tigre y pensó que era llegado el momento de la riña que estaba temiendo.

184 *Collón:* Coloquial, cobarde.

Pero el Zarco, con una sonrisa satánica y enronquecida por la ira, le dijo:

—¡Conque ya sé cuál es el motivo de tus tristezas y de tu aburrimiento en estos días, ya me lo han contado, y ya no me la volverás a pegar, arrastrada!...

—Pero, ¿qué es? ¿Qué es? ¿Qué te han contado, Zarco? –preguntó Manuela, tan asombrada como despavorida al oír estas palabras.

—Sí; ya me dijo la Zorra que lo que hay es... que te has arrepentido de haberte largado conmigo, que has conocido que no me querías... de veras...; que el único hombre a quien amabas era el indio Nicolás; que sientes haberlo dejado; que la vida con los plateados no te conviene, y que en la primera ocasión que se te ofrezca me has de abandonar.

—¡Pero yo no he dicho!.. –interrumpió temblando Manuela.

El Zarco no la dejó acabar.

—¡Sí, tú se lo has dicho, falsa y embustera; no quieras negarlo! Yo tengo la culpa por fiarme de una catrina y una santularia[185] como tú, que no quería más que alhajas y dinero... Pero, mira –añadió cogiéndola de un brazo y apretándoselo bestialmente–, lo que es de mí no te burlas, ¿me entiendes? Ya te largaste conmigo y ahora ves para qué naciste. ¡En cuanto al indio herrero, yo he de tener el gusto de traerte su cabeza para que te la comas en barbacoa, y después te morirás tú, pero no te has de quedar riendo de mí!

Manuela apenas pudo decir al Zarco, en actitud suplicante:

—¡Zarco, hazme el favor de sacarme de aquí, estoy enferma!...

—¡No te saco, muérete! –contestó el bandido en el paroxismo del furor.

No bien acababa de decir estas palabras cuando hubo un gran ruido en la puerta de la sala, y varios bandidos, cubiertos de polvo y con el traje desordenado por una larga caminata, se precipitaron adentro con aire azorado, y preguntando por Salomé Plasencia, por el Zarco, por el Tigre y por los demás jefes.

Salomé y los otros fueron a su encuentro.

—¿Qué hay? –preguntó aquél, mientras que todos los plateados iban formando círculo en torno suyo y cesaban, como es de suponerse, la música y la algazara[186] del baile.

—Novedad –respondió uno de los recién llegados, sofocándose–.

185 *Santularia:* Coloquial, beata.
186 *Algazara:* Ruido, griterío.

Hemos corrido diez leguas para avisarles... Martín Sánchez Chagollán,[187] el de Acapixtla, con una fuerza de cuarenta hombres, ha sorprendido a Juan el Gachupín y a veinte compañeros y los ha colgado en la catzahuatera[188] de Casasano.

—¿Y cuándo? –preguntaron en coro los bandidos aterrados.

—Anoche, a cosa de las diez los sorprendió. Estaban emboscados esperando un cargamento que iba a pasar, cuando Martín Sánchez les cayó, los acorraló y apenas pudieron escaparse cinco o seis, que vinieron a buscarnos y que se han quedado heridos y no han podido venir hasta acá.

—¿Pero... qué?... ¿no pelearon esos muchachos? –preguntó Salomé.

—Sí, pelearon, pero los otros eran más y traían muy buenas armas.

—¿Y qué, no tuvieron aviso?

—¡Eso es lo que extrañamos!, pero creo que la gente comienza a ayudar a Martín Sánchez y a faltarnos a nosotros.

—Pues, es preciso vengar a nuestros compañeros y meter miedo a las gentes, para que no se vayan a voltear enteramente contra nosotros. Mañana, amaneciendo, todos vamos a salir de aquí, y que se nos reúnan los demás que andan dispersos, y vamos a buscar a Martín Sánchez y a ver si es tan bueno contra quinientos hombres como contra treinta. Conque alístense para mañana.

—¿Y qué hacemos con los presos? –preguntó uno.

—Pues ésos que se mueran –dijo Salomé–, ¿para qué queremos estorbos?... Tú, Tigre, anda, y mátalos luego luego.

—Mira, Salomé –dijo el Tigre, adelantándose–, mejor dale esa comisión al Zarco; él sabe bien matar a los muertos –añadió con desprecio.

—¿Matar a los muertos dices, Tigre?

---

187 *Martín Sánchez Chagollán:* Es difícil ratificar su existencia histórica. María Dolores Illescas sugiere que Altamirano basa su personaje en Rafael Sánchez, militar retirado de filiación liberal, que junto con Mateo Cáceres, Aniceto López, Arcadio Enciso, Rafael Sánchez y Prisciliano Rodríguez, fue uno de los perseguidores de los plateados. La versión que ofrece Altamirano coincide, en términos generales, con la versión de Pablo Robles en *Los Plateados de Tierra Caliente* (1891). Herrero en la novela de Robles, Martín Sánchez logró reunir una pequeña fuerza para luchar contra los bandidos que asolaron el Estado de Morelos. Apodado «Chagollán» que quiere decir fabricante de monedas o «milagros» falsos en alusión a su oficio de platero, Sánchez—afirma Robles—«no hizo caso del sobrenombre y aunque era militar chagollo, improvisado, daba pruebas de lo contrario porque el metal salió de buena ley» (142).

188 *Catzahuatera:* Grupo de catzahuates (del náhuatl *catzahuatl*) también conocido como palo bobo. Árbol originario de México de 3 a 8 metros de altura con flores blancas muy vistosas y frutos lisos con forma de huevo.

—¡Sí, matar a los muertos! –replicó el Tigre–; acuérdate de Alpuyeca.

—¡Pues ya verás si sé matar también a los vivos! –replicó el Zarco, lívido de cólera.

—¡Bueno, bueno –dijo Salomé, interponiéndose–; no queremos disputas; cualquiera es bueno para despachar a los presos! El caso es que no amanezcan; llévenle la orden al Amarillo y vámonos. Se acabó el baile.

—¡Ah!, ¡otra noticia! –añadió el otro de los recién llegados–. Esta mañana se enterró, en Yautepec, la madre de la muchacha que se trajo el Zarco.

Entonces se oyó un grito que hizo volver la cara a todos aquellos hombres.

—¡Mi madre! –exclamó Manuela, y se dejó caer desfallecida en el suelo.

—¡Pobrecita! –dijeron las mujeres, ya vueltas en sí de la embriaguez ante aquella lluvia de malas noticias.

—Levántala, Zarco, y llévatela y que se conforme, porque si no nos va a estorbar.

El Zarco, ayudado de algunas mujeres, levantó a Manuela, la cargó y se la llevó a la capilla, donde la recostó en su cama. La joven estaba moribunda. Tantas emociones seguidas, tantos peligros, tantas amenazas, tantos horrores, habían abatido aquella naturaleza débil y estaban obscureciendo aquel espíritu. Manuela parecía idiota y no hacía más que llorar en silencio.

El Zarco, preocupado también con mil pensamientos diversos, encolerizado contra el Tigre, celoso de Nicolás, cada vez más enamorado de Manuela, pero contrariado infinitamente por las últimas noticias, y por la necesidad que había de marchar, no sabía qué hacer.

Daba vueltas como una fiera encerrada en su jaula; llamaba a las mujeres para que asistieran a su querida, comunicaba órdenes a los bandidos que le obedecían y le servían, preparaba maletas, registraba los baúles, se sentaba unas veces a la orilla de la cama en que se reclinaba Manuela, y veía a ésta con miradas en que era difícil distinguir el amor, el odio o las tentaciones de una resolución siniestra; y otras se ponía a pasear a lo largo de la capilla, blasfemando.

Por fin, se acercó a la joven y con acento frío y seco le dijo:

—Ya eso no tiene remedio; deja de llorar, y prepárate para que marchemos mañana de aquí y ayúdame a hacer las maletas. Guarda bien tus alhajas; eso es lo que te importa.

—Entre nosotros –añadió, viendo que Manuela sollozaba con más violencia–, no se usa afligirse tanto ni hacer tanto duelo cuando se nos muere alguno..., ¡para eso nacimos! Además, tu madre ya estaba vieja, y me aborrecía la buena señora; rézale un sudario[189] y amén... no vuelvas a acordarte de ella. Tu indio debe haberla enterrado y se cogerá la huerta, y se pagará, los gastos; después lo enterrarás a él, no tengas cuidado, y tendrás el gusto de llorar en su sepultura.

Así, pues, aquel bandido, aquel Zarco, a quien Manuela había creído siquiera hombre, siquiera compasivo, no era más que un perverso sin entrañas, que se complacía en aumentar su tormento, en insultarla, en los momentos de mayor pesadumbre, y en calumniar al hombre generoso que había asistido en sus últimos instantes a la pobre y desventurada anciana.

Ya lo había pensado Manuela.

Pilar y Nicolás eran los que habían velado junto al lecho de muerte de la desdichada señora y le habían dado sepultura.

¡Nicolás y Pilar! ¡Otra vez esta pareja, que no se apartaba de su imaginación! Ahora, ¡qué grandes y qué nobles les parecían los dos jóvenes!... Pero, ¡qué desgracia que no se le aparecieran así sino para causarle el horroroso tormento de los celos, y la indecible vergüenza de considerarse como un monstruo de ingratitud y de bajeza en comparación de ellos!

Y, sin embargo, atormentada y degradada, despreciable como era, sólo al pensar en Nicolás le parecía una vislumbre de consuelo en medio de aquella espantosa noche que la rodeaba por todas partes con sus tinieblas, sus terrores y sus peligros, desconocidos pero pavorosos.

Por fin se incorporó, y bebiéndose las lágrimas, se puso a preparar las maletas, sintiendo la muerte en el alma.

189 *Sudario:* Oración que se reza por el descanso del alma de los difuntos. El nombre alude al lienzo con que José de Arimetea cubrió a Cristo cuando lo bajó de la cruz (*RAE*).

– XXII –
Martín Sánchez Chagollán

Ahora bien: ¿quién era el hombre temerario que se había atrevido a colgar a veinte plateados en los lugares mismos de su dominio, y que así había causado aquel movimiento en el cuartel general de los bandidos?

El nombre de Martín Sánchez Chagollán no era enteramente desconocido en Xochimancas, de modo que no causó sorpresa, pero sí la causó, y muy grande, saber lo que había hecho.

¡Colgar a veinte plateados en los catzahuates de Tetelcingo,[190] es decir, en el corazón mismo de aquella satrapía[191] en que no dominaban más que el crimen y el terror!

Pero, ¿quién era ese hombre? ¿Era acaso un jefe del gobierno, apoyado en la ley y contando con todos los elementos de la fuerza pública, con el dinero del Erario y con el concurso de las autoridades y de los pueblos?

Nada de eso. Martín Sánchez Chagollán, personaje rigurosamente histórico, lo mismo que Salomé Plasencia, el Zarco y los bandidos a quienes hemos presentado en esta narración, era un particular, un campesino, sin antecedentes militares de ninguna especie; lejos de eso, había sido un hombre absolutamente pacífico, que había rehusado siempre mezclarse en las contiendas civiles que agitaban al país hacía muchos años, y así, retraído, casi tímido, vivía entregado exclusivamente a los trabajos rurales en un pequeño rancho que tenía a poca distancia de Ayacapixta,[192] cerca a Cuautla de Morelos. Y, con todo esto, era un

190 *Tetelcingo:* Pueblo del Estado de Morelos ubicado a unos 6 kilómetros al norte de Cuautla.

191 *Satrapía:* Tierra de sátrapas o déspotas.

192 *Ayacapixtla:* Pueblo ubicado al noreste del Estado de Morelos, actualmente Yecapixtla. Altamirano prefiere usar la topografía que indica el lugar de nacimiento de Yacapitzauac, deidad prehispánica protectora de viajeros y comerciantes.

hombre de bien a toda prueba, uno de esos fanáticos de la honradez, que prefieren morir a cometer una acción que pudiera manchar su nombre o hacerlo menos estimable para su familia o para sus amigos.

Con tales principios, y en aquella época de revueltas y de corrupción, en que no pocos hombres rústicos y sencillos se vieron obligados a complicarse en las revoluciones o en los crímenes cometidos a la sombra de ellas, Martín Sánchez tuvo que sufrir mucho a fin de substraerse de compromisos y de enredos. Pero a fuerza de habilidad y de energía quedó limpio, y aunque visto con desconfianza y con recelo por todos los partidarios, logró quedar tranquilo, viviendo arrinconado y oculto en su ranchito, cuidando sus pequeños intereses y ayudado de sus hijos, ya grandes.

Porque Martín Sánchez era un hombre ya entrado en años. Tenía unos cincuenta; sólo que contaba con una de esas robustas y vigorosas naturalezas que sólo se ven en el campo y en la montaña, fortificadas por el aire puro, la sana alimentación, el trabajo y las buenas costumbres. Así es que, aunque cincuentón, parecía un hombre en toda la fuerza de la virilidad.

De estatura pequeña, de cabeza redonda, y que parecía encajada en los hombros por lo pequeño del cuello, sus anchas espaldas, sus brazos hercúleos y sus piernas torcidas y nervudas, revelaban en él al trabajador infatigable y al consumado jinete.

Sus ojos pequeños, verdosos y vivos, su nariz aguileña, su cara morena y bien colocada, su boca de labios delgados y fruncidos, su barba rasurada siempre juntamente con su frente estrecha y sus cabellos cortados a peine y casi rizados, le daban cierta apariencia felina. Tenía una vaga semejanza con los leopardos.

Tal era el hombre que ejerció una influencia importantísima en esa época en la tierra caliente, y a cuya acción se debió principalmente la extinción de esa plaga espantosa de bandidos que por años enteros asoló aquellas fértiles y ricas comarcas.

Vivía, pues, Martín Sánchez tranquilamente consagrado a sus labores, como lo hemos dicho, cuando, estando ausente él y su esposa, cayó a su rancho una gran partida de plateados.

El anciano padre de Martín y sus hijos se defendieron heroicamente, pero fueron dominados por el número, asesinado el anciano,

así como uno de los hijos, saqueada la casa e incendiada después, y destruido todo lo que constituía el patrimonio del honrado labrador.

Cuando Martín Sánchez regresó de México, donde había ido, no encontró en su casa más que cenizas, y entre ellas los cadáveres de su padre y de su hijo, que no habían sido sepultados aún porque los otros hijos, heridos y ocultos en el monte, no habían podido venir al rancho.

En fin, aquello era el horror y la desolación.

La esposa de Martín estuvo enloquecida algún tiempo de dolor y de miedo.

Martín Sánchez no dijo nada. Fue a buscar a sus hijos al monte; con ellos dio sepultura a los cadáveres de su padre y de su hijo, y despidiéndose de su pobre rancho, convertido en escombros, y de sus campos incendiados, se llevó a su mujer y a su familia al pueblo de Ayacapixtla, donde esperaba tener mayor seguridad.

Entonces vendió lo poco que le había quedado, y, con el dinero que reunió, compró armas y caballos para equipar una partida de veinte hombres.

Después, ya sanos sus hijos, los armó, habló con algunos parientes y les decidió a acompañarle, pagándoles de su peculio, y una vez lista esta pequeña fuerza, fue a hablar con el prefecto de Morelos y le comunicó su resolución de lanzarse a perseguir plateados.

El prefecto, alabándole su propósito, le hizo ver, sin embargo, los terribles peligros a que iba a quedar expuesto en medio de aquella situación. Pero como Martín Sánchez le respondió que estaba enteramente decidido a llevar a cabo su propósito, le ofreció los auxilios que estaban en su poder, y lo autorizó para perseguir ladrones, en calidad de jefe de seguridad pública, y con la condición de someter a los criminales que aprehendiera al juicio correspondiente.

Así autorizado, Martín Sánchez partió con su pequeña fuerza. Pero comprendiendo bien que con tan débiles elementos no podía hacer frente a las huestes numerosas de plateados que merodeaban en los distritos de Morelos, Yautepec y Jonacatepec,[193] se limitó a una guerra meramente estratégica, procurando combatir a partidas pequeñas, con el objeto de aprovecharse de sus armas y caballos y aumentar su fuerza.

193 *Jonacatepec:* Capital del municipio homónimo del entonces Estado de México, hoy de Morelos. En 1861 el Congreso del Estado de México desconoce a Juárez y nombra a Porfirio Díaz como presidente. El llamado Plan de Jonacatepec no llegó sin embargo a prosperar dado que el General Chavarría cayó ajusticiado a manos de fuerzas del estado juarista.

Así fue como, huyendo y caminando de noche, y pagando emisarios, y haciendo jornadas fabulosas, poco a poco fue derrotando algunas partidas de bandoleros, y proveyéndose de armas, municiones y caballos.

Luchaba con el desaliento general, con el terror a los plateados, con la complicidad de muchas gentes, con la hostilidad de algunas autoridades, meticulosas o complicadas en aquellos crímenes; luchaba, en fin, hasta con la poquedad de ánimo de sus mismos soldados, que no teniendo más aliciente que el de un pequeño sueldo, iban arriesgando la vida, y arriesgándola con los plateados, que daban a los prisioneros y a los plagiados una muerte siempre acompañada de espantosas torturas.

Así es que Martín Sánchez tenía que vencer día a día tremendas dificultades, pero su sed de venganza le dio fuerzas superiores.

Esa sed fue su resorte.

Movido por un sentimiento personal, poco a poco, en él, fueron reuniéndose los rencores generales, como en un pecho común; cada sentimiento de venganza por un crimen de los plateados encontraba en su espíritu un eco, cada asesinato cometido por ellos era inscripto en el tremendo libro de su memoria; cada lágrima de viuda, de huérfana de padre, se depositaba en su corazón como en una urna de hierro. De vengador de su familia se habla convertido en vengador social.

Era el representante del pueblo honrado y desamparado, una especie de juez Lynch,[194] rústico y feroz también, e implacable.

Había suprimido en su alma el miedo, había abrazado con fe su causa, esperando que en ella dejaría la vida, y estaba resuelto; pero también había suprimido, entre sus sentimientos, el de la piedad para los bandidos.

Ojo por ojo y diente por diente. Tal era su ley penal.

¿Los plateados eran crueles? Él se proponía serlo también.

¿Los plateados causaban horror? Él se había propuesto causar horror.

---

194 *Juez Lynch:* Charles Lynch (1736-96), juez de paz y *vigilante* de Virginia. En los 1780s ordenó, sin juicio previo o después de juicios sumarios llevados a cabo en cortes informales, el castigo y/o la ejecución de una serie importante de conservadores (*loyalists*). A partir de estos incidentes, se llama «linchamiento,» «ley Lynch» o «juez Lynch» a la justicia informal que una multitud enardecida asume por mano propia. Con la fundación del Ku Klux Klan en 1866, los linchamientos alcanzaron proporciones alarmantes en el Sur de los Estados Unidos, especialmente durante el período de Reconstrucción que tuvo lugar después de la Guerra Civil. Altamirano escribe *El Zarco* condicionado sin duda por lo que estaba ocurriendo en los Estados Unidos.

La lucha iba a ser espantosa, sin tregua, sin compasión.

¿Quién ganaría? ¡Quién sabe, pero Martín Sánchez se lanzaba a ella con los ojos cerrados, con la espada desnuda y con el pecho acorazado por su sed de venganza y de justicia!

Los bandidos debían temblar. ¡Había aparecido por fin el ángel exterminador!

Para aquellas inmundas aves de rapiña no había más que el águila de la montaña, de pico y de garras de acero.

Martín Sánchez era la indignación social hecha hombre.

– XXIII – El asalto

La Calavera, era una venta del antiguo camino carretero de México a Cuautla de Morelos, más famosa todavía que por ser paraje de recuas,[195] de diligencias y de viajeros pedestres, por ser lugar de asaltos.

En efecto, no en la venta propiamente, pero sí un poco más acá o un poco más allá, siempre había un asalto en aquella época. Y es que por allí las curvas del camino, lo montuoso[196] de él y la proximidad de los bosques espesos, y de las barrancas, ofrecían grandes facilidades a los ladrones para ocultarse, emboscarse o escapar.

Por eso los pasajeros de la diligencia o los arrieros no se acercaban a La Calavera, sino santiguándose y palpitando de terror. El nombre mismo del paraje es lúgubre. Probablemente allí había habido, en los antiguos tiempos, una calavera clavada en los árboles del camino y que pertenecía a algún famoso bandido ajusticiado por las partidas de *Acordada* en la época colonial;[197] o tal vez había habido muchos cráneos de ladrones, y el vulgo, como tiene por costumbre en México, había singularizado el nombre para hacerlo más breve.

El caso es que el lugar es siniestro en demasía, y que no se veía antiguamente el caserón obscuro, ruinoso y triste de la venta sin un sentimiento de disgusto y de terror.

Allí, pues, una tarde de otoño, ya declinando el sol, y tres meses después de haberse verificado los sucesos que acabamos de referir, se

---

195 *Recua:* Manada de mulas o de otros animales de carga.

196 *Montuoso:* Montañoso.

197 *Partidas de Acordada:* El tribunal de la Acordada fue fundado en México en 1710 para perseguir y enjuiciar bandidos y criminales que operaban a lo largo del Camino Real. Después de enjuiciar sumariamente a los prisioneros, los ejecutaba en el acto ante una partida constituída por un capitán, un capellán, un verdugo y un escribano encargado de dar fe del castigo. El tribunal funcionó hasta 1812 cuando fue suprimido por inhumano.

hallaba delante de la venta una fuerza de caballería formada, y compuesta de cuarenta hombres.

Estaban éstos uniformados de un modo singular: llevaban chaqueta negra con botones de acero pintados de negro; pantalones negros, con grandes botas fuertes de cuero amarillo, y acicates de acero: sombrero negro de alas muy cortas, sin más adorno que un cinta blanca con este letrero: *Seguridad Pública.* Y en cuanto a las armas, eran: mosquete terciado a la espalda, sable de fuerte empuñadura negra y vaina de acero. Cada soldado llevaba una canana[198] llena de cartuchos en la cintura. Los caballos magníficos, casi todos de color obscuro, las sillas y todo el equipo de una extrema sencillez y sin ningún adorno. Los ponchos negros, atados en la grupa.

Casi todos estos soldados parecían jóvenes, muy robustos, y tenían un gran aire marcial; pero su uniforme y su equipo les daban un aspecto lúgubre y que infundía pavor. Parecían fantasmas, y en aquella venta de La Calavera, y a aquella hora, en que los objetos iban tomando formas gigantescas, y cerca de aquellos montes solitarios, semejante fila de jinetes, silenciosos y ceñudos, más que tropa, parecía una aparición sepulcral.

El que seguramente era el jefe se hallaba de pie a tierra, teniendo su caballo de la brida, y parecía interrogar el horizonte en que se perdía el camino, en espera seguramente de alguno.

Estaba vestido del mismo modo que sus soldados, sólo que, en lugar de botas, tenía chaparreras de chivo amarillo y se hallaba abrigado con una espesa esclavina[199] obscura.

A pocos momentos salió de la ventana un sujeto ya de edad y bien vestido, que, dirigiéndose a este jefe le preguntó:

—¿No aparecen todavía, don Martín?

—¡Nada, ni su luz! –respondió éste.

Así, pues, aquel jefe era Martín Sánchez Chagollán, y aquélla era su tropa, uniformada, según los propósitos de su jefe, de color obscuro y sin ningún adorno, por odio a los plateados. También por odio a éstos había determinado que los sombreros de sus soldados no tuviesen las faldas anchas, sino, al contrario, muy cortas y sin ningún galón.

Martín Sánchez veía con muy mal ojo a todo el que usaba el som-

198 *Canana:* Cinto para llevar cartuchos (*RAE*).

199 *Esclavina:* Pañuelo de cuero o tela que se pone al cuello y sobre los hombros a modo de pequeña capa.

brero adornado de plata, y como sus sospechas iban haciéndose temibles, los sombreros sencillos y obscuros se estaban poniendo de moda por aquellos rumbos, porque eran una especie de salvaguardia.

Sin embargo, todavía en ese tiempo Martín Sánchez estaba muy lejos de llegar a ser el terror de los bandidos y de sus cómplices. Todavía tomaba mil precauciones para sus marchas y sus expediciones, temeroso de ser derrotado; todavía estaba haciendo *pininos,*[200] como él decía. Ya había colgado un buen número de plateados, pero ya le habían acusado muchas veces de haber cometido esos abusos para los que no estaba autorizado, pues, como lo hemos dicho, sólo tenía facultades para aprehender a los criminales y consignarlos a sus jueces. Pero Martín Sánchez había respondido que no colgaba sino a los que morían peleando, y eso lo hacía para escarmiento.

En esto era muy posible que ocultara algo, y que realmente él fusilara a todo bandido que cogía; pero, como se ve, ni había podido desplegar toda su energía ni tenía los elementos necesarios para hacerlo, pues no contaba más que con aquellos cuarenta hombres y con su resolución.

El sujeto que acababa de dirigirle la palabra y que parecía ser un rico hacendado o comerciante, viendo que no venían las personas a quienes esperaban, dijo:

—Pues, don Martín, supuesto que estos señores no aparecen, si usted no dispone otra cosa, seguiremos nuestra marcha, porque se nos hace tarde y no llegaremos a Morelos a buena hora. Además, el cargamento se ha adelantado mucho, y podría ocurrirle algún accidente.

—Yo creo –respondió Martín– que no hay cuidado por esa parte. Saben que estoy por aquí, y no se han de atrever. Pero este don Nicolás sí me tiene con inquietud. Algo le ha de haber pasado, puesto que no llega. Me escribió que saldría de Chalco a la madrugada; debe haber almorzado en Tenango,[201] y ya era hora de que estuviera con nosotros. Es verdad que viene acompañado y que además es muy hombre; pero estos malditos son capaces de haberle puesto una emboscada de Tenango acá, aunque yo no tengo noticia de que haya aparecido ninguna partida ayer ni anteayer. Pero usted sabe que los de Ozumba[202] se ponen de acuerdo con los otros, y así hacen sus combi-

200 *Hacer pininos:* Dar los primeros pasos.

201 *Tenango:* Tenango del Aire, pueblo ubicado al sureste del Estado de México a unos 42 kilómetros de la ciudad de México.

202 *Ozumba:* Pueblo situado al sureste del Valle de México a 70 kilómetros de la ciudad de México sobre la ruta México-Cuautla.

naciones. ¡Pues de veras sentiría yo que le hubiera pasado algo a tan buen amigo! Debí haberme adelantado hasta Juchi[203] o hasta Tenango, pero él me advirtió que donde necesitaba acompañarse conmigo era aquí, porque desde aquí tenía aviso de que lo esperaban sus enemigos, que han jurado que han de acabar con él, lo mismo que conmigo. Y figúrese usted que el pobre va a casarse, y que ha ido a México a emplear una buena cantidad de dinero en las *donas;*[204] de modo que los malditos, además de matarlo, cogerían una buena suma en alhajas. En fin, dejaré a unos muchachos aquí por si viniere, y nos adelantaremos, porque, en efecto, el cargamento ya ha de ir lejos.

Entonces Martín Sánchez montó a caballo y desfiló con su tropa, acompañado de aquel comerciante y de sus mozos, y dejando unos diez hombres, con orden de acompañar a Nicolás, nuestro conocido, que venía de México.

No bien habían caminado casi una media hora, cuando oyeron tiros, y un arriero corría a escape para encontrarlos, gritándoles que los plateados estaban robando el cargamento.

Martín, a la cabeza de su fuerza, avanzó a escape, y momentos después caía sobre los bandidos, que lo recibieron con una lluvia de balas y con una gritería insolente, diciéndole que ése era su último día.

Los jinetes negros hacían prodigios de valor, lo mismo que su jefe, que se lanzaba a lo más fuerte del combate. Pero los plateados eran numerosos y estaban mandados por los jefes principales; la tropa de Martín estaba literalmente sitiada: ya seis u ocho de aquellos bravos soldados habían caído y otros comenzaban a cejar; se había empezado la pelea al arma blanca, y Martín, rodeado de enemigos, se defendía herido desesperadamente, y procurando vender cara su vida, cuando un socorro inesperado vino a salvarlo.

Era Nicolás, que con los diez soldados que le había dejado Martín en La Calavera, y con otros diez hombres que traía, habiendo oído el tiroteo, se adelantó a toda carrera y llegó justamente en los momentos de mayor apuro para Martín Sánchez. Aquel valiente y aquella tropa de refresco, produjeron un momento de confusión entre los plateados; aun así, eran éstos muy superiores en número y siguieron combatiendo.

Pero Nicolás era hombre de un arrojo irresistible, montaba un ca-

---

203 *Juchi:* Juchitepec, pueblo del Estado de México.

204 *Dona:* Regalo de bodas que el novio ofrece a la novia. Ajuar o *trousseau*.

ballo soberbio y llevaba excelentes armas. Así es que viendo a Martín Sánchez cercado, se lanzó sobre el grupo, repartiendo tajos y reveses. Ya era tiempo, porque el valiente jefe tenía la espada rota y estaba herido.

El Zarco y el Tigre eran los que rodeaban a Martín, pero al ver a Nicolás retrocedieron y procuraron huir. El herrero, al reconocer al Zarco, no pudo contener un grito de odio y de triunfo. ¡Por fin lo tenía enfrente!

Partió sobre él como un rayo; el bandido, perdido de terror, se salió del combate y se dirigió a un bosquecillo, donde estaban algunas mujeres de los bandidos, a caballo, pero ocultas.

Nicolás alcanzó al Zarco, precisamente al acercarse éste al grupo de mujeres, y allí al tiempo en que el bandolero disparaba sobre él su mosquete, le abrió la cabeza de un sablazo y le dejó tendido en el suelo, después de lo cual volvió al lugar de la pelea, no sin gritar:

—¡Ya está vengada doña Antonia!

Ni oyó siquiera, furioso como estaba, el grito de Manuela, que era una de las mujeres que estaban a caballo, y que le había conocido precisamente en el instante mismo en que hería al Zarco.

La pelea, después de esto, duró poco, porque los bandidos huyeron despavoridos, dejando libre el cargamento.

El sol se había puesto ya enteramente. Avanzaban las sombras, y a la luz crepuscular, Martin Sánchez recogió sus muertos y heridos, lo mismo que los de los plateados, operación que le hizo detenerse algunas horas hasta que anocheció completamente.

Entonces temiendo que los plateados se rehicieran y volvieran sobre él con todas las ventajas que les daban el número y la obscuridad, determinó que alguno avanzara rápidamente hasta Morelos, y pidiera a la autoridad el auxilio de fuerza y las camillas que se necesitaban.

La comisión era peligrosísima; los bandidos no debían estar lejos, y era de temerse una emboscada en el camino.

Sólo un hombre podía desempeñarla, y Martín Sánchez, en aquella angustia, no vaciló en pedir tal sacrificio a Nicolás.

—Señor don Nicolás –le dijo–, sólo usted es capaz, de exponerse a ese riesgo, pero acabe usted su obra. Ya nos salvó usted hace un rato.

Usted conoce los caminos, tiene buen caballo y es hombre como ninguno. Se lo ruego...

Nicolás partió inmediatamente. Cuando Martín le vio perderse entre las sombras:

—¡Yo no he visto nunca –dijo– un hombre tan valiente como éste!

—Pero en un descuido lo van a matar por ahí –dijo el comerciante.

—¡Dios ha de querer que no! –replicó Martín Sánchez– ¿Pero qué quiere usted que hagamos para salir de aquí? No hay más que este recurso. ¡No le ha de suceder nada, ya verá usted! Don Nicolás tiene fortuna. Y es tan bueno...; ¡valía más que me mataran a mí y no a él!

Entretanto, los soldados que observaban las cercanías de aquel lugar para ver si había algunos heridos, volvieron diciendo que cerca, en unos matorrales, estaba llorando una mujer junto a un cadáver.

Don Martín fue en persona a reconocer a esa mujer, que no era otra que Manuela, que no había querido huir con sus compañeras, no por amor al Zarco, a quien creyó muerto al principio, sino por miedo al Tigre, que la hubiera tomado por su cuenta.

Martín, examinando el cuerpo se cercioró de que aún respiraba. La herida que recibió el Zarco fue terrible, pero no mortal. El bandido estaba bañado en sangre y era difícil reconocerle, pero por Manuela se supo que era el Zarco.

Martín Sánchez se estremeció de gozo. Aquel bandido temible y renombrado había caído en su poder.

Iba a colgarlo tan pronto como amaneciera. Desgraciadamente, a la madrugada llegó la autoridad de Morelos con la fuerza y las camillas. Martín le entregó los bandidos prisioneros y heridos, juntamente con aquella mujer. Nicolás apenas los vio, y Manuela, por su parte, no quiso dar la cara de vergüenza y se cubrió la cabeza completamente con su rebozo.

Así marcharon a Morelos, Martín para curarse de sus heridas, que eran graves, lo mismo que sus soldados, continuando Nicolás a Yautepec a fin de preparar su matrimonio.

Manuela, como era natural, presa con su amante, permaneció en la cárcel, incomunicada, y viendo en su imaginación la imagen de Nicolás cada vez más bella.

– XXIV –
El Presidente Juárez

Martín Sánchez estaba indignado. El partido de los bandoleros aún era muy fuerte y contaba con grandes influencias, tanto en México como en la tierra caliente. La desorganización en que se hallaba el país, en aquel tiempo, era causa de que se viese semejante escándalo.

Los plateados contaban con amigos en todas partes, y si un hombre de bien, como lo hemos visto con Nicolás, encontraba difícilmente patrocinio, un bandolero contaba con mil resortes, que ponía en juego tan luego como corría peligro. Y es que, como eran poderosos, y tenían en su mano la vida y los intereses de todos los que poseían algo, se les temía, se les captaba y se conseguía, a cualquier precio, su benevolencia o su amistad.

Mientras que el bravo jefe que exponía su vida en lucha tan desigual, se estaba curando de sus heridas, el Zarco, ya restablecido, había logrado, por medio de sus protectores, que se le sometiera a juicio y que se le trasladase a Cuernavaca, so pretexto de que en ese distrito había cometido crímenes.

Juzgarlo y trasladarlo era salvarle la vida; encontraría defensores y quizá podría evadirse. Lo mismo se había hecho con los otros bandidos que habían caído heridos o prisioneros en el combate cerca de La Calavera. La población de Morelos estaba escandalizada, pero como hechos de esta naturaleza no habían sido, por desgracia, sino muy frecuentes, no pasó de ahí.

Martín Sánchez reflexionó entonces que mientras no se emprendiese en grande la lucha con los bandidos, éstos, por la mancomunidad

de intereses que tenían entre sí, habían de favorecerse siempre; que mientras él, Martín, y otros jefes perseguidores no tuviesen facultades como las que tuvo en otro tiempo el famoso Oliveros,[205] había de ser inútil toda persecución, porque sometidos los bandidos al fuero común, habían de encontrar recursos, influencias y dinero para substraerse al castigo. Que mientras no viesen los pueblos abierta la lucha sin cuartel entre la autoridad y los malhechores, no habían de decidirse en favor de la primero.

En ese concepto, pensó en dar un paso decisivo para saber a qué atenerse; y resolvió ir a México, para apersonarse con el presidente Juárez, darle cuenta con verdad del estado en que se hallaba la tierra caliente, decidirlo en favor de la buena causa y pedirle facultades, armas y apoyo.

Esa resolución se hizo más urgente aun cuando Martín Sánchez supo que, al ser conducido el Zarco con su querida y sus compañeros a Cuernavaca escoltados por una fuerza pequeña y mala, los plateados se habían emboscado en el estrecho y escabroso paso llamado *Las Tetillas,* y atacando a la escolta, la desbarataron y libraron a los presos. Así pues, el Zarco había vuelto con sus antiguos compañeros para sembrar de nuevo el terror con sus crímenes en aquella comarca.

Martín Sánchez se dirigió a México, y aunque no contando con ningún valimiento[206] ni reputación, provisto sólo de algunas cartas de amigos del presidente Juárez, se presentó a éste tan pronto como pudo.

Juárez no era entonces el magistrado de autoridad incontestable y aceptada, ante cuya personalidad se inclinaran todos, como lo fue mucho más tarde.

Por aquella época, aunque acababa de triunfar en la famosa guerra de Reforma, luchaba aún con mil dificultades, con mil adversarios, con mil peligros, de que sólo su energía y su fortuna pudieron sacarlo avante.[207]

Las fuerzas clericales, acaudilladas por Márquez,[208] Zuloaga[209] y otros, todavía combatían con encarnizamiento y distraían a las tropas del gobierno ocupadas en perseguirlos.

---

205 *Oliveros:* Ver nota 110.
206 *Valimiento:* Amparo, defensa, protección o conexión.
207 *Avante:* Adelante.
208 *Márquez:* Ver nota 55.
209 Zuloaga: Ver nota 111.

En el partido liberal surgían para el presidente rivalidades poderosas,[210] aunque, a decir verdad, ellas no constituían el mayor peligro.

El erario estaba en bancarrota, y para colmo de desdichas la invasión extranjera había ya profanado el territorio y los adversarios del gobierno liberal, es decir, la fracción reaccionaria y clerical, se unía a los invasores.

Juárez, pues, se hallaba en los días de mayor conflicto. Ya hemos dicho que, merced a estas circunstancias, los bandidos se habían enseñoreado de la tierra caliente.

Martín Sánchez pensó encontrar en el presidente a un hombre ceñudo y tal vez predispuesto contra él, y se encontró con un hombre frío, impasible, pero atento.

El jefe campesino lo abordó con resolución y le presentó las cartas que traía. El presidente las leyó, y fijando una mirada profunda y escrutadora en Martín Sánchez, le dijo:

—Me escriben aquí algunos amigos, que usted es un hombre de bien y el más a propósito para perseguir a esos malvados que infestan el Sur del Estado de México, y a quienes el gobierno por sus atenciones, no ha podido destruir. Infórmeme usted acerca de esto.

Martín Sánchez le dio un informe detallado, que el presidente escuchó con su calma ordinaria; pero que interrumpió a veces con señales de indignación. Al concluir Sánchez, Juárez exclamó:

—¡Eso es un escándalo, y es preciso acabar con él! ¿Qué desea usted para ayudar al gobierno?

Entonces, animado Martín Sánchez por esas frases del presidente, lacónicas como todas las suyas, pero firmes y resueltas, le dijo:

—Lo primero que yo necesito, señor, es que me dé el gobierno facultades para colgar a todos los bandidos que yo coja, y prometo a usted, bajo mi palabra de honor, que no mataré sino a los que lo merezcan. Conozco a todos los malhechores, sé quiénes son y los he sentenciado ya, pero después de haber deliberado mucho en mi conciencia. Mi conciencia, señor, es un juez muy justo. No se parece a esos jueces que libran a los malos por dinero o por miedo. Yo ni quiero dinero ni tengo miedo.

---

210 *Rivalidades poderosas:* Es probable que Altamirano aluda a la importancia que Porfirio Díaz comenzó a tener por entonces en las filas del liberalismo mexicano. El antijuarismo de Altamirano es conocido. Junto a la firma de otros 50 diputados, su nombre aparece al pie de la petición que en 1861 se le dirige a Juárez para que «se separe temporal o absolutamente de la Presidencia de la República.»

Lo segundo que yo necesito, señor, es que usted no dé oídos a ciertas personas que andan por ahí abogando por los plateados y presentándolos como sujetos de mérito que han prestado servicios. Desconfíe usted de esos patrones, señor presidente, porque reciben parte de los robos y se enriquecen con ellos. Por aquí hay un señor que usa peluca güera, que torna polvos en caja de oro, y que recibe cada mes un gran sueldo de los bandidos. Ése da pasaportes a los hacendados para que pasen sus cargamentos de azúcar y de aguardiente sin novedad, pagando por supuesto una fuerte contribución. Ése, con el mismo dinero de los plateados, se procura influencias y nombra autoridades en la tierra caliente, y liberta a los presos, como libertó al Zarco, el otro día, un ladrón y un asesino que merecía la horca. Ése, por fin, es el verdadero capitán de los plagiarios, que vive de los robos y sin arriesgar nada, y ése, si yo lo viera por mi rumbo, aunque me costara la vida después, iba a dar a la rama de un árbol, amarrado por el pescuezo.

—¿Quién es ese sujeto? –preguntó Juárez impaciente.

Martín Sánchez le alargó unas cartas, y le dijo:

—Ahí está el nombre disfrazado, pero por las señas usted lo conocerá.[211]

—Bueno –replicó Juárez, después de leer las cartas y guardándolas en seguida–. No tenga usted cuidado por él; ya no libertará a ninguno. ¿Qué más desea usted?

—Armas, nada más que armas, porque no tengo sino unas cuantas. No necesito muchas, porque yo se las quitaré a los bandidos, pero para empezar, necesitaré unas cien.

—Cuente usted con ellas. Mañana venga usted al Ministerio de la Guerra y tendrá todo. Pero usted me limpiará de los ladrones ese rumbo.

—Lo dejaré, señor, en orden.

—Bueno, y hará usted un servicio patriótico, porque hoy es necesario que el gobierno no se distraiga para pensar sólo en la guerra extranjera y en salvar la independencia nacional.

—Confíe usted en mí, señor presidente.

—Y mucha conciencia, señor Sánchez; usted lleva facultades ex-

211 *El verdadero capitán de los plagiarios... usted lo conocerá:* Pablo Robles en *Los Plateados de Tierra Caliente* parece despejar la incógnita que Altamirano mantiene en *El Zarco*. Según Robles, Marcos Reza de Jonacatepec era el jefe político y uno de los mayores beneficiarios de los robos y crímenes protagonizados por los bandidos de tierra caliente.

traordinarias, pero siempre con la condición de que usted debe obrar con justicia, la justicia ante todo. Sólo la necesidad puede obligarnos a usar de estas facultades, que traen tan grande responsabilidad, pero yo sé a quien las doy. No haga usted que me arrepienta.

—Me manda usted fusilar si no obro con justicia dijo Martín.

Juárez se levantó y alargó la mano al terrible justiciero.

Al ver a aquellos dos hombres, pequeños de estatura, el uno frente al otro, el uno de frac negro, como acostumbraba entonces Juárez, el otro de chaquetón también negro; el uno moreno y con el tipo del indio puro, y el otro amarillento, con el tipo del mestizo y del campesino; los dos serios, los dos graves, cualquiera que hubiera leído un poco en lo futuro se habría estremecido. Era la ley de la salud pública armando a la honradez con el rayo de la muerte.

– XXV –
El albazo

A pocos días de esta entrevista y en una mañana de diciembre, templada y dulce en la tierra caliente como una mañana primaveral, el pueblo de Yautepec se despertaba alborozado y alegre, como para una fiesta.

Y en efecto, esperaba una fiesta; no una fiesta religiosa, ni pública, sino una fiesta de familia, una fiesta íntima, pero en la que tomaba parte la población entera.

Nicolás, el honradísimo herrero de Atlihuayán, se casaba con la buena y bella Pilar, la perla del pueblo por su carácter, por su hermosura y sus virtudes.

Y como sabemos, estos dos jóvenes eran muy amados por sus compatriotas.

Así es que festejaban su enlace con toda solemnidad. Desde muy temprano, desde que la luz del alba había extendido en el cielo, limpio de nubes, y sobre las montañas, las huertas y el caserío, su manto aperlado y suave, los repiques a vuelo, en el campanario de la iglesia parroquial, habían despertado a los vecinos; la música del pueblo tocaba alegres sonatas, y los petardos y las cámaras habían anunciado la misa nupcial.

Nicolás era humilde y no había deseado tanto ruido, pero las autoridades, el cura, los vecinos, habían querido demostrar así al estimable obrero y a su bella esposa el amor con que los veían. La iglesia, los altares, y especialmente el altar mayor, en que iba a celebrarse el casamiento, estaban llenos de arcos y de ramilletes de flores. Todos los naranjos y limoneros deYautepec, y se cuentan por centenares de miles,

habían dado su contribución de azahares. Sin exageración podía decirse que ninguna novia en el mundo había contado jamás, en el camino de su casa a la iglesia, en ésta, y en la casita que se le había dispuesto en Atlihuayán, con un adorno en que se ostentara la flor simbólica con tal riqueza y tal profusión. Era una lluvia de nieve y de aroma que rodeaba a la pareja por todas partes. A las siete de la mañana, ésta apareció radiante en la puerta de la casa de Pilar y se dirigió a la iglesia, acompañada de sus padrinos y de una comitiva numerosa.

Ya la noche anterior se había celebrado el matrimonio civil, delante del juez recién nombrado, porque la ley de Reforma[212] acababa de establecerse, y en Yautepec, como en todos los pueblos de la República, estaba siendo una novedad. Nicolás, buen ciudadano, ante todo, se había conformado a ella con sincero acatamiento.

Pero todavía en ese tiempo, como ahora mismo, la fiesta de bodas se reservaba para el matrimonio religioso. Los novios, pues, se presentaron ante el altar.

Nicolás, vestido con esmero, aunque sin ostentación, manifestaba en el semblante una alegría profunda, un sentimiento de felicidad tanto más verdadero, cuanto que se cubría con un exterior grave y dulce. Pilar estaba encantadora; su belleza natural se hallaba realzada ahora por su traje blanco y elegante, por su peinado de cabellos negros y sedosos, adornados con la corona nupcial, aquella corona que ella se complacía siempre en formar con el mayor gusto, no sabiendo todavía, como decía ella, si le serviría para su tocado de esposa o para su tocado de virgen muerta.

Ya estaba viendo que servía para lo primero, y que un espíritu bueno y protector le habla augurado siempre su feliz destino. Apenas lo creía; había en sus ojos dulcísimos y lánguidos, algo como el reflejo de una visión celeste que le daba un aspecto de santa, una mirada angelical.

El rubor natural causado por aquel momento y por ser el objeto de las miradas de todos, la timidez, el amor, aquel concurso, aquel altar lleno de cirios y de flores, la voz del órgano, el murmullo de los rezos, el incienso que llenaba la nave, todo había producido en ella tales y tan diversas emociones, que parecía como arrebatada a un mundo extraño, al mundo de los sueños y de la dicha.

---

212 *Ley de Reforma:* Altamirano se refiere a la ley de matrimonio civil de 1859 que considera el matrimonio como un contrato civil con el Estado. Como las otras leyes de Reforma, también ésta estaba llamada a marcar una clara separación entre la iglesia y el gobierno.

Con todo, y a pesar del aturdimiento que la embargaba, la buena joven tuvo un pensamiento para la pobre anciana a quien había amado como a una madre, para la infeliz mártir cuyo luto acababa de llevar y cuyas bendiciones la protegían. Una lágrima de ternura inundó sus mejillas al recordarla, y al recordar también a la desdichada Manuela, por quien oró en aquel momento en que era tan feliz.

Por fin la misa acabó, y los novios, después de recibir los plácemes de sus amigos, de todo el pueblo, se dispusieron a partir para la hacienda de Atlihuayán, donde tenían su casa, a la que habían invitado a muchas personas de su estimación para tomar parte en un modesto festín.

Al efecto, se dispuso una cabalgata que había de servir de cortejo al *guayín*[213] en que caminaban los esposos con el cura y otros amigos.

A las ocho de la mañana partieron, y comenzaron a caminar por la carretera que conducía a la hacienda.

Pero poco antes de llegar al lugar en que se alzaba el gran amate en que siempre cantaba el búho, las noches en que pasaba el Zarco, cuando venía a sus entrevistas con Manuela, la comitiva se detuvo estupefacta.

Al pie del corpulento árbol estaba formada una tropa de caballería, vestida de negro y con las armas preparadas.

Nadie esperaba ver allí a esa fuerza, que se aparecía como salida de la tierra. ¿Qué podía ser?

Era la tropa de Martín Sánchez Chagollán, como cien hombres y con el aspecto lúgubre y terrible que les conocemos.

Al descubrir el cortejo nupcial, alegre y acompañado de la música, el comandante, es decir, Martín Sánchez, se adelantó hasta donde venía el *guayín* de los novios, y quitándose el sombrero respetuosamente, dijo a Nicolás:

—Buenos días, amigo don Nicolás; no esperaba usted verme por aquí, ni yo esperaba tener el gusto de saludar a usted de desearle mil felicidades, lo mismo que a la señora, que es un ángel. Ya le explicaré el motivo de mi presencia aquí. Ahora mi tropa va a presentar las armas, en señal de respeto y de cariño, y yo le ruego a usted que continúe sin parar hasta la hacienda. Allá iré yo después.

Tenía Martín Sánchez tal aspecto de serenidad y de franqueza que

213 *Guayín:* Se trata, según anota Icazbalceta, de «un carruaje ligero de camino, de cuatro ruedas y otros tantos asientos cerrado con cortinillas de cuero.»

Nicolás no sospechó nada siniestro. Así es que se contentó con darle un apretón de manos, y con presentarle a su esposa y a las demás personas del *guayín.*

Pero en esto una mujer, una joven en quien todos reconocieron luego a Manuela, se abrió paso entre la fila de los jinetes y vino corriendo, arrastrándose, desmelenada, desencajada, temblando, pudiendo apenas hablar, y asiéndose a las puertas del *guayín,* dijo, con una voz enronquecida y con palabras entrecortadas:

—¡Nicolás! ¡Nicolás! ¡Pilar, hermana!... ¡Socorro! ¡Misericordia! ¡Tengan piedad de mí!... ¡Perdón! ¡Perdón!

Nicolás y Pilar se quedaron helados de espanto.

—Pero, ¿qué es eso?... ¿Qué tienes? –gritó Pilar.

—Es que... –dijo Manuela– es que... ahorita van a fusilar al Zarco; allí está amarrado, tapado con los caballos..., ¡lo van a matar delante de mí! ¡Perdón! ¡Perdón, don Martín! ¡Perdón Nicolás!... ¡Ah, me voy a volver loca!...

En efecto, la fila de jinetes enlutados ocultaba un cuadro estrecho en el centro del cual, y sentados en una piedra y bien amarrados, lívidos y desfallecidos, estaban el Zarco y el Tigre, próximos a ser ejecutados. Martín Sánchez, al ver la comitiva y previendo que podría ser el cortejo nupcial de Nicolás, había querido ocultar a los bandidos para ahorrar este espectáculo a los novios.

—Si yo hubiese sabido que ustedes venían para acá, a esta hora, crea usted, don Nicolás, que me habría llevado a esos pícaros para otra parte; pero no lo sabía. Lo que sí sabía yo, y por eso me tiene usted aquí, es que le esperaban a usted estos malvados con su gente, y que se ha escapado usted de buena. Lo supe a tiempo, anduve dieciséis leguas, y les di un *albazo*[214] esta mañana, por aquí cerca...; los he matado a casi todos, pero tengo que colgar a los capitanes en este camino; al Zarco aquí, y al Tigre lo voy a colgar en Xochimancas.

—Pero don Martín, yo le ruego a usted por quien es..., que si puede, perdone a ese hombre, siquiera por esta pobre mujer.

—Don Nicolás –respondió ceñudo el comandante–, usted es mi señor, usted me manda, por usted doy la vida, pídamela usted y es suya, pero no me pida usted que perdone a ningún bandido y menos a estos dos... Señor, usted sabe quiénes son...; asesinos como estos y

214 *Dar un albazo:* Coloquialmente, madrugar, sorprender, caerle a alguien por sorpresa.

plagiarios no los hay en toda la tierra. ¡Si no pagan con una vida!... ¡Y lo iban a matar a usted!... ¡Lo habían jurado! ¡Y se iban a robar a la señora, a su esposa de usted! Ése era el plan. ¡Conque dígame usted si es posible que yo los deje con vida! Señor don Nicolás, siga usted su camino con todos estos señores, y déjeme que yo haga justicia.

Pilar estaba temblando. En cuanto a Manuela, por un rapto de locura, había corrido ya al lado del Zarco y se había abrazado a él y seguía gritando palabras incoherentes.

—Siquiera nos llevaremos a Manuela –dijo Pilar.

—Si ustedes quieren, pueden llevársela, pero esa muchacha es una malvada; acabo de quitarle un saco en que tenía las alhajas de los ingleses que mataron en Apuyeca..., alhajas muy ricas; ¡no merece compasión!

Sin embargo, por orden de Martín Sánchez, un soldado procuró arrancar a la joven del lado del Zarco, a quien tenía abrazado estrechamente, pero fue en vano. El Zarco le dijo:

—¡No me dejes, Manuelita, no me dejes!

—¡No –respondió Manuela–, moriré contigo!... Prefiero morir a ver a Pilar con su corona de flor de naranjo al lado de Nicolás, el indio herrero a quien dejé por ti...

—Vámonos –dijeron el cura y los demás vecinos despavoridos–. Esto no tiene remedio.

Pilar se puso a sollozar amargamente; Nicolás se despidió de Martín Sánchez.

—Señor cura, usted puede quedarse. Éstos han de querer confesarse, tal vez.

—Sí, me quedaré –dijo el cura–, es mi deber.

Y la comitiva nupcial, antes tan alegre, partió como una procesión mortuoria y apresuradamente.

Cuando se había perdido a lo lejos, y no había quedado ya ningún rezagado en el camino, Martín Sánchez preguntó al Zarco y al Tigre si querían confesarse.

El Zarco dijo que sí, y el cura lo oyó pronto y lo absolvió; pero el Tigre dijo a Martín:

—¿Pero, yo también voy a morir, don Martín?

—Tú también –respondió éste con terrible tranquilidad.

—¿Yo? –insistió el Tigre–, ¿yo que le di a usted el aviso para que viniera, y que le dije a usted las señas del camino que seguíamos, y que le avisé que tendría yo un pañuelo colorado en el sombrero para que me distinguiera?

—Nada tengo que ver con eso –respondió Martín–. Yo nada te prometí; peor para ti si fuiste traidor con los tuyos. Vamos, muchachos, fusilen al Zarco y después cuélguenlo de esa rama...; véndenlo primero...

El Zarco apenas podía tenerse en pie; el terror lo había abatido. Con todo, alzó la cara, y viendo la rama en que colgaban ya los soldados una reata, murmuró:

—¡La rama en que cantaba el tecolote!... ¡Bien lo decía yo!... ¡Adiós, Manuelita!

Manuela se cubrió la cara con las manos. Los soldados arrimaron al Zarco junto al tronco y dispararon sobre él cinco tiros, y el de gracia. Humeó un poco la ropa, saltaron los sesos, y el cuerpo del Zarco rodó por el suelo con ligeras convulsiones. Después fue colgado en la rama, y quedó balanceándose. Manuela pareció despertar de un sueño. Se levantó, y sin ver el cadáver de su amante, que estaba pendiente, comenzó a gritar como si aun tuviese el *guayín* de los desposados:

—¡Sí, déjate esa corona, Pilar; tú quieres casarte con el indio herrero; pero yo soy la que tengo la corona de rosas...; yo no quiero casarme, yo quiero ser la querida del Zarco, un ladrón!...

En esto alzó la cabeza; vio el cuerpo colgado..., después contempló a los soldados, que la veían con lástima, luego a don Martín, luego al Tigre, que estaba inclinado y mudo, y después se llevó las manos al corazón, dio un grito agudo y cayó al suelo.

—¡Pobre mujer –dijo don Martín–, se ha vuelto loca! Levántenla y la llevaremos a Yautepec.

Dos soldados fueron a levantarla, pero viendo que arrojaba sangre por la boca, y que estaba rígida y que se iba enfriando, dijeron al jefe:

—¡Don Martín, ya está muerta!

—Pues a enterrarla –dijo con aire sombrío–, y vámonos a concluir la tarea.

Y desfiló la terrible tropa lúgubre.

FIN

Thank you for acquiring

El Zarco

from the
Stockcero collection of Spanish and Latin American significant books of the past and present.

This book is one of a large and ever-expanding list of titles Stockcero regards as classics of Spanish and Latin American literature, history, economics, and cultural studies. A series of important books are being brought back into print with modern readers and students in mind, and thus including updated footnotes, prefaces, and bibliographies.

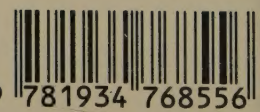
We invite you to look for more complete information on our website, **www.stockcero.com**, where you can view a list of titles currently available, as well as those in preparation. On this website, you may register to receive desk copies, view additional information about the books, and suggest titles you would like to see brought back into print. We are most eager to receive these suggestions, and if possible, to discuss them with you. Any comments you wish to make about Stockcero books would be most helpful.

The Stockcero website will also provide access to an increasing number of links to critical articles, libraries, databanks, bibliographies and other materials relating to the texts we are publishing.

By registering on our website, you will allow us to inform you of services and connections that will enhance your reading and teaching of an expanding list of important books.

You may additionally help us improve the way we serve your needs by registering your purchase at:
http://www.stockcero.com/bookregister.htm

CPSIA information can be obtained
at www.ICGtesting.com
Printed in the USA
FSOW02n2119210917
39060FS



El Zarco (1901), novela póstuma de Ignacio Manuel Altamirano, es mucho más que una historia de bandidos. Escrita cuando «el Maestro» Altamirano ocupaba una posición incontestable en el campo cultural mexicano, es además un relato que habla del caos y de la ingobernabilidad del pasado para celebrar los logros de la «pax porfiriana» de fines de siglo. Para entonces, el bandidismo había cedido ante la expansión de trenes y telégrafos, y el porfiriato se jactaba de haber transformado a México en «tierra de promisión» para la inversión extranjera.

Considerada «la primera novela mexicana propiamente dicha» por la cuidadosa construcción de su estructura, *El Zarco* es también «original» a causa del papel que juega la raza en la distribución de subjetividades: los villanos son blancos de ojos verdes y los héroes son indios o mestizos. El romanticismo, retórica dominante en el Siglo XIX, también aparece reformulado y saneado en la versión de Altamirano. Lejos de sucumbir a sus pasiones, los personajes de la novela emergen como héroes justamente por saber controlar los destinos equívocos a que los condenarían las emociones irracionales, haciendo prevalecer el honor, la familia, la propiedad y el trabajo como principios que guían la conducta civil de esta curiosa galería de «hombres (y mujeres) de bien.»

Las historias que cuenta *El Zarco* son básicamente dos. Por un lado, el relato de «amor bueno» que protagonizan Nicolás y Pilar como figuras de contrapeso frente a sexualidades desbordadas como las de Manuela y el Zarco. Y por otro, el relato de estado que celebra a Sánchez Chagollán como fundador mítico de la policía rural creada por Benito Juárez en 1861, y que a fines de los 80s (momento en que Altamirano pone punto final a la novela) el porfiriato había transformado en bandera institucional del régimen.

En la introducción crítica a esta edición de *El Zarco*, María Eugenia Mudrovcic lee esta novela «atípica» de Altamirano como parte del aparato propagandístico montado por Porfirio Díaz a fin de cambiar la imagen de «nación de bandidos» que había cristalizado la prensa de la época, dentro y fuera de México. Indagar los alcances histórico-ideológicos de un texto que habla de «violencia» en tiempos de «paz» es entonces el punto de partida de esta lectura posible que propone de *El Zarco*.

Imagen de portada: Diego Rivera (1886-1957) *Sueño de una tarde dominical en la Alameda* (1948)

Stock CERO

ISBN 978-1-934768-55-6

52200

P7-BRT-404